

Viento del Este, Viento del Oeste

Pearl S. Buck

Habla una mujer china.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

A ti puedo hablarte, hermana, como a ninguna otra de mis verdaderas hermanas de raza. ¿Qué saben ellas de esos países lejanos donde vivió mi marido durante doce años?

Tampoco podría hablar libremente a una de esas extranjeras que no comprenden a mi pueblo, ni las costumbres que hemos conservado desde los tiempos del antiguo imperio. Es cierto que tú perteneces a esas tierras donde mi marido estudió sus libros occidentales; pero no dejarás por eso de comprenderme. Te digo la verdad. Te he llamado hermana y te lo contaré todo.

Mis verdaderos padres, como sabes, vivieron durante cincuenta años en esta vieja ciudad del Reino Central. Nunca se dejaron influir por tendencias modernas, ni concibieron el deseo de cambiar. Vivieron en paz, dignamente, satisfechos de su rectitud; y así me educaron, según las honorables tradiciones. Nunca se me ocurrió pensar que llegara un momento en que desease ser de otro modo. No tenía ningún deseo, y nada de lo que provenía de afuera me interesó jamás. Pero ahora ha llegado el día en que debo cambiar; miro a esas extrañas mujeres modernas con un interés que nace del deseo de convertirme en una de ellas; y esto, hermana, no es por mí, sino por amor a mi marido.

¡Él no me encuentra bonita! Ha navegado por los cuatro mares, ha visitado países lejanos; y en ellos aprendió a apreciar muchas cosas y costumbres nuevas.

Cuando cumplí los diez años dejé de ser una niña; mi madre, una mujer prudente y buena, me decía así:

—Una mujer debe guardar ante los hombres un florido silencio, procurando retirarse tan pronto como sea posible hacerlo sin pasar por torpe.

Estas palabras sonaban en mis oídos la primera vez que me encontré ante mi esposo. Incliné la cabeza, levantando las manos sin contestar a su discurso. ¡Pero temo que debió parecerle muy monótono mi silencio!

Cuando reflexiono sobre la manera de interesarle, de pronto toda mi inventiva me parece estéril, yerma como los arrozales después de la cosecha. Durante las horas que paso a solas, ocupada en bordar, pienso en muchas cosas bellas y delicadas que le diría. Por ejemplo, lo mucho que le quiero. No, tenlo

en cuenta, con las expresiones groseras copiadas del Oeste rapaz, sino con expresiones veladas, como ésta:

—Mi señor, ¿has visto el amanecer esta mañana? Se hubiera dicho que la tierra saltaba al encuentro del sol. Al principio, todo era oscuridad; luego, surgió la luz como una nota musical. Mi señor, yo soy tu pobre tierra, que espera.

O bien le diría, cuando en su barca se aventura, por la noche, en el lago de los lotos:

—¿Qué ocurriría si las pálidas aguas no sintieran la atracción de la luna? ¿Si la onda no fuese nunca más vivificada por su luz? Mi señor, ¡ah!, ten cuidado y vuelve sano y salvo, para que yo no me convierta, privada de ti, en una cosa pálida y sin vida.

Eso es lo que yo quisiera decirle. Pero cuando regresa, vestido con sus extrañas ropas exóticas, no me atrevo a hablarle. ¿Acaso he de persuadirme de que soy la esposa de un extranjero? Apenas me habla, sus palabras son siempre raras e indiferentes, casi no me mira. Parece como si no se diese cuenta de que llevo mi quimono de seda color melocotón y que en los cabellos, bien rociados de frescos aromas, luzco todas mis perlas.

Este es mi tormento. Hace apenas un mes que me casé..., y a sus ojos ya no soy hermosa.

En eso pienso desde hace tres días, hermana. He de recurrir a la astucia y pensar en el medio de atraerme las miradas de mi marido. ¿Acaso no desciendo yo de numerosas generaciones cuyas mujeres supieron atraerse el favor de sus señores? Durante un siglo, todas fueron hermosas, exceptuando a Kwei-Mei, de la época de los Sung, a quien la viruela desfiguró a la edad de tres años. E incluso de ésta los escritos dicen que tenía unos ojos negros muy bellos y una voz que conmovía el corazón de los hombres, como en otoño el soplo del viento conmueve los cañaverales. Su esposo, que tenía seis concubinas, todas ellas dignas de su rango y riquezas, la quería hasta el punto de anteponer su amor por ella al de todas las otras. ¿Y qué te voy a decir de mi abuela, Yan Kwei-Fei, «la que sostenía en su puño a un pájaro blanco»? Sería más exacto decir que hubiera elevado entre las palmas perfumadas de sus manos todo el imperio, si el Hijo del cielo hubiese estado loco por ella. De todas estas honorables antepasadas mías, yo no soy más que una sombra; sin embargo, creo que un poco de su sangre corre por mis venas.

Me he mirado en el espejo de bronce. No tanto por mí como por amor a mi esposo, hermana, pero te digo que las otras son menos bellas que yo. Mis ojos, lo sé muy bien, están bien modelados, el blanco contrasta netamente con el negro. Las orejas, pequeñas, delicadamente pegadas a la cabeza, me permiten

llevar pendientes de oro y jade bien arrimados. Mi boca también es pequeña y su curva se ajusta al óvalo de mi cara. Pero no quisiera ser tan pálida, y que la línea de mis cejas se elevase unos milímetros más hacia las sienes. Para atenuar esta palidez me paso la palma de la mano, apenas velada por una tintura roja. Una pincelada negra hace que mis cejas sean perfectas.

Así me encuentro bastante hermosa, y dispuesta para recibir a mi marido. Pero en el instante en que sus ojos se fijan en mí, comprendo que no observa ni mis labios ni mis cejas. Los pensamientos de mi esposo vagan por la tierra, por los mares, por todas partes, excepto donde yo estoy esperándole.

Cuando el astrólogo fijó la fecha de mi casamiento, cuando las cajitas de laca encarnadas estaban llenas hasta los bordes, cuando los vestidos de seda con flores escarlata fueron colocados en la mesa, y los dulces del casamiento se amontonaron formando pequeñas cumbres como pagodas; cuando todo estuvo preparado, mi madre me llamó a su habitación. Al entrar —primero me había lavado las manos y alisado mis cabellos— la encontré sentada en su silla negra tallada, bebiendo té. Apoyada contra la pared estaba la larga pipa de bambú incrustada de plata. No me atrevía a levantar los ojos y encontrar su mirada maternal, que yo sabía fija en mí, escrutadora. En aquel silencio la sentía penetrar en mi corazón, fría y acerada. Por último, ordenó que me sentase. Mi madre era muy sensata. Jugando con unas cuantas semillas de melón, esparcidas en un plato que había sobre una mesa colocada cerca de ella, dijo, mirándome con su rostro tranquilo y su acostumbrada expresión de infinita tristeza:

—Kwei-Lan, hija mía, estás en vísperas de casarte con el hombre a quien fuiste prometida antes de haber nacido. Su padre y el tuyo se querían como hermanos, y juraron unirse por medio de sus hijos. En aquella época, tu prometido no tenía más que seis años; entonces naciste tú. Así fuiste destinada y con ese fin te hemos educado.

Tu matrimonio ocupó siempre mis pensamientos durante los diecisiete años de tu vida. Todo lo que te he enseñado lo hice teniendo presente a la madre de tu marido y a él. Pensando en su madre te enseñé a preparar y servir el té a una señora de edad; cómo se debe comportar una en su presencia, cómo se escucha en silencio cuando habla una anciana, tanto si es para criticar como para elogiar.

Siempre y en todo te he instruido en la necesidad de someterte como una flor se somete a la lluvia y al sol. Pensando en tu marido te enseñé cómo debes ataviarte, cómo se habla con los ojos y la expresión, pero sin palabras, como... Pero eso lo comprenderás por ti misma cuando llegue el momento de quedarte a solas con él.

Así, pues, creo que estás bien educada en todos los deberes de noble dama.

Sabes cómo se preparan los dulces y los guisos aptos para excitar el apetito de tu marido, haciéndole reflexionar en lo mucho que vales. No olvides nunca lisonjearle con la ingeniosa preparación de comidas.

En cuanto a la urbanidad y etiqueta de la vida aristocrática (cómo debes presentarte y despedirte de tus superiores; cómo has de hablarles; cómo tienes que entrar en la silla de mano y saludar a la madre de tu marido en presencia de extraños), son cosas que ya conoces. La conducta del ama de casa, el matiz de sus sonrisas, el arte de adornar sus cabellos con flores y joyas, la pintura de los labios y las uñas, el empleo de los perfumes, la perspicacia en la elección del calzado... ¡Ay de mí, cuántas lágrimas me han costado tus pies! Pero, que yo sepa, ninguna muchacha de tu generación puede enorgullecerse de tenerlos tan pequeños. A tu edad, los míos eran un poco más diminutos; y si tengo una esperanza es que los Li habrán tomado en cuenta mis recomendaciones, vendando más estrechamente los pies de su hija, la prometida de tu hermano. Pero te confieso que tengo miedo. Según me han dicho, la hija está versada en la ciencia de los Cuatro Libros; y en las mujeres, la instrucción ha sido siempre en detrimento de su belleza.

¡Con tal que mi nuera se parezca a ti, hija mía! Conoces el arte de tocar el arpa, ese venerable instrumento cuyas cuerdas han vibrado bajo los dedos de muchas generaciones de nuestras mujeres para deleitar a sus señores. Tus dedos son ágiles, hija mía, y tienes las uñas largas. Incluso te hemos enseñado los famosos versos de nuestros antiguos poetas y sabes cantarlos dulcemente con el acompañamiento del arpa. Tu suegra no podrá objetar nada, estoy segura, en lo que concierne a la bondad de mi trabajo. ¡A menos que tú resultes impotente para traer hijos varones al mundo! Pero incluso he pensado en esa eventualidad, y si pasase el primer año sin novedad alguna, no dejaría de ir al templo con un presente para la diosa.

La sangre me subía al rostro. Recordando el pasado no lograba convencerme de que lo ignoraba todo con respecto a los nacimientos y maternidad. En una casa como la nuestra, donde mi padre tenía tres concubinas que no pensaban más que en concebir y educar hijos, el deseo de tener hijos varones era una cosa demasiado común para que eso pudiera constituir los elementos de un misterio. Pero pensar que yo... Mi madre no veía el rubor que me cubría las mejillas. Absorta en sus pensamientos, se puso a manosear de nuevo las semillas de melón.

—Tan sólo existe una incógnita —dijo por último—, y es que tu marido ha estado en el extranjero, donde estudió las medicinas de esas gentes. No solamente sé... ¡Pero basta! El porvenir dirá. ¡Puedes retirarte!

Capítulo II

Mi madre nunca me había hablado tan extensamente. Hablaba en raras ocasiones y nada más que para corregir o mandar, tal como era justo que hiciese.

Ninguna de las alojadas en las habitaciones destinadas a las mujeres podía igualarse a ella, la primera dama, tanto a causa de su rango como de su capacidad. Hermana, ¿conoces tú a mi madre? Es muy delgada, su rostro pálido y tranquilo parece esculpido en marfil. He oído decir que en su juventud, antes de casarse, tenía magníficas cejas, de esas que llaman «de falena», y los labios delicados como las coralinas nueces del albérrchigo... ¿Y los ojos? La tercera concubina, que no tiene pelos en la lengua, dijo un día a ese propósito:

—La primera dama tiene ojos parecidos a joyas tristes: perlas negras que languidecen por un exceso de ciencia y dolor.

¡Pobre madre!

De niña, ninguna se parecía a ella. Mi madre comprendía demasiado bien las cosas; en casa se movía con la tranquila dignidad que la caracterizaba, manteniendo a raya a las concubinas y a sus hijas. Los servidores la admiraban, pero no sentían aprecio por ella. Muchas veces les oía refunfuñar porque ni tan siquiera podían coger las migajas de la cocina sin que ella se diese cuenta. Sin embargo, no les regañaba nunca con la violencia de las concubinas cuando se enfadaban. Si algo le desagradaba, sus labios pronunciaban pocas palabras de reproche; pero las decía con un tono tan altanero, que producían el efecto de agujas de hielo que penetrasen en la carne.

A mi hermano y a mí nos trataba amablemente, pero con seriedad y sin expansionarse, tal como convenía a su rango en familia. De sus seis hijos, la crueldad de los dioses le arrebató cuatro en la primera infancia. Esto explica su gran apego a mi hermano, el único varón. Mientras le quedase un hijo varón, mi padre no podría encontrar motivo de queja contra ella. Por otra parte, estaba tan orgullosa de su hijo que llegaba a prescindir del padre.

¿Has visto tú a mi hermano? Se parece por completo a mamá. Su cuerpo es sutil como el de ella: contextura delicada, alto y derecho como un bambú joven.

Durante nuestra infancia siempre estuvimos juntos: me enseñó a escribir, con tinta y un pincel, las primeras letras de mi cuaderno. Pero él era un mocito, mientras yo no era más que una chiquilla. Cuando cumplió nueve años —yo tenía seis— le trasladaron de las habitaciones de las mujeres a las que pertenecían a mi padre.

A partir de entonces nos vimos raramente; conforme se hacía mayor, consideraba vergonzoso visitar a las mujeres; además, mi madre no le animaba a que viniese con nosotras.

En cuanto a mí, nadie me permitió nunca, como es natural, que pusiese los pies en el ala destinada a los hombres. Recuerdo que una vez, poco después de nuestra separación, me atreví a acercarme, favorecida por la oscuridad, a la puerta redonda que comunicaba con las habitaciones de los hombres. Pegada contra la pared, miré ávidamente si mi hermano jugaba en el jardín, pero únicamente vi a los criados que iban y venían, llevando recipientes llenos de humeantes manjares. Cuando abrían la puerta de las habitaciones de mi padre oía el eco de risas, mezclado a un canto femenino con voz de falsete. Una vez cerrada la puerta, el silencio volvía a reinar en el jardín.

De pronto, cuando ya hacía un buen rato que estaba allí, escuchando las risas de los invitados al banquete y diciéndome que mi hermano también debía de tomar parte en la fiesta, sentí que me tiraban con fuerza del brazo. Era Wang-Da-Ma, la primera camarera de mi madre.

—¡Si te vuelvo a coger espiando —prorrumpió—, se lo diré a tu madre...! ¿Habrase visto una niña tan poco modesta como para curiosear lo que hacen los hombres?

Pálida de vergüenza, no pude más que murmurar una excusa:

—Buscaba a mi hermano.

A lo que ella respondió con firmeza.

—Tu hermano también es ahora un hombre.

A partir de entonces no le vi casi nunca.

Sabía que le gustaba estudiar y que en poco tiempo se había hecho muy versado en los Cuatro Libros y los Cinco Clásicos: tanto es así, que mi padre, accediendo por fin a sus ruegos, le permitió frecuentar un colegio extranjero de Pekín. En la época de mi casamiento estudiaba en la Universidad Nacional, y en sus cartas no pedía más que una cosa: que le dejaran ir a América. Al principio, mis padres no querían oír hablar de eso, y mi madre nunca cambió de opinión en ese respecto. Pero mi padre no quería que le molestasen y, a fuerza de insistir e importunarle, mi hermano consiguió su consentimiento.

Durante los dos períodos de vacaciones pasados en casa a su regreso, citaba frecuentemente un libro al que llamaba «ciencia», con gran desengaño de mi madre, que no lograba comprender su utilidad. La última vez que vino, compareció vestido de una manera exótica, y mi madre no ocultó su desaprobación. Viéndole entrar con aquellos vestidos negros, que le daban el aspecto de un extranjero, golpeó el suelo con su bastón.

—¿Qué significa eso? ¿Qué se te ha metido en la cabeza? ¡No admito que vengas a mi presencia con semejantes vestiduras!

Mi hermano pareció muy molesto, pero no tuvo más remedio que cambiar de traje. Durante dos días no compareció, y mi padre hubo de intervenir, riendo, para que se mostrase de nuevo. Pero a mi madre le sobraba la razón: vestido a la manera de los nuestros, mi hermano tenía el aspecto de un estudiante. Las vestiduras extranjeras, que le ocultaban las piernas, le daban el extravagante aspecto de una persona nunca vista en nuestra familia.

Es más, durante estas dos visitas habló muy poco. Ignoro los libros que leía; la preparación de mi casamiento me había impedido proseguir los estudios clásicos.

Naturalmente, no se hablaba nunca de su matrimonio; hablar entre nosotros de semejantes argumentos hubiera sido una incorrección. Por algunas indiscreciones de los sirvientes me enteré, sin embargo, de que mi hermano no quería oír hablar de su casamiento, y que su actitud rebelde había obligado a mi madre a retrasar tres veces la fecha de la boda. Cada vez que esto ocurrió, mi hermano pudo convencer a papá de lo necesario que sería permitirle continuar sus estudios. Desde luego, yo no ignoraba que estaba prometido a la segunda hija de los Li, gente importante de la ciudad a causa de su situación y riqueza. Bastará decir que tres generaciones a partir del jefe de los Li, habían administrado un cantón en la provincia, donde el jefe de nuestra casa fue también gobernador de distrito.

Naturalmente, nunca habíamos visto a la prometida. Mi padre concertó el casamiento antes de que mi hermano cumpliera un año. Esto imponía a las dos familias cierta circunspección; antes de efectuarse la boda, visitarle hubiera sido poco decoroso. En cuanto al noviazgo, nunca se decía nada.

Una vez tan sólo oí murmurar a Wang-Da-Ma, en presencia de otras sirvientas:

—¡Es lástima que la hija de los Li sea tres años mayor que nuestro patroncito! El marido debe ser superior a la mujer, incluso en edad. Pero la familia es de rancia alcurnia, rica y...

Se dio cuenta de mi presencia y enmudeció súbitamente, reemprendiendo su labor.

¿Por qué se negaba mi hermano a casarse? Era incomprensible. Cuando la primera concubina lo supo, se echó a reír y dijo:

—¿Se habrá enamorado en Pekín de alguna hermosa muchacha?

Pero yo no creía que mi hermano pudiese amar algo que no fuese sus libros.

Yo era la única que pensaba así en las habitaciones de las mujeres.

Es verdad que había los niños de las concubinas, pero mi madre los consideraba como bocas que deben tenerse en cuenta al calcular las raciones diarias de arroz, aceite y sal; eso aparte, y luego de encargarse la tela de algodón necesaria para sus vestidos, no se ocupaba más de ellos.

Las concubinas, ignorantes en grado sumo, se tenían mutuamente celos a causa de las predilecciones de mi padre. Durante cierto tiempo tenían un rostro encantador, pero su belleza se marchitaba como una flor cogida en primavera; y con su belleza desaparecían los favores de mi padre. Pero ellas no parecían darse cuenta de que ya no eran guapas; y durante días y días, luego de su vuelta, las veía muy ocupadas en arreglar vestiduras y joyas. Durante los días festivos, o cuando ganaba en el juego, mi padre les daba dinero, que regularmente se gastaban en dulces o vinos de su gusto. Cuando habían gastado sus fondos, y en previsión del regreso de su señor, recurrían a la servidumbre para pedir dinero prestado, que se gastaban en sandalias y collares nuevos para sus cabellos.

Cuando los sirvientes se daban cuenta que una de ellas había perdido el favor de mi padre, procuraban mostrarse despectivos, y si accedían al préstamo era imponiendo muy duras condiciones.

Recuerdo a la más vieja de las concubinas. Era sosa y regordeta, y los rasgos de su cara casi desaparecían entre los hinchados carrillos. No tenía bonito más que sus pequeñas manos, de las que se mostraba muy orgullosa. Siempre las estaba lavando con aceite, frotándose las palmas con tintura roja, y las uñas, ovaladas, con carmín; acababa rociándolas con un pesado perfume de magnolia. Mi madre, aburrída a veces de ésta y otras manías, le ordenaba ejecutar trabajos rudos, como lavar y coser. Esta segunda dama no se atrevía a desobedecer, pero se quejaba a las otras concubinas de que mi madre se sentía celosa y quería estropear la belleza que ella reservaba para mi padre. Y mientras se lamentaba, volvía a lavarse las manos, examinándolas cuidadosamente para ver si la delicada piel estaba cortada o endurecida. El contacto de aquellas manos me daba náuseas. Eran blandas, muy calientes, y parecían derretirse cuando se las oprimía. Ni que decir tiene que mi padre había perdido desde hacía tiempo toda veleidad por ella, pero seguía dándole dinero, y cuando volvía de sus viajes pasaba la noche en sus habitaciones para no oír la berrear por los pasillos, haciéndose fuerte en el hecho de ser la madre de dos varones.

Sus hijos estaban hechos a imagen y semejanza suya. También eran gruesos, y no quisiera recordarlos en el acto de comer o beber. En la mesa se hartaban al mismo tiempo que los demás, y luego de la comida se insinuaban furtivamente en el patio de la servidumbre, donde sostenían grandes

discusiones para procurarse adelantos. Eran dos glotones. Sabían que mi madre no podía soportar a los golosos y temían su sobriedad, ya que ella no les distribuía más que una taza de arroz con un pedazo de pescado salado o un muslo de pollo frío; todo ello rociado con unos cuantos sorbos de té aromático.

De la segunda dama, únicamente recuerdo su miedo de morir. Se atracaba de pastelillos y semillas oleaginosas de sésamo, y cuando se sentía enferma no hacía más que quejarse, llena de terror, gritando como una desesperada para que le trajesen a los padres budistas. Que los dioses la curasen y regalaría un collar de perlas al templo. Pero una vez curada, volvía a atiborrarse como antes y no parecía recordar la promesa hecha.

La segunda concubina, la tercera dama, era una mujercita taciturna, que vivía un poco apartada de los trabajos de la familia. No podía consolarse de haber dado a luz tres niñas, una tras otra, y tan sólo un niño. De las niñas se ocupaba muy poco o nada en absoluto; las pobres eran consideradas en la casa algo así como unas esclavas. Por el contrario, por el niño —gordo y paliducho, que a los tres años no sabía andar ni hablar— sentía un gran afecto. La veíamos pasar el rato, en un rincón del patio, al sol, acariciando a la criatura, que no hacía más que lloriquear, pegada a los largos y flácidos senos de su madre.

La concubina que menos me disgustaba era la tercera, una pequeña bailarina de Suchow. Se llamaba La-May, y era graciosa como la flor de La-May, cuyo nombre llevaba, y que, como sabes, abre las corolas de oro pálido en las ramas primaverales todavía privadas de hojas. Como la flor de La-May, era dulce, pálida y dorada. Diferenciándose de las otras concubinas, no se maquillaba, limitándose a acusar un poco el negro de sus cejas y ponerse una sombra de carmín en el labio inferior. Al principio, apenas la veíamos. Mi padre estaba orgulloso de ella y la llevaba por doquier donde él iba.

El año que precedió a mi casamiento, La-May no salió apenas de casa. Esperaba un hijo que, en efecto, nació hermoso y robusto. Lo cogió, poniéndolo en los brazos de mi padre y compensándolo así de los presentes, las joyas y el afecto que le había prodigado.

Durante los últimos meses antes del parto, se mostró muy contenta. No cabía en su pellejo, la casa entera resonaba con sus carcajadas. Muy elogiada a causa de su belleza —no recuerdo haber visto jamás una criatura tan hermosa—, apreciaba las sedas de color verde jade combinadas con terciopelo negro. En sus delicados lóbulos llevaba pendientes de jade, y aunque desdeñaba a los demás, distribuía generosamente los dulces servidos durante las fiestas nocturnas a que había asistido en compañía de mi padre. Se hubiera dicho que ella no comía nada. Cuando mi padre se iba, todo se reducía a un pastel de sésamo por la mañana, y media taza de arroz al mediodía; a lo más, añadía un

brote de bambú o una tajada de ánade salada. Sin embargo, sentía gran predilección por los vinos extranjeros, y cortejaba a mi padre para que le comprase cierto líquido dorado que desprendía burbujitas de plata. Aquel líquido la hacía reír, y cuando había bebido un poco, se volvía expansiva y sus ojos brillaban como cristales negros. Mi padre, encantado y divertido, le pedía que cantase y bailase para él.

Cuando mi padre se divertía, mamá se retiraba a sus habitaciones para leer las excelsas máximas de Confucio. Cuando yo fui una jovencita, me preguntaba a menudo la razón de aquellas fiestas nocturnas, y tenía unos deseos locos de curiosear, como hice cuando fui en busca de mi hermano. Mi madre no me lo hubiera permitido jamás y me daba reparo engañarla.

Pero, una vez más —¡mi desobediencia me llena todavía de vergüenza! — aprovechando la oscuridad de una noche sin luna, me escurrí cautelosamente hasta la puerta que conduce a las habitaciones de mi padre; alguien la había dejado abierta. El día había sido largo y cálido, y la noche llegó ardiente y pesada por el perfume del loto. En nuestras habitaciones de las mujeres reinaba un silencio sepulcral, me sentía agitada y oprimida por extraños y vagos deseos. Y, de pronto, al mirar lo que había tras la puerta, sentí mi corazón a punto de cesar sus latidos. Todas las puertas estaban abiertas, la luz de centenares de linternas se reflejaba hacia el exterior, hacia el aire inmóvil y oscuro. En el interior, sentados a las mesas cuadradas, vi algunos hombres que comían y bebían, servidos por camareros muy apresurados. Detrás de la silla de cada uno de los invitados, había, de pie, una jovencita. La única mujer sentada, al lado de mi padre, era La-May. La veía muy bien; sonreía un poco y tenía el rostro brillante como los pétalos de una flor. Se había vuelto hacia mi padre y le murmuraba algo sin apenas mover los labios. Del grupo de los hombres partían ruidosas risotadas, pero ella no las coreaba y continuaba sonriendo con su estereotipada sonrisa.

En aquella ocasión, quien me descubrió fue mi madre. Agobiada por el calor, había salido a tomar el aire en el patio, contrariamente a sus costumbres. De pronto, me vio y me ordenó entrar en seguida en mi habitación. Allí vino a mi encuentro, y luego de haberme golpeado repetidas veces las manos con su abanico de bambú cerrado, me preguntó si es que me interesaba ver a unas cuantas meretrices. Me sentí avergonzada y lloré. Al día siguiente, según órdenes de mi madre, la puerta fue obstruida por una verja.

Pero, a pesar de todo, mi madre trataba a La-May afablemente, y el servicio se hacía lenguas elogiando tanta magnanimidad. Quizá las otras concubinas hubieran dado cualquier cosa por verla tratada con rigor, como fácilmente se comprende en una casa donde hay varias mujeres; pero mi madre, sin duda, sabía lo que se preparaba.

Cuando fue madre, la tercera concubina juzgó muy natural que mi padre la volviese a lucir en público, como antes. Por temor de arruinar su propia belleza, no dio el pecho a su hijo, y éste fue confiado a una robusta esclava que acababa de dar a luz una chiquilla, suprimida como es de suponer. El aliento de la esclava olía muy mal; pero era gruesa y plácida, y el pequeño, que dormía todo el día cogido a su seno, se encontraba mejor en sus brazos que con su madre. Ésta, por lo demás, se preocupaba muy poco de él. Los días de fiesta le gustaba vestir al niño de encarnado y calzarle los pies con unas sandalias que tenían una cabeza de gato en la punta. Cuando el niño gimoteaba, lo devolvía, inmediatamente y con impaciencia, a la esclava.

Contrariamente a lo que había supuesto, el nacimiento del niño no le dio nuevos ascendientes sobre mi padre. Legalmente había cumplido su tarea, pero, sin embargo, se veía obligada a encontrar cada día nuevas astucias para conservar su amor, tal como han hecho siempre nuestras mujeres. Pero todo fue inútil. Su belleza, después de nacer el niño, no era la de antaño. Su rostro, terso como una perla, se relajó un poco..., lo suficiente para malograr su aspecto de juvenil delicadeza. Pero no se daba por vencida, y siguió llevando sedas de color jade, adornándose con pendientes de jade y dejando oír su risa argentina; pero cuando mi padre salía de viaje ya no se la llevaba consigo.

Al principio, La-May se extrañó; luego, tuvo tal acceso de ira, que daba miedo verla. Naturalmente, las otras concubinas se alegraban, aunque fingían consolarla. En cuanto a mi madre, acrecentó su amabilidad. Un día oí a Wang-Da-Ma que murmuraba, haciendo alusión a la concubina en desgracia:

—Ya tenemos otra cesante a la que habremos de alimentar... ¿Cuándo se hartará el patrón de las mujeres de esa clase?

A partir de entonces, La-May fue otra. Desilusionada, su carácter sufría alteraciones; de un período de irritabilidad pasaba a un tedio profundo, a causa de la existencia monótona que se veía obligada a llevar en el patio de las mujeres. La-May estaba hecha para los banquetes, para ser objeto de la admiración de los hombres. Su melancolía aumentó hasta el punto de atentar contra su vida. Eso, sin embargo, ocurrió después de mi casamiento. No debes creer que con todo eso la vida era triste en casa: al contrario, era una vida feliz, y muchas de nuestras vecinas envidiaban a mi madre a causa del respeto con que mi padre la trataba y que no había dejado de profesarle, por su inteligencia y la hábil dirección de la casa; mi madre pasaba, en un silencio ecuánime y generoso, los excesos de mi padre.

Así vivían honorablemente en paz.

¡Oh, mi querida casa! Las imágenes de mi infancia acuden a mi memoria como las figuras de una linterna mágica. He aquí el patio donde, cuando amanecía, me gustaba ver abrirse la flor de loto en el estanque, y la peonía

florecer en la terraza. Allí están las habitaciones interiores: en el suelo de ladrillos juegan los niños; ante los nichos de los dioses arden velitas de cera. En la habitación de mi madre, una figura severa, inclinada sobre un libro..., en el fondo la enorme cama de baldaquino.

De todas las habitaciones de la casa prefería la sala de huéspedes, con sus macizas cajas de madera negra de teca, la larga mesa esculpida, los estores de seda roja. Sobre la mesa, en la pared, se hallaba una pintura del último emperador Ming. Veo todavía la expresión indomable de aquel rostro, la barbilla como si fuese de granito, los sutiles bigotes que caen a uno y otro lado. La pared de Levante estaba enteramente ocupada por una ventana que llegaba hasta el techo esculpido. A través de las hojas de papel de arroz se filtraba la luz difusa, dando relieve a la sala un poco oscura, y llegaba hasta las vigas del techo, ribeteadas de oro y carmín.

Sentía cariño por la sala de los antepasados, donde me gustaba refugiarme a la hora del crepúsculo. Sentada en un rincón, como arrebatada por una música, seguía absorta, en el gran silencio, la invasión de las sombras.

Había que ver la sala de los antepasados el segundo día de Año Nuevo, reservada a la visita de las grandes damas. El ambiente era señorialmente festivo, y en la antigua sala entraban señores brillantemente vestidos. En aquel esplendor resonaban risas, se cogían frases al vuelo, los esclavos circulaban, portadores de recipientes de laca colmados de pastelitos minúsculos. Mi madre presidía cortésmente... Hacía siglos que las viejas vigas veían todos los años la misma escena. Confusión de cabelleras, ojos negros, sedas y raso con los colores del arco iris, y los peinados brillantes de joyas; jade, perlas, rubíes que armonizaban con las turquesas y el oro que los invitados lucían en sus manos ebúrneas.

¡Oh, mi querida casa, mi amada querida!

Me veo muy pequeñita, cogida de la mano de mi madre. Estoy en el patio mientras arden las divinidades en la cocina. Antes de entregarlas a las llamas, sus labios han sido untados con miel para lograr que lleguen al cielo llenas de dulces palabras y olviden referir los litigios de la servidumbre y las sisas. La idea de unos mensajeros que están a punto de subir a los arcanos celestiales nos deja mudas y como asustadas. Nadie habla.

Me veo en la fiesta del Dragón. Para esta circunstancia me han vestido de seda encarnada, bordada con flores de ciruelo. Ardo en impaciencia esperando la noche y la llegada de mi hermano que me conducirá a la ribera del río para ver pasar la barca del Dragón.

Veo la trémula linterna de loto que mi vieja nodriza me regaló el día de la fiesta de las Linternas. La nodriza se ríe de mi expresión cuando, una vez

llegada la noche, prendo el pabito de la humeante vela.

Me veo andando con pasos lentos, al lado de mi madre, cuando entrábamos en el templo. Observo cómo deposita el incienso en la urna, y con ella me arrodillo piadosamente ante los dioses; con el frío del miedo en el alma.

Yo pregunto, hermana, cómo, con semejante pasado, me podía adaptar a un hombre del carácter de mi marido. ¿Para qué sirven todos mis dones? Decido ponerme una chaquetilla de seda azul con botones negros incrustados de plata. Me adornaré los cabellos con flores de jazmín, calzaré las sandalias de raso bordadas de azul y saludaré a mi señor cuando entre... Lo hago así, pero es en vano. Sus ojos corren inmediatamente hacia otras cosas...; las cartas abiertas encima de la mesa, los libros. Para mí, ni un solo pensamiento.

Tengo el corazón atormentado por el temor. Recuerdo un episodio que ocurrió antes de mi casamiento. Un día vi a mi madre, turbada de una manera fuera de lo corriente, escribir dos cartas, una a mi padre y otra a mi futura suegra. ¿Qué ocurría? Por las indiscreciones de la servidumbre supe que mi prometido quería romper. Objetaba que yo no estaba instruida y llevaba los pies comprimidos entre vendas. Me enfadé, las esclavas tuvieron miedo y juraron que no hablaban de mí, sino de la segunda hija de la obesa señora Tao.

Este recuerdo me asalta ahora, turbándome. ¿Acaso se trataba verdaderamente de mí? ¡Las esclavas son tan mentirosas! Sin embargo, no es cierto que yo sea tan inculta. Al contrario, me han instruido cuidadosamente en todas las cuestiones que conciernen al cuidado de la casa y de mi propia persona. En cuanto a mis pies, no acierto a comprender que puedan preferir los pies enormes de una vulgar campesina.

No, no se trataba de mí... ¡No podía ser de mí de quien ellas hablaban!

Capítulo III

Cuando dije adiós a la casa de mi madre y subí a la gran silla encarnada para emprender el viaje a casa de mi marido, no se me ocurrió pensar que pudiera desagradarle. En cuanto a mí, me sentí contenta al recordar que soy pequeña y frágil; pero sé que tengo una cara ovalada que otros habían mirado con complacencia. En esto, por lo menos, él no podía sentirse desilusionado.

Durante la ceremonia del vino le miré furtivamente por debajo de la franja de seda encarnada del velo. Lo vi de pie, con un traje negro a la manera extranjera; era alto y derecho como un joven bambú. Esperaba que me dirigiera una mirada, pero fue en vano: ni siquiera volvió los ojos para ver mi velo.

Vaciamos juntos las copas de vino, nos inclinamos ante las tablillas de sus antepasados y, por último, nos arrodillamos ante sus augustos progenitores, de los que yo me convertía en hija, separándome para siempre de los míos. Durante todos aquellos actos no se dignó siquiera concederme una mirada.

Cuando llegó la noche —la fiesta había concluido y se había extinguido el eco de las risas—, me encontré sentada en el diván, sola, en la cámara nupcial. El miedo me contraía la garganta. La hora soñada, temida y deseada había llegado; por vez primera mi marido vería mi rostro, estaría sola con él... Nerviosamente, me frotaba las manos, frías, abandonadas en el regazo. Por fin, compareció. Parecía enormemente alto con su traje exótico, y su expresión me pareció sombría. De pronto, se acercó a mí y, levantándome el velo, contempló largamente y en silencio mi rostro. Luego de mirarme, cogió una de mis frías manos entre las suyas.

En aquel momento, oí los prudentes consejos de mi madre: «Muéstrate más bien fría. Más que la dulzura empalagosa de la miel, procura tener la del vino.»

Ateniéndome a aquellos consejos, me resistí a abandonarle la mano. Él retiró fríamente las suyas y de nuevo me miró en silencio. En seguida se puso a hablar muy serio y grave. Al principio, turbada por la novedad de su voz profunda y viril, que me hacía enrojecer de vergüenza no comprendía bien el sentido de sus palabras. ¿Qué me decía?

—No es posible que tú sientas atracción por mí, a quien ves por primera vez, como yo a ti. ¿Acaso no te han obligado, como a mí, a contraer este matrimonio? Hasta ahora no hemos podido hacer nada, pero a partir de este momento en que nos encontramos solos, podríamos organizar nuestra existencia a nuestro gusto. En lo que me concierne, yo tengo ideas modernas y te considero igual a mí. Nunca te impondré mi voluntad, puesto que no te considero una cosa mía, sino, más bien, una amiga... si es que quieres.

Éstas fueron las primeras palabras que oí el día de mi matrimonio.

Al principio me quedé asombrada. No le comprendía. ¿Yo su igual? ¿Por qué? ¿Acaso no era su mujer? Si él no me decía lo que debía hacer, ¿quién me lo diría? Me habían obligado a casarme con él... ¿Qué podía hacer yo sino tomarlo como marido? ¿Y con quién hubiese podido casarme de no ser, según lo que había sido establecido por mis padres, con el hombre a quien había estado prometida desde que nací? Todo se había cumplido según la costumbre, y no lograba comprender en qué me habían obligado.

Sus palabras quemaban mis oídos:

—Te han obligado, lo mismo que a mí, a contraer este matrimonio.

Estaba a punto de caer desmayada de puro miedo. ¿Acaso debía deducir de aquello que él se había casado conmigo contra su voluntad?

Hermana, ¡qué angustia! ¡Qué pena mortal!

Me puse a retorcerme las manos, incapaz de hablar, incapaz de responder. Él dejó caer una de las manos sobre las mías, y los dos quedamos en silencio durante unos instantes. Yo no deseaba más que una cosa: que retirase aquella mano. Sentía que me miraba fijamente. Por último, habló de nuevo, con voz baja y amarga:

—Lo que temí ha ocurrido. No quieres ni puedes revelarme tus verdaderos pensamientos. No te atreves a alejarte de lo que te han enseñado. Escucha: no te pido que hables, te pido únicamente una pequeña prueba de cariño. Si estás dispuesta a recorrer conmigo el nuevo camino, inclina un poco la cabeza.

Me observaba muy atentamente. Sentí su mano oprimir la mía. ¿Qué quería? ¿Por qué no habían de seguir las cosas el camino prefijado? Tenía que ser su mujer y deseaba tener hijos varones... A partir de entonces empieza mi pena..., ese peso que me oprime noche y día.

¿Qué hacer? En mi desesperación e ignorancia incliné la cabeza.

—Gracias —dijo él, levantándose y retirando la mano—. Descansa tranquila en esta habitación. Recuerda que no tienes nada que temer, ni hoy ni nunca. Vive en paz. Esta noche dormiré en el cuarto de al lado.

Dio media vuelta, precipitadamente, y desapareció.

¡Oh Kwan-Yin, diosa de la misericordia, ten piedad de mí!

¡Me sentí tan niña, tan inerme y llena de temor en medio de tanta soledad! ¡Nunca había dormido fuera de mi casa, y he aquí que, de pronto, me quedaba sola con la incertidumbre de no haber gustado a mi marido!

En mi desesperación me precipité hacia la puerta. Quizá pudiera escapar, volver a casa... El contacto del picaporte macizo me trajo a la realidad: por el momento era inútil pensar en el regreso. Si por milagro hubiese conseguido huir a través de los patios desconocidos de la nueva casa, hubiera debido tener en cuenta, además, el camino a recorrer, que ignoraba. Y, por otra parte, suponiendo que por una casualidad hubiese llegado, ¿acaso la puerta de los míos se abriría para recibirme? El viejo portero hubiera cedido, sin duda, a mis súplicas, permitiéndome ir a las habitaciones donde pasé mi infancia..., pero allí hubiese encontrado a mi madre, que no dejaría de recordarme mi deber de esposa.

Veo a mi madre, inexorable, aunque condolidada, ordenándome regresar inmediatamente a la casa de mi marido: yo no pertenecía ya a su familia.

Despacito, empecé a deshacer mis vestiduras de desposada. Las sombras que se condensaban bajo el baldaquino del lecho me daban miedo, no me atrevía a aventurarme entre los cobertores. Así es que estuve mucho rato sentada al lado de la cama, reflexionando, en una especie de vigilia, las incomprensibles palabras que había oído. Por último, sentí mis ojos bañados en lágrimas. Oculté la cabeza bajo la colcha y lloré hasta que el sueño se apoderó de mí.

Cuando desperté, había amanecido. Sorprendida por la nueva habitación, sentí que me invadía, súbitamente, la amargura del recuerdo. Me levanté corriendo y me vestí. La sirvienta, que vino minutos después con el agua caliente, sonrió mirando a su alrededor con ojos de curiosidad. Me enderecé: es una gran cosa haber aprendido de mi madre la dignidad de la apostura. La gente debía ignorar que yo no había gustado a mi marido.

—Lleva el agua al señor —dije—. Se viste en la habitación de al lado.

Arrogante, me vestí con brocados de color carmín y adorné mis orejas con pendientes de oro.

Hermana, una luna ha pasado desde nuestra última conversación. Acontecimientos extraños han sucedido, añadiendo confusión a mi vida.

Figúrate que nos hemos ido del domicilio de los antepasados. Mi marido ha tenido el valor de declarar que su madre es una autócrata, y que él no puede tolerar que su mujer sea una sierva en la casa.

Esto ocurrió por una insignificancia. Cuando concluyeron las fiestas de la boda, me presenté ante mi suegra de la siguiente manera: Al levantarme, llamé a una esclava y le mandé que me trajese agua caliente. Así lo hizo; entonces la eché en una vasija de cobre y, precedida por la esclava, me presenté a la madre de mi marido, a quien dije, inclinándome:

-Ruego a su honorable señoría que sea tan amable de hacer sus abluciones con esta agua.

Mi suegra estaba en la cama; veía su enorme mole dibujándose bajo los cobertores. Se incorporó, se sentó al borde del lecho —no me atreví a mirarla— y se lavó las manos y el rostro; luego, sin hablar, me hizo un ademán para que me retirara con la vasija. No sé si fue porque mi mano tropezó con los pesados cortinajes del baldaquino o bien porque el miedo hacía temblar mis manos, el caso es que, al levantar el recipiente, derramé un poco de agua en la cama.

Sentí que la sangre se helaba en mis venas.

—Muy bien —exclamó, furiosa, mi suegra, con voz ronca—. ¡Vaya una preciosidad de nuera!

Sabía que mi obligación era no pronunciar una sola palabra de excusa. Di media vuelta y, llevando la vasija con manos inseguras a causa de las lágrimas que afluían a mis ojos, salí de la habitación. Al atravesar el umbral me encontré cara a cara con mi marido. En aquel momento temí que me reprochara el haber incurrido en la cólera de su madre, la primera vez que la servía. Tenía las manos ocupadas por el recipiente y no podía enjugar las lágrimas que corrían abundantemente por mis mejillas.

—La vasija me ha resbalado... -murmuré.

Hubiese continuado, pero él me interrumpió:

—No te regaño. Pero esos trabajos de sierva no son dignos de mi mujer. Mi madre puede tener cien esclavas si quiere.

¿Qué otra cosa podía hacer, salvo esforzarme en que comprendiese que no había intentado faltar el respeto a mi suegra? Mi madre me había instruido cuidadosamente en todos los deberes concernientes a una nuera: levantarse con educación y permanecer de pie en su presencia; acompañarla al sitio de honor; enjugar las tazas de té, escanciar la infusión y presentar la taza con gran cuidado, llevándola entre las palmas de las manos. Sobre todo, no negar nunca nada a la suegra, que debe ser considerada como una madre, y cuando regaña se la debe escuchar en silencio, con absoluta sumisión.

Pero mi marido no me escuchó y permaneció firme en su idea.

Sus padres eran contrarios a la mudanza, ateniéndose a las viejas costumbres, y llegaron, por fin, a oponer una prohibición formal.

Sentado en su poltrona, tras la mesa de la sala de lectura, bajo las tablillas de los antepasados, el padre, un hombre sutil, encorvado bajo el peso de su ciencia —era un hombre estudioso—, cuando supo el propósito de su hijo, alisó su barba blanca y se expresó así:

—Hijo mío, quédate. Lo que es mío te pertenece. Aquí hay para todos, así como de qué comer. No es necesario, pues, que dediques tu cuerpo a trabajos materiales, puesto que puedes pasar tus días en ocupaciones dignas, cultivando los estudios que tú prefieras. Pero procura que la nuera de tu madre engendre hijos. Tres generaciones de hombres bajo un mismo techo es un espectáculo que agrada al cielo.

Mi marido se contenía. No obstante, sin irritarse, exclamó:

—¡Padre, yo no pido otra cosa que trabajar! Me he especializado en una profesión científica..., la más noble profesión del mundo occidental. En cuanto a los hijos, no me interesan de una manera absoluta por lo menos momentáneamente. Mi país necesita más bien de los frutos de mi cerebro.

Yo, que escuchaba tras los cortinajes de la puerta, me sentí horrorizada al

oír aquellas palabras del hijo al padre. Si mi marido hubiese sido educado según las antiguas costumbres, nunca se hubiese atrevido a oponerse así a su padre. Eran los años pasados lejos, en países extranjeros, donde la juventud no honra a sus progenitores, lo que le hacía ser tan irrespetuoso. Es verdad que, en seguida, al separarse de sus padres, encontró algunas palabras amables, prometiendo conservar intactos los sentimientos filiales. ¡Pero, a pesar de todo, nos hemos mudado!

La nueva casa no se parece a las otras que he visto. Entre otras cosas, no tiene patio. Se reduce a una salita cuadrada, encima de la cual se encuentran las demás habitaciones. Por una empinada escalera se sube al segundo piso. La primera vez que subí no me atrevía a bajar de nuevo: mis pies no estaban acostumbrados a aquellos escalones tan empinados. No tuve más remedio que dejarme resbalar de un escalón a otro, agarrada a la baranda de madera. Una vez la operación acabada, tenía mis vestidos manchados de barniz fresco, y me di prisa en cambiarme por temor de que mi marido se diera cuenta y me regañase, riendo con esa risa fácil que me intimida.

Colocar los muebles en una casa como aquélla era un asunto difícil. ¿Dónde encontrar sitio para meterlos? De mi hogar materno, como fondo parte de la dote, me traje una mesa, sillas enanas de madera de teca y un gran lecho como el de matrimonio de mi madre. La mesa y las sillas fueron instaladas, por orden de mi marido, en una habitación secundaria, que denominó «comedor»; y la cama donde creí que nacerían mis hijos no pudo ser colocada en ninguna de las habitaciones del piso superior. Así es que he debido contentarme con una camita de bambú, en la que duermo como una sierva, mientras mi esposo duerme, en una habitación separada, en una cama de hierro que parece un banco. Novedades a que me acostumbro difícilmente.

En el aposento principal ha colocado sillas que compró él mismo. Todas están desapareadas; algunas, incluso, hechas con junco ordinario; ¡hay que ver la de formas extrañas que tienen! En el centro ha puesto una mesa, y encima de ésta una tela de seda y varios libros. ¡Un horror!

En las paredes hay colgadas fotografías, con marco, de sus maestros, y un pedazo de tela cuadrada con una inscripción en caracteres exóticos. Un día le hice reír, preguntándole si era un diploma. El diploma —el verdadero, que me enseñó— es un pedazo de piel repujada, que tiene inscrito su nombre en caracteres extraños, seguidos de otros signos. Los dos primeros quieren decir una gran escuela, y los otros su calificación de doctor en medicina occidental. A mi pregunta de si aquellos signos equivalían a nuestros antiguos doctores, mi marido río de nuevo y dijo que no había comparación posible. El diploma, con marco de cristal, está colocado en la pared, en el mismo sitio que mi madre, en la sala de huéspedes, tiene la imponente pintura del viejo emperador Ming.

Te lo aseguro. ¡Esta casa occidental es un horror! Durante los primeros meses me preguntaba cómo lograría acostumbrarme. En las ventanas, entre las cortinas esculpidas, hay, en lugar del opaco papel de arroz, grandes placas de cristal transparente, que dejan entrar la luz del sol a torrentes. ¡Qué claridad tan despiadada! No logro acostumbrarme. A veces intento ponerme un poco de rojo en los labios y empolvarme con polvos de arroz, tal como me han enseñado a hacer, pero en el crudo contraste de esa luz, el efecto es, invariablemente, que mi marido diga:

—No te pintes así, por favor. Prefiero las mujeres sin pintar.

¿Qué hacer? No emplear los polvos ni el carmín equivale a dejar incompleta nuestra belleza natural; es como peinarse sin alisar los cabellos con aceite, o llevar sandalias sin bordados. En una casa china, la luz, atenuada con el papel de arroz, se difunde, con suaves tonalidades, en el rostro de las mujeres. ¡Pero aquí...! ¿Qué hacer para estar atractiva en una casa como ésta? A propósito de la ventana, todavía no lo he dicho todo. Figúrate que mi marido me ha encargado hacer estores con cierta tela blanca. ¡Es para morir de risa que primero hagan un agujero en la pared, luego lo obstruyan con un cristal y, como si esto no fuera bastante, le apliquen una tela!

El suelo es de madera, y hay que ver cómo cruje bajo los pasos de mi marido, que lleva un calzado extranjero. Probablemente porque ese ruido también le molestaba a él, ha comprado grandes cuadrados de tela gruesa, con dibujos que representan flores, y los ha distribuido por toda la habitación. ¡Para qué decirte mi estupor! Tenía miedo de estropear aquella tela y que la servidumbre escupiese encima. Cuando dije esto a mi marido, se irritó. ¡Nadie debe escupir por el suelo!

—¿Dónde, entonces? —pregunté.

—¡En la calle, si es que no pueden hacer otra cosa! —me respondió secamente.

La servidumbre no logra acostumbrarse, y a mí misma me ha ocurrido escupir en la tela las semillas de melón. Y hete aquí que mi marido ha comprado minúsculas escupideras, distribuyéndolas por todas las habitaciones, y obligándonos a usarlas, según esa sucia costumbre extranjera.

Capítulo IV

Hay momentos en que, si me atreviese, huiría de esta casa. ¡Si por lo menos tuviera valor para enfrentarme con mi madre en estas circunstancias! Pero no tengo otro sitio donde ir. Los días se suceden monótonos, inacabables.

Mi marido trabaja desde por la mañana hasta la noche, como si en lugar de ser un rico heredero, fuese un obrero obligado a ganarse el arroz que se come. Al amanecer, antes de que los rayos del sol hayan calentado la tierra, ya está trabajando, y yo me quedo sola en casa hasta la noche. Me distraigo en la cocina, donde, me avergüenzo al confesarlo, participo en los chismorreos de las sirvientas.

«Es preferible, pienso, servir a mi madre, y vivir en el patio con mis cuñadas. Allí, por lo menos, oiría hablar y reír, y este silencio que pesa en mí durante todo el día, como si yo fuese un mueble, no seguiría oprimiéndome.» ¡Y en esta atmósfera, mi cerebro trabaja, y llego a cansarme pensando en la manera de acaparar el corazón de mi marido!

Yo también me levanto por la mañana temprano, para estar dispuesta a comparecer ante él. Me levanto, incluso, aunque durante la noche haya dormido poco o nada en absoluto; me lavo la cara con agua tibia y perfumada, la froto con aceite y perfumes, siempre con la idea fija de conquistar por sorpresa el corazón de mi esposo. Pero es inútil; por más temprano que me levante, él ya está en su despacho.

Y así todos los días. Me apresuro, atreviéndome a girar un poco el pomo redondo de la puerta. ¡Ah, esos pomos extraños, lo que he tenido que ejercitarme para llegar a conocer su secreto! Mi marido se ponía nervioso cuando hacía ruido, hasta el punto que hube de practicar mientras él estaba fuera de casa. Pero ahora que he aprendido, con sólo rozar el pomo de porcelana, siento, de pronto, que el corazón se me encoge.

Mi marido se preocupa muy poco de sí mismo. Hay que ver cómo acoge el té que le traigo por las mañanas. Ni siquiera levanta los ojos del libro que estudia. ¿De qué me sirve, pues, que por la mañana encargue a mi camarera que vaya a buscarme jazmines frescos para ponérmelos en el cabello? La fragancia del jazmín no llega hasta las páginas del libro extranjero; y, además, de cada doce mañanas, once se va mi marido sin tan siquiera levantar la tapadera de la tetera. En realidad, nada le interesa, salvo sus libros.

He meditado mucho en lo que mi madre me enseñó para hacerme agradable a mi esposo. No he omitido nada para halagar su paladar con buenas comidas. En cierta ocasión, mandé un siervo que comprase un pollo fresco, brotes de bambú de Hangchow, pescado, jengibre, buen azúcar y salsa hecha con semillas de soja. Durante toda la mañana me dediqué afanosamente a la condimentación de aquellos manjares, esforzándome por no olvidar nada de lo que pudiese hacerlos mejores y más aromáticos. Cuando hube preparado todo, di orden de servir aquellos platos .al fin de la comida. Tenía la esperanza de que mi esposo exclamaría:

—¡Ah, lo mejor se ha dejado para el final!

En lugar de eso, cuando llegaron los platos los acogió, sin comentario alguno, como si formasen parte del menú.

Apenas los probó y no dijo nada. Yo le miraba con el alma en los ojos: ¡Se comía los brotes de bambú como si fueran berzas!

Aquella noche, una vez calmado el dolor de la desilusión, me dije:

«Eso ha ocurrido porque no eran platos de su gusto. Puesto que no habla nunca de sus predilecciones, haré que pregunten a su madre las comidas a que era aficionado cuando niño.»

A la sirvienta encargada de la investigación, contestó la madre:

—Antes de cruzar los cuatro mares, le gustaba el ánade asado y sumergido en el jugo glutinoso del espino albar silvestre.

Pero después de los años en que se alimentó con las comidas bárbaras y medio crudas de los pueblos occidentales, ha perdido el gusto; ya no se interesa en la delicadeza de los alimentos.

No me quedaba otro remedio que renunciar. Mi esposo no desea nada de mí y no siente la necesidad de nada que yo pueda darle.

Una noche —hacía quince días que vivíamos en la nueva casa— estábamos sentados ante el hogar. Cuando entré, mi marido leía uno de sus libracos. En una hoja vi dibujada una figura humana; pero no revestida con su piel, sino, es horrible decirlo, ¡mostrando la carne sanguinolenta! ¿Cómo es posible que mi marido se interese en lecturas de ese género? Me sentí horrorizada, pero por el momento no me atreví a hacerle pregunta alguna.

Sentada en una de las extrañas sillas de mimbre —hubiese sido poco digno apoyarme en el respaldo; así, pues, me mantenía con el busto rígido—, pensaba melancólicamente en la casa de mi madre. Allí, en aquellos momentos, estarían preparando la cena a la luz de las velas, entre las concubinas y la vociferante chiquillería. Mi madre, sentada en su sitio presidiendo la mesa, y las siervas disponiendo las cazuelas con legumbres y arroz humeante.

Alboroto y felicidad general. Mi padre no comparece todavía; vendrá algo más tarde, cuando la cena esté hecha, para jugar un poco con los hijos de las concubinas. La servidumbre, una vez quitada la mesa, tomará asiento en taburetes bajos, en el patio, y se entretendrá hasta muy tarde, charlando, mientras mi madre llamando al cocinero, repasará las cuentas a la vacilante luz de una larga vela encarnada.

¡Ah, casa materna! ¡Si pudiese volver a ella!

Andaría entre las flores, me inclinaría sobre los lotos para ver si sus

semillas estaban maduras. El verano se anunciaba, la maduración estaba cerca. Por la noche, quizá, después de salir la luna, mi madre me llamaría para tocar al arpa sus melodías preferidas. Hubiese obedecido, diligente, para arrancar a las cuerdas, con la mano derecha, sus acordes, acompañándome al propio tiempo con la mano izquierda...

Pensando en esto, me levanté para retirar el instrumento de su estuche, en el que están incrustadas con madreperlas las figuras de los ocho espíritus de la música. La resonante caja, bajo las cuerdas, está compuesta de diferentes maderas que contribuyen a acrecentar la sonoridad del instrumento. El arpa y su estuche fueron regalados a la abuela de mi marido.

Al rasgarlas, dieron las cuerdas un son sostenido y melancólico. El arpa es el más antiguo de los instrumentos de mi pueblo y ha sonado al claro de luna, bajo los árboles, cerca de un surtidor. Entonces, su voz adquiere una dulzura singular. Pero aquí resonaron en una opaca habitación extranjera, emitiendo sonidos débiles y sofocados.

Dudé unos instantes, atacando luego una melodía del tiempo de los Sung.

—¡Magnífico! —me dijo mi marido amablemente, levantando los ojos—. Me alegra muchísimo que sepas tocar. Un día de éstos te compraré un piano y aprenderás a interpretar, también, la música de los occidentales.

Leía su horroroso libro. Le miraba mientras hacía vibrar maquinalmente las cuerdas, sin saber lo que tocaba. Nunca había visto yo un piano: ¿qué hubiera hecho con él?

De pronto dejé de tocar, no podía más. Abandoné el arpa y quedé inmóvil en mi asiento, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas en el regazo.

Hubo un prolongado silencio. Mi marido cerró su libro y me miró, meditabundo.

—Kwei-Lan —dijo.

Sentí un sobresalto en el corazón. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. ¿Qué iba a decirme, por fin? Le miré tímidamente. Él continuó:

—Desde que nos casamos estoy deseando pedirte que te quites las vendas que comprimen tus pies. La salud de toda tu persona no debe sufrir. Mira, todos tus huesos se han deformado así.

Con su lápiz dibujó, rápidamente, un horrible pie encogido.

Me quedé estupefacta. ¿Cómo sabía él que eran así?

Nunca me había vendado los pies en su presencia..., ninguna mujer china expone jamás sus pies a los ojos de los demás. Incluso por la noche los tenemos ocultos en unas medias de tela blanca.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, con voz estrangulada.

—Porque soy médico y he estudiado en Occidente —contestó—. Además, no tan sólo por tu salud, sino por tu belleza, desearía que te quitases las vendas. Los pies vendados son feos y no están de moda. Supongo que este último argumento te convencerá.

Diciendo esto, sonrió, mirándome con dulzura.

Me apresuré a ocultar los pies bajo la silla. Sus palabras me habían extrañado. ¿Los pies vendados son feos? ¡Y yo que siempre había estado tan orgullosa de los míos! Durante toda mi infancia, mamá había vigilado personalmente la cotidiana inmersión en agua casi hirviendo y el inmediato vendaje, cada vez más apretado. Al quejarme de dolor, ella me recordaba que un día mi marido elogiaría la belleza de mis pies.

Incliné la cabeza para ocultar las lágrimas. Pensé en las numerosas noches de insomnio, en los días en que la intensidad del dolor me impedía comer y jugar, en las horas pasadas, sentada al borde de la cama, moviendo los pies para aligerarlos del peso de la sangre. ¿Y ahora...? Después de haber soportado tanto, cuando el dolor había cedido poco a poco, ¡mi marido decía que los encontraba feos!

—No puedo —dije, medio sofocada por los suspiros; y, no logrando retener por más tiempo las lágrimas, salí de la habitación.

La verdad es que mis pies me preocupaban poco. Ni cuando llevaba sandalias vagamente bordadas mi esposo se interesaba en mí. ¿Cómo suscitar, pues, su amor?

Dos semanas después salí para visitar a mi madre por primera vez; así lo imponen nuestras costumbres tradicionales.

Capítulo V

¿No te aburro, hermana? Entonces, prosigo. Hacía poco tiempo que abandoné mi casa materna, pero me parecía que habían pasado mil lunas desde que salí de allí en la silla nupcial. En aquella ocasión tenía muchas esperanzas y temores. ¿Y ahora...? Ahora volvía como mujer casada, con las trenzas recogidas en una redecilla y sin llevar la frente oculta por la franja de la virginidad. No obstante, seguía siendo la niña de antaño—¿quién lo iba a saber mejor que yo?—, pero más asustada, más solitaria; y con muchas menos ilusiones.

Mi madre vino a mi encuentro, acudiendo al primer patio, apoyándose en

su bastón de bambú. Me pareció cansada y más delgada que antes; pero esto quizás era debido a que nunca la había visto a la luz del día. La tristeza que vi en sus ojos no dejó de conmoverme. Luego de inclinarme, me atreví a cogerla de la mano. Ella respondió con una fugaz presión, y juntas entramos en el patio interior.

Miraba todo con ojos interrogadores. Creí que quizá vería algún cambio. Pero observé que todo seguía exactamente como antes. Los patios estaban sumidos en quietud, cada cosa en su sitio. La única novedad fueron las risas de los hijos de las concubinas, y los gritos de la servidumbre, que me saludaron en voz alta. El sol de otoño se filtraba por entre los emparrados y brillaba en las baldosas esmaltadas del patio y en las tinajas. Las puertas y ventanas tenían las persianas echadas para amortiguar el calor y la luz del mediodía. El sol se insinuaba entre las rendijas, iluminando oblicuamente las vigas pintadas y taraceadas del artesonado.

Aquello ya no me pertenecía, pero mi espíritu se sentía en su verdadera casa.

La ausencia de un hermoso rostro de pilluelo no me pasó inadvertida.

—¿Dónde está la cuarta dama? —pregunté.

—¿La-May? —contestó mi madre, con desgana— ¡ah! La he enviado al campo. Necesitaba cambiar de aires.

Por el tono de la contestación comprendí que no debía hacer más preguntas. Pero luego, cuando en mi antiguo dormitorio me preparaba para acostarme, la vieja Wang-Da-Ma vino a verme. Charlando de unas cosas y otras, mientras me peinaba y trenzaba los cabellos, Wang-Da-Ma no omitió de informarme que mi padre pensaba tomar una nueva concubina, una joven de Pekín que había estudiado en el Japón. Cuando la cuarta dama se enteró, se afligió tanto que se tragó los pendientes de jade. Durante dos días no dijo nada, aunque sufría terriblemente; pero luego mi madre descubrió la tentativa. Inmediatamente fue llamado el médico de la familia; la joven estaba a punto de morir. Pero el médico no supo hacer nada, por más que pinchó con agujas el pulso y las tibias de la desventurada. Un vecino sugirió, por último, que se la transportase a un hospital extranjero, pero mi madre se opuso. ¿Cómo podían conocer los médicos extranjeros las enfermedades de una mujer china? Quizás entiendan las enfermedades de los bárbaros, pero no las de los refinados y cultos chinos... El destino quiso que mi hermano estuviese en casa. Había venido para celebrar en familia la festividad de la octava luna; gracias a su intervención fue decidido llamar a un doctor extranjero.

Era una mujer. Vino y no dudó un instante, introdujo en la garganta de la concubina un largo tubo que llevaba en sus instrumentos, y los pendientes

aparecieron ante el asombro general de los presentes. La única que no parecía extrañada era la extranjera; ésta, luego de colocar el instrumento en su estuche, se retiró con la misma calma con que había venido.

Las otras concubinas no ocultaron sus censuras por el gesto de su compañera. ¡Mira que tragarse los hermosos pendientes de jade...! La gorda preguntó:

—¿Por qué no te tragaste una caja de cerillas, de esas de diez céntimos?

La cuarta dama no dijo nada. Durante su convalecencia nadie la vio comer ni la oyó hablar. Pasaba el tiempo tras las cortinas de su cuarto; sabiendo a ciencia cierta que su intentona de suicidio la había rebajado a los ojos de todos. Mi madre le tenía lástima, y para sustraerla a las ironías de las otras la había alejado.

Aquello constituía el tema de los chismorreos familiares.

Por el contrario, en las conversaciones con mi madre no se mencionaba nunca lo ocurrido. Presté atención a las indiscreciones de Wang-Da-Ma únicamente a causa del gran amor que siente por nuestra familia. Hace tanto tiempo que vive con nosotros, que está al corriente de todo. Vino con mi madre de la lejana casa de Shansi, de donde salió mi madre para contraer matrimonio.

Nos ha visto nacer a todos. Cuando muera mi madre, la fiel sirvienta pasará al servicio de la mujer de mi hermano para dedicarse al cuidado de los nietos de su ama.

Una de las cosas que me contó Wang-Da-Ma es algo más que una simple frivolidad. Mi hermano ha decidido irse al extranjero, a América, para perfeccionar, según dice, sus estudios. Mi madre no ha dicho nada a ese propósito, pero Wang-Da-Ma no dejó de murmurarlo en mi oído, cuando, al día siguiente de mi llegada, hizo su entrada en mi habitación con el agua caliente. Al principio, papá tomó a risa las intenciones de mi hermano, pero acabó aprobando su propósito, y cedió. Pero esto afligió mucho a mi madre. Wang-Da-Ma me aseguró haberla visto tan apenada como el día en que mi padre trajo a casa la primera concubina.

Durante tres días, mi madre se negó a probar alimento alguno y no dirigió la palabra a nadie. Cuando abrió la boca fue para rogar a mi hermano que, puesto que estaba decidido a atravesar el océano Pacífico, por lo menos, antes de emprender el viaje, se casase con la joven a quien estaba prometido, y le diese un hijo.

—Ya que te niegas a reconocer que tu carne y su sangre no te pertenecen exclusivamente —le dijo— y estando decidido a afrontar los riesgos de ese

país bárbaro, sin consideración alguna a tus deberes, procura, por lo menos, hijo mío, transmitir a otros la sagrada herencia de tus antepasados.

Pero mi hermano le contestó:

—No tengo la menor intención de casarme, tan sólo deseo aumentar cada vez más mi cultura; tú no me comprendes, madre. Ya veremos cuando vuelva. Pero, por ahora, desde luego que no.

Ni aun así cedió mamá, y pidió a mi padre que interviniese. Éste, completamente absorto en los preparativos para recibir a la nueva concubina, tomó las cosas a la ligera, y mi hermano consiguió salirse con la suya.

El destino de mi madre no podía por menos de conmoverme. La generación actual era la última de la descendencia de mi padre, puesto que mi abuelo no había tenido más hijos. Mi madre dio a luz a otros varones, pero los perdió a todos durante la infancia. Por esta razón era de una importancia suprema que mi hermano, el único varón superviviente, tuviese hijos cuanto antes... Únicamente así podría mi madre cumplir su deber con los antepasados. Este deber era la razón de que mi hermano estuviese prometido desde su infancia a la hija de Li. No conozco a la prometida, pero me han dicho que no es guapa. Claro está que ése es un detalle sin importancia para mi madre. La desobediencia de mi hermano me dejó aturdida durante varios días, aunque mamá no me dijo nada a ese propósito. Como todos, oculta la espina en los ignotos pliegues de su espíritu. Así es su carácter: cuando ve que el dolor es inevitable, cierra los ojos para siempre. De modo que, en el ambiente doméstico y acostumbrada al silencio de mi madre, he dejado de pensar poco a poco en mi hermano.

Tal como preví y me temía, el primer pensamiento que leí en los ojos de todos se refería a mi estado: ¿estaba yo esperando un hijo? Contesté con evasivas a las preguntas, limitándome a aceptar los augurios con graves inclinaciones de cabeza. ¡Nadie debía saber que yo no interesaba a mi marido!

¡Sin embargo, no podía engañar a mamá!

Una noche, al cabo de siete días de alojarme en la casa, estaba sentada sola, en el umbral de la puerta que da al gran patio.

Anochece, las esclavas y siervos acudían para preparar la cena, y en el aire flotaba un olor de pescado y de ánade asado. Hora perfecta. Los crisantemos del acirate estaban repletos de brotes; nunca había amado tanto mi casa y los objetos familiares como en aquellos momentos. Recuerdo que el ademán de empuñar el picaporte esculpido de la puerta me daba una especie de sensación de seguridad; me sentía en paz allí donde mi infancia transcurrió rápida como un sueño. Cosas que conozco, cosas amadas. La noche se desploma lentamente sobre los tejados puntiagudos; en los aposentos se perciben las

débiles llamas de las velas. Aroma de la cena. Se oyen las voces de los niños..., el ruido apagado de sus sandalias de fieltro en las baldosas del patio. Me siento la hija de una casa patriarcal china, donde todo es viejo: los trajes, los muebles, las relaciones. ¡Casa tranquila y segura, a la sombra de las viejas paredes entre las cuales se come y vive bien!

Y hete aquí que, por contraste, se me aparece la imagen de mi esposo sentado solo ante la mesa en la casa extranjera, vestido a la manera occidental, y exótico en sus modales. ¿Cómo adaptarme a su vida? Él no tenía necesidad de mí... Sentí la garganta oprimida a causa de las lágrimas que no podía verter. Me estremeció una impresión de soledad como nunca experimenté mientras viví soltera. En aquella época me entretenía pensando en el día de mañana. Y ahora que conozco ese porvenir que tanto esperé, me parece insoportablemente amargo... Las lágrimas desbordaron, por último, de mis ojos, y volví el rostro para evitar que la luz de las lamparillas me traicionase.

Oí el gongo que anunciaba la cena. Me sequé nuevamente los ojos y me dirigí al sitio que me correspondía.

Después de cenar, mi madre se retiró temprano a su habitación. Las concubinas se habían retirado también a las suyas, y, quedé sola, sorbiendo el té. En aquel momento apareció Wang-Da-Ma.

—Su honorable madre —me dijo—le ordena que vaya a verla.

Contesté estúpidamente:

—Mi madre ha dicho que iba a retirarse y no ha sugerido nada de otra conversación.

—No sé qué decirle, amita, pero ésa es la orden que me ha dado su madre. Vengo directamente de su habitación —contestó Wang-Da-Ma; y se fue sin más explicaciones.

Cuando el ruido de sus pasos se apagó en el patio, separé la cortina de raso y entré en el dormitorio de mi madre. La encontré tendida en la cama. En una mesita, al alcance de su mano, ardía una bujía. Era la primera vez que veía a mi madre en aquella postura, y no pude reprimir un movimiento de sorpresa. Me pareció frágil y casi débil. Tenía los ojos cerrados, y sus pálidos labios tenían un pliegue amargo. El rostro exangüe era la delicada máscara de la tristeza.

—Mamá —murmuré.

—Pequeña mía —contestó ella.

Me sentí perpleja, no sabía cómo interpretar su voluntad. ¿Debía sentarme o quedarme en pie? Con la mano me indicó que tomase asiento a su lado. Obedecí y esperé en silencio a que hablase. Mientras tanto, me decía: «Está

abatida por el pensamiento de que mi hermano se dirige a lejanos países.» Me equivocaba; su pensamiento era ajeno a mi hermano. Apenas volvió el rostro hacia mí, dijo:

—Dime la verdad, hija: hay algo en tu vida que no es lo que debiera ser. ¿Crees acaso que no me he dado cuenta?

Desde que volviste, observo que no demuestras la tranquila satisfacción de antes. Tu espíritu está agitado; lloras por nada, como si un dolor secreto acaparase tu pensamiento, aunque tus labios no hablan. ¿Qué te pasa? ¿Acaso sientes impaciencia por estar encinta...?

Transcurrieron dos años antes de que yo diese un hijo a tu padre.

¿Qué decirle? Del cortinaje bordado del baldaquino colgaba un hilo de seda desprendido de la trama. Lo cogí, y durante un buen rato estuve enrollándolo y desenrollándolo entre el índice y el pulgar..., lo mismo que hacía, mentalmente, con mis pensamientos.

—¡Habla! —me acosó mamá, no sin algo de impaciencia.

Levanté los ojos. ¡Pobres lágrimas inútiles! Intenté vanamente retenerlas: me sofocaban, y prorrumpí en llanto, mientras intentaba ocultar el rostro entre el edredón que cubría el cuerpo de mi madre.

—No sé, no comprendo lo que quiere mi marido —exclamé—, dice que debo ser su igual, pero ¿cómo he de hacerlo? No puede sufrir mis pies, dice que son feos, ¡hasta me hizo un dibujo...! ¿Cómo se las ha apañado para verlos y dibujarlos de aquella manera? Lo ignoro, porque nunca le he permitido verlos.

Mi madre levantó la cabeza de la almohada.

—¿Su igual? —dijo, estupefacta, con los ojos dilatados en su pálido rostro—. ¿Qué quiere decir tu marido con eso? ¿Cómo es posible ser igual al marido?

—Las mujeres occidentales lo son —dije suspirando.

—Ya sé, pero aquí somos gente con sentido común. ¿Y los pies? ¿Por qué los dibuja? ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo hace para demostrar que son feos.

—Se ve que no has sido suficientemente hábil. ¿Acaso no te di veinte pares de sandalias? Estoy segura de que no las elegiste con el acierto requerido.

—Sus dibujos no reproducen la línea exterior, sino los huesos deformados.

—¿Los huesos? ¿Quién ha visto los huesos de un pie de mujer?

¿Acaso los ojos pueden penetrar en la carne?

—Los suyos pueden, puesto que son ojos de médico occidental. Por lo menos así lo dice.

—¡Ah, ya, pobrecilla! —Diciendo esto mi madre cayó de nuevo sobre las almohadas, suspirando y sacudiendo la cabeza—.

Tu marido está instruido en las artes mágicas de los occidentales...

No pude aguantar más y le hice partícipe de mis confidencias.

Lo confesé todo, incluso las particularidades más íntimas y dolorosas. Recuerdo que llegué a murmurar frases amargas.

—Le importa un bledo no tener hijos; no me quiere.

Mi madre cerró los ojos, con un rostro que parecía más agudo todavía. Calló unos instantes; luego, dijo, con una voz cansada y débil, como si estuviera exhausta:

—A todo esto, hija mía, no existe más que una solución para una mujer..., un solo camino, ¡y eso a toda costa! ¡La mujer debe agradar a su marido! Imagina lo que significa para mí aconsejarte que deshagas todo lo que con tanto trabajo cuidé en ti. Pero, puesto que ya no perteneces a mi familia, sino a la de tu marido, no puedes hacer otra cosa que la voluntad de él. Pero no sin una última resistencia. Procura, por todos los medios, seducirle con tus mejores vestidos de color jade y negro, y con el perfume de lis. Sonríe, pero sin petulancia, más bien con esa timidez que todo lo ofrece.

Puedes, incluso, permitirte tomarle la mano... ¡pero nada más que un instante! Si ríe, alégrate; pero si aun así no reacciona, no te quedará otro remedio que hacer lo que te digo: plegarte a su voluntad.

—¿Incluso quitarme las vendas de los pies? —murmuré. —Incluso quitártelas —dijo, con cansancio—. Los tiempos han cambiado... Puedes retirarte. Y se volvió hacia la pared.

Capítulo VI

¿Cómo decirte, hermana, la pena que me oprimía el corazón? La aurora del día fijado para mi marcha amaneció gris y tranquila. Concluía la décima luna, cuando llegó la época en que las hojas de los árboles empiezan a caer y los bambúes se estremecen en el aire helado vespertino o matinal. Antes de irme quise ver mis lugares predilectos, avivar e imprimir su belleza en la memoria. He aquí el estanque: la brisa apenas murmura, la siento en el ligero

movimiento de las hojas y el loto. Éste es el venerable enebro. Tiene trescientos años y está todo retorcido; a su sombra, en el jardincito de las rocas, en el tercer patio, me quedé una hora. Visité los viejos bambúes del antiguo patio de acceso. Sintiéndome feliz en medio de todas mis plantas, me detuve un instante para admirar las hojas de color verde oscuro. Por último, deseando llevarme algo que fuese como un símbolo de toda la belleza de los patios, escogí ocho crisantemos, que coloqué en un búcaro. Estaban plenamente abiertos, con toda su belleza de colores: rojo, amarillo, violeta pálido... Me dije que mitigarían un poco la desnudez de mi casa.

Así volví junto a mi marido.

No le encontré al entrar en el pequeño recibidor. Por la sirvienta supe que había acudido a una llamada urgente, pero ignoraba de quién. Deseando prepararle una sorpresa, coloqué los crisantemos en el saloncito, ingeniándome para obtener el mejor efecto posible. Pero luego de haber puesto toda mi voluntad, me sentí desilusionada. En el antiguo patio, contrastando con el fondo negro de las puertas, los crisantemos resplandecían de melancólica opulencia. Aquí, al contrario, sobre el fondo de las paredes pintadas de blanco, el amarillo apenas se destacaba; su belleza se reducía a un simple efecto artificial.

¿Acaso no se podía decir lo mismo de mí?

Llevaba todavía los vestidos de gala, pantalones y chaquetilla de color jade, y los cabellos adornados con collares de ónix, y pendientes de jade. En los pies llevaba las sandalias negras de terciopelo, artísticamente bordadas con pequeñas perlas de oro. De la tercera concubina, La-May, había yo aprendido el arte de los tonos rojos en las mejillas y el labio inferior, y la astucia de las palmas de la mano teñidas de rojo perfumado. En una palabra, no regateaba ningún esfuerzo para parecer más hermosa a los ojos de mi marido.

Así ataviada me encontraba guapa, y esperé su regreso.

Si hubiese podido presentarme ante él separando una cortina escarlata a la opaca luz de una antigua mansión china, hubiese logrado seducirle. Por el contrario, tenía que bajar con inciertos pasos una crujiente escalera de madera hasta el saloncito desnudo, donde produciría el mismo efecto que los crisantemos. Resultaría una cosa graciosa y nada más.

La espera fue larga, y cuando llegó mi marido —estaba muy cansado—, la frescura de mis adornos estaba ya marchita desde hacía rato. Me saludó al pasar, gentilmente; estuvo ocupado durante todo el día en asistir a una enferma, y no había comido nada desde por la mañana.

Cenamos en silencio. Las estúpidas lágrimas me impedían casi tragar los alimentos. Él comió de prisa, y al acabar hizo que le sirvieran el té. Estaba

muy preocupado, se le escapaban algunos suspiros. Por último, se levantó con cansancio, y dijo:

—Vamos al salón.

Cuando estábamos sentados me preguntó distraídamente cómo iba la salud de mis padres; pero era visible que mis contestaciones no le interesaban. Yo tartamudeaba y acabé callándome, sin que él pareciese darse cuenta de mi silencio. Se levantó de nuevo y dijo, con mayor dulzura:

—Te ruego que no te preocupes por mi distracción. Estoy verdaderamente contento de que hayas vuelto. Pero ¿qué quieres?, durante todo el día he tenido que luchar contra la superstición y la estupidez humana: y he perdido. ¿Qué puedo decirte? No puedo pensar en otra cosa que en mi derrota. Me pregunto si hice todo lo que debía hacer. ¿Existe algún razonamiento de que yo no me haya valido para salvar esa vida humana? Y, sin embargo, cuanto más pienso en ello, más persuadido estoy de haber hecho todo lo posible. ¡Pero eso no me ha evitado que perdiese!

»Tú recordarás, sin duda, a la familia Yu, la que vive cerca de la Torre del Tambor. La primera mujer ha intentado ahorcarse, desesperada al no poder soportar por más tiempo la lengua viperina de su suegra. Llamado con urgencia, acudí a toda prisa y, para que veas, hubiera podido salvarla: la descubrieron cuando acababa de dejarse colgar de la cuerda en el vacío. Pues bien, ¿sabes lo que ha ocurrido...? Había preparado lo necesario para la intervención cuando llegó un anciano tío, un traficante de vinos, que sustituye con su autoridad al jefe de la familia, el viejo Yu, que en paz descanse. Bueno, pues vino gritando como una fiera y exigiendo que se recurriese a los sistemas tradicionales.

¡Quería sacerdotes y gongos para llamar el alma de la mujer! La familia fue convocada, se arrodilló en el suelo, desnudó a la pobre muchacha desvanecida (figúrate que no tenía más de veinte años), y le llenaron la nariz y la boca de algodón en rama, vendándole luego la cara... ¡Eso han hecho!

—Pero..., pero —dije— es la costumbre, siempre se hace lo mismo. En esos casos, parte del alma se fue, y es necesario impedir que el resto se vaya también; por eso se tapan los orificios.

Hasta entonces, en su agitación, mi marido había hablado paseándose por la habitación. Pero, al oírme, se detuvo bruscamente, fulminándome con sus ojos; tenía los labios contraídos y respiraba con dificultad. Por último gritó:

-¡Cómo! ¿Tú también?

Me empequeñecí en el asiento.

—¿Murió la muchacha? —pregunté con voz como un susurro.

—¿Que si murió? ¿Acaso no morirías tú si te tuviera así mucho rato?

Diciendo estas palabras, me cogió las manos en una de las suyas y con la otra me aplicó violentamente un pañuelo sobre la boca y nariz. Me liberé lanzando lejos el pañuelo. Él río, con una risa que parecía un alarido, y se sentó cogiéndose la cabeza entre las manos, oprimido por la misma pena que me hacía enmudecer. No se dignó mirar tan siquiera un instante los crisantemos que adornaban la habitación.

Me quedé mirándole asustada. ¿Sería posible que tuviese razón?

Aquella noche me quité, asqueada, los collares de jade y los vestidos de seda. Empezaba a comprender que todo lo que me habían enseñado era falso; mi marido no era hombre que se pudiese seducir alegrándole los sentidos con flores y perfumes, o con una pipa de opio. La belleza física no bastaba; debía seguir otro camino si quería triunfar. Y recordé las palabras que pronunciara mi madre, con el rostro vuelto hacia la pared, así como el tono de su voz al decir:

—Los tiempos han cambiado.

Sin embargo, no podía doblegarme fácilmente a la idea de liberar mis pies de sus vendajes. La que me ayudó fue la señora Liú, la esposa del profesor de una escuela extranjera recientemente fundada. Yo había oído hablar a mi marido de la señora Liú, como de una amiga. Y, en efecto, al día siguiente de mi regreso me anunció que vendría a visitarme.

Era la primera visita que recibía, y no omití hacer grandes preparativos. Di orden a la sirvienta de comprar seis calidades de pastelitos y servirlos con granos de melón, bizcochos, sésamo y el mejor té, el que se recolecta después de la lluvia. Para vestirme elegí una chaquetilla de seda color albaricoque, que hacía juego con las perlas que adornaban mis orejas. En el fondo del corazón me sentía avergonzada de mi casa.

«Quizás —pensaba— encontrará que es fea y se dirá que yo no tengo gusto... ¿Por qué no se las apaña mi marido para estar en casa? Así, por lo menos con su ayuda, podría disponer los muebles de una manera más ceremoniosa... ¿Dónde colocar el sitio de honor?»

Me equivocaba, puesto que, llegado el día de la visita, mi marido no salió de casa; prefirió quedarse sentado, leyendo; cuando me veía entrar en el saloncito, muy agitada, me acogía levantando apenas la cabeza y esbozando una fugaz sonrisa. A mi entender, todo iba al revés: lógicamente, yo hubiera debido estar sentada, para poder levantarme al entrar la visita y acompañarla ceremoniosamente al sitio de honor. Pero, con mi marido sentado allí, no había manera de arreglar un poco la estancia; y cuando llamaron al timbre de la puerta, mi marido fue a abrir en lugar de la sirvienta.

Era como para retorcerse las manos de desesperación.

Pero el sonido de una voz jovial hizo que desapareciese mi mal humor, obligándome a mirar a hurtadillas hacia la puerta. ¡Cosa extraña! Mi marido había cogido la mano de la recién llegada y le daba en el dorso un beso curiosísimo. ¡Me quedé estupefacta! Pero, súbitamente, todo mi asombro desapareció, y con él toda veleidad de simpatía por la visitante al ver la expresión de mi marido. Su rostro nunca aparecía así cuando hablaba conmigo, que soy su esposa; su actitud era la de alguien que habla con una amiga.

Hermana, si hubieses estado allí me habrías enseñado lo que debía hacer. Pero me encontraba sola y no tenía amigos. No me quedaba, pues, otra cosa que hacer que rumiar mis pensamientos y sufrir en el corazón por todo lo que me faltaba para gustar a mi marido.

La visitante no era guapa..., ni siquiera graciosa; no tardé en darme cuenta cuando la miré atentamente. Tenía un rostro rojizo y jovial, ojos redondos y brillantes como bolitas de vidrio; cordiales, pero llenos de sonrisas. Llevaba una chaquetilla gris de tela ordinaria, una falda de seda, pero sin flores, y calzado masculino. Hablaba bien, con una voz que alegraba oírlo, su risa era pronta y cálida. Se notaba que con mi marido se sentía a gusto, porque hablaba con soltura de cosas que yo no conocía ni siquiera de nombre, intercalando en su conversación incomprensibles palabras extranjeras. Él parecía contento. Yo, sentada en mi silla, escuchaba con la cabeza baja.

Aquella noche, después de cenar, estaba sentada silenciosa, cerca de él. El recuerdo de su rostro cuando hablaba a nuestra invitada no se apartaba de mi mente.

¡Nunca le había visto tan vivaz, tan animado! Parecía como si para ella no tuviese bastantes palabras... Habló sin parar durante toda la visita, y no salió de la habitación.

¡Como si la visitante fuese un hombre en lugar de una mujer!

En un momento dado, me levanté y fui a sentarme junto a él.

—¿Qué me cuentas? —preguntó, apartando la mirada del libro.

—Dime algo de la señora que nos ha visitado hoy.

Se apoyó en el respaldo de su silla y me contempló pensativo.

—¿Qué quieres que te diga? Es licenciada de una gran Universidad femenina de Occidente; se ven pocas mujeres como ella, que conozcan las cosas a fondo. Tiene tres hijos... Ya verás qué criaturas tan hermosas; inteligente, limpia, bien educada. El corazón se alegra viéndola.

¡Oh, cómo odiaba, cómo odiaba a aquella mujer! Pero, ¿qué hacer? ¿Es posible que no existiese más que un camino para llegar al corazón de mi marido?

—¿Te parece guapa? —pregunté.

—¡Naturalmente! —contestó con tono convencido—. Es una mujer sana, de buen sentido, y anda sobre unos pies que no son deformes.

Durante unos instantes pareció mirar al vacío. Yo imaginaba ideas desesperadas. ¡No había nada, nada que una mujer pudiera hacer! Pero, ¿cómo lograr...? Las palabras de mi madre eran bien claras: «Es necesario que gustes a tu marido.»

Él quedó absorto en sus pensamientos. ¿En qué pensaba? Imposible saberlo. Sin embargo, de una cosa estaba segura, a saber: que no pensaba en mí; y menos aún en mis sedas de color pescado, en los pendientes con que me había adornado, ni en mis cabellos bien lisos, brillantes, avivados con tanto cuidado. No se ocupaba nada de todo aquello; y, no obstante, estaba tan cerca de él que un ligero movimiento hubiese bastado para unir su mano a la mía.

En aquel momento incliné un poco la cabeza y me abandoné a su voluntad, renunciando al pasado.

—Si me dices cómo he de hacerlo, estoy dispuesta a quitarme las vendas de los pies.

Capítulo VII

Cuando pienso en el pasado, creo que mi marido empezó a interesarse por mí a partir de aquella noche.

Parecía que hasta entonces no habíamos tenido nunca nada que decirnos, que nuestros pensamientos no se habían encontrado jamás, que yo no podía hacer otra cosa que mirarle sin comprenderle, y que él nunca hubiera llegado a posar sus ojos en mí. Si acaso nos habíamos dicho algo, fue con la cortesía que se emplea entre personas extrañas: yo, tímidamente; él con una corrección demasiado manifiesta para que yo pudiese tomarla por interés. Pero ahora tenía necesidad de él, y él, por fin, se acordaba de que yo existía.

Al hablarme me interrogaba, y mostraba interés en mis contestaciones; y yo que había sentido por él, hasta entonces, un amor palpitante, pero ofuscado, sentía ahora que le adoraba.

Nunca imaginé que un hombre pudiera inclinarse con tanta ternura a una

mujer. Al preguntarle lo que debía hacer para liberar mis pies de sus ligamentos, creí que se reduciría a darme unas cuantas instrucciones. Por eso me extrañó muchísimo al verle aparecer con una palangana de agua caliente y un rollo de vendas. Estaba avergonzada: la idea de que iba a ver mis pies era insoportable; nadie los había visto desde el día en que tuve bastante juicio para cuidarme yo sola.

Me sentía como sobre carbones encendidos. Cuando, de rodillas ante mí, y la palangana a su lado, hizo un ademán para cogerme los pies, tuve la tentación de huir.

—No —dije débilmente—, lo haré yo misma.

—No te preocupes. Recuerda que soy médico.

De nuevo me negué. Él levantó la cara y me miró a los ojos fijamente.

—Kwei-Lan —dijo con tono grave—. Sé lo que te cuesta hacer esto por mí. Pero permite que te ayude en lo posible. Soy tu marido.

Cedí sin reflexionar más. Me cogió un pie con sus dedos ágiles, quitó la sandalia, la media y, por último, la banda interior. Su rostro tenía una expresión triste y a la vez severa.

—¡Cómo debes de haber sufrido! —murmuró con ternura—. ¡Qué triste infancia...! ¡Y todo inútilmente!

Al oír aquellas palabras, no pude retener las lágrimas. Sí, los sacrificios hechos no habían servido para nada. ¡Y ahora él me imponía otros!

Bajo los efectos de la inmersión y el desvendado, nuevas torturas empezaron para mis pies. El proceso de la distensión se reveló casi tan doloroso como el achicamiento con los ligamentos apretados. Poco a poco, la sangre comenzó a circular; y esto me produjo dolores insoportables. Había momentos en que, para mitigarlos un poco, me arrancaba las vendas ligeramente aplicadas para aplicarlas con fuerza. Pero inmediatamente pensaba que mi marido se daría cuenta y, con manos temblorosas, me quitaba de nuevo las vendas. No encontraba alivio más que sentándome sobre los pies, con las piernas cruzadas y balanceando el busto.

Hacía tiempo que había dejado de pensar en cómo me presentaría ante mi marido. ¿Qué importaba que me presentase fresca y alegremente ataviada? Durante la noche, las lágrimas habían inflamado mis ojos y tenía la voz ronca a causa de los gemidos que no podía contener. ¡Y, cosa curiosa, mi marido, que no había cedido a la fascinación de mi belleza, me consolaba como lo hubiera hecho con un niño! Me aferraba a él, desesperada por el dolor.

—Lo pasaremos juntos, Kwei-Lan —me decía él—. Sufro viéndote sufrir así, pero piensa que esto que hacemos ahora no es tan sólo útil para nosotros,

sino para los demás: es una protesta contra esa antigua y mala costumbre.

—¡No! —suspiraba yo—. ¡Lo hago por ti, únicamente por ti; para parecer a tus ojos una mujer moderna!

Río, con el rostro súbitamente iluminado; el rostro que le había visto el día en que vino a visitarnos aquella mujer.

Ésta fue la recompensa a mis dolores. A partir de entonces, nada me pareció doloroso.

Con la distensión producida y un mejoramiento en mi estado de salud, empecé a gozar de una nueva libertad. Era joven, y mis pies no se habían anquilosado todavía como los de las mujeres más viejas que yo, en las que existe, además, el peligro de perderlos. Los míos no estaban más que entorpecidos. Pronto empecé a andar con mayor soltura, las escaleras ya no me parecían tan dificultosas. Incluso mi persona se robusteció. Un día entré rápidamente en la habitación donde mi marido escribía. Levantó la cabeza, sorprendido, y sonrió.

—¿Corres? —exclamó—. Buena señal, veo que lo peor ha pasado, y que la deformación de antes ha desaparecido.

Sorprendida, contemplé mis pies.

—Pero —dije—, no son tan grandes como los de Liú.

—Y no lo serán nunca —contestó él—. Los pies de Liú se han desarrollado naturalmente. Los tuyos han adquirido ahora su máxima distensión.

Me sentí un poco apesadumbrada de que mis pies no pudieran ser nunca tan grandes como los suyos. Pero se me ocurrió otra idea; puesto que las sandalias de tela bordada no me servían, decidí comprar otras de cuero, como las que había visto en los pies de Liú. Al día siguiente, acompañada por una sirvienta, me dirigí a la tienda..., compré un par de la medida deseada: cinco centímetros más largas que mis pies. Llené el espacio vacío, con algodón en rama. Así, nadie podría darse cuenta de que había tenido los pies vendados.

Entonces quise visitar a Liú. Cuando mi marido supo mi deseo, me prometió, sin más, acompañarme al día siguiente.

Me quedé estupefacta; no está bien visto que un marido acompañe a su esposa por la calle.

Ahora también estoy acostumbrada a eso.

Al día siguiente, tal como se había convenido, fuimos a la visita. Mi marido se mostró muy amable conmigo, aunque más de una vez me confundió, dándome la preferencia al entrar en una u otra habitación. No estaba todavía al corriente de esta costumbre, y él tuvo que explicarla al

regresar a casa.

—Así se hace en Occidente —me dijo.

—¿Por qué? ¿Acaso se debe a que, como hemos oído decir, los hombres son allí inferiores a las mujeres?

—No, ésa es otra tontería.

Y me explicó. La preferencia dada a las mujeres provenía de una costumbre que se perdía en los tiempos antiguos... ¿Antiguos? La palabra me asombró. Yo no había oído nunca hablar de países con un lejano pasado.

Únicamente nosotros, pueblo civilizado, habíamos tenido una Antigüedad. Pero he aquí que, según parece, los pueblos extranjeros tuvieron también un pasado y una cultura; eso significa que no eran del todo bárbaros. Además, mi marido me ha prometido leerme los libros donde se habla de ellos.

¡Cuán feliz fui aquella noche! Ser un poco más moderna: ¡qué gran cosa! En efecto, aquel día no tan sólo había llevado mis zapatos de cuero, sino que dejé de pintarme la cara y no me adorné los cabellos. Mi marido debió de advertir que me parecía mucho a la señora Liú.

Desde el momento en que, por mi voluntad, se operó el cambio, me pareció renacer a una vida nueva, más completa. Cada noche, mi marido hablaba conmigo, y su conversación me parecía llena de encantos: él sobre todo.

¡Ah, si supieras las cosas curiosas de que me informaba a propósito de los países extranjeros y sus habitantes! ¡Y qué carcajadas motivaban mis atónitas exclamaciones!

—¡Qué ridículos son! ¡Qué gente tan estrafalaria!

—No son mucho más estrafalarios —contestaba él, muy divertido— de lo que nosotros aparecemos a sus ojos.

—¿Cómo? ¿Nos consideran estrafalarios?

—¡Naturalmente! —decía mi marido riendo— ¡Si les oyeses hablar! A sus ojos, nuestras costumbres son ridículas, nuestro rostro también, y lo que comemos y todo lo que hacemos. No les cabe en la mente que podamos tener el aspecto que tenemos y nos comportemos como nos comportamos, siendo tan humanos como ellos.

Aquello era demasiado fuerte. ¿Cómo podían considerar su modo de vestir, su aspecto y maneras tan humanas como las nuestras?

—Pero nosotros —observé dignamente—, las cosas que siempre hemos hecho, nuestra urbanidad y el tipo físico, son cosas que datan de tiempos

antiquísimos.

—Exacto..., o por lo menos, tan antiguos como los suyos.

—Siempre he creído que los extranjeros venían aquí para adquirir un poco de civilización. Mi madre así me lo decía.

—Y tu madre se equivocaba. Es todo lo contrario: han venido aquí creyendo poder civilizarnos. Es cierto que nosotros les podemos enseñar muchas cosas; pero ellos no están persuadidos de eso, lo mismo que tú no te persuades de que debemos aprender mucho de ellos.

Todo lo que decía mi marido era nuevo y estaba lleno de interés. No me cansaba nunca de oírle hablar de los extranjeros y sobre todo de sus maravillosos inventos: de los grifos de donde sale agua fría o caliente, de las estufas que funcionan sin combustible, de las máquinas que van por el agua y de otras que navegaban bajo el agua. Y, en fin, ¿qué decir de esos aparatos maravillosos que vuelan?

—¿Estás seguro de que no se trata de magia? —pregunté inquieta—. Los viejos hablan de los milagros del fuego, de la tierra y el agua; siempre hay algún truco en esas cosas.

—¿Magia? ¿Qué dices? Nada de magia: una vez logres comprender, verás que son cosas bastante sencillas. Es la ciencia.

Todas las noches me hablaba de esa ciencia, y poco me faltaba para comprender que mi hermano sintiera su fascinación hasta el punto de oponerse a los deseos de mi madre, que vanamente había intentado evitar que atravesase el Pacífico. Yo misma me sentía encantada y empezaba a sentirme superlativamente instruida; tanto es así que, un día, no pude resistir al deseo de catequizar, a falta de otra persona, a nuestra cocinera.

Ésta limpiaba el arroz en la pila del patio de la cocina; al oír mis palabras, cesó de sacudir el cedazo.

—¿Quién dice eso? —preguntó, mirándome con ojos de sospecha, y en absoluto deseosa de ser convencida.

—El señor —dije con autoridad—. ¿Lo crees ahora, sí o no?

—¡Oh! —contestó ella, dudosa—. Lo único que sé es que el señor tiene mucha instrucción; pero basta con mirar para darse cuenta de que la tierra no es redonda. Suba usted a la pagoda que hay en la colina sur de la Estrella del Norte, ya verá cómo durante kilómetros y kilómetros a su alrededor, la tierra, incluso con sus montañas, ríos y lagos, es plana como un pastel. En lo que se refiere a nuestro país, sin duda se encuentra en el centro, de otra manera no podríamos dar razón a los antiguos sabios, que sabían mucho, y le han llamado, precisamente, Reino del Centro.

Yo tenía prisa de profundizar un poco más.

—Eso no basta —dije—. La tierra es tan grande que para alcanzar el lado opuesto transcurriría el período de una luna, y cuando es de noche aquí, en el otro lado es de día.

—¡Tonterías, tonterías, señora! —exclamó la cocinera triunfalmente—. Si se necesita una luna de días para ir de aquí a esos otros países, ¿cómo puede el sol realizar todo el recorrido en tan pocas horas, puesto que precisa de un día entero para recorrer el corto espacio entre la Montaña de Púrpura y las Colinas occidentales de ahí?

Y prosiguió su tarea de sacudir en el agua el cedazo de arroz.

Reconocí, sin embargo, que no podía culparla de su ignorancia. Entre todas las cosas curiosas que aprendí de mi marido, había una, sobre todo, que me sorprendía infinitamente: que los pueblos occidentales tuvieran las mismas luces celestes, el sol, la luna y las estrellas, que nosotros.

Hasta entonces había creído que Pán-Ku, el dios creador, las había hecho únicamente para los chinos. Pero mi marido es sabio, lo sabe todo, y no dice más que la verdad.

Capítulo VIII

¿Con qué palabras decirte, hermana, cómo empezó el favor de mi marido? ¿Acaso yo misma estoy segura de cuándo empezó su corazón a despertar? ¡Ah! ¿Cómo puede la fría tierra observar que en la primavera el sol abre a las flores su corazón? ¿Es posible que el mar se dé cuenta de que la luna le atrae?

He perdido la noción del tiempo; únicamente sé que ya no estoy sola, que allí donde esté él está mi hogar. He olvidado la casa de mi madre. Durante el día, en el transcurso de las horas en que mi marido está ausente, no hago más que pensar en sus palabras. Recuerdo sus ojos, su rostro, la curva de sus labios, el ligero contacto de su mano en la mía cuando, juntos, volvemos las páginas del libro abierto en la mesa ante la cual nos sentamos. Por las noches, cuando estamos solos, le miro de soslayo, ansiosa de aprovechar las lecciones que me da con ayuda del libro.

No hago más que pensar en él. Estoy ebria de él, exactamente como lo que ocurre en primavera, cuando el río invade los canales ressecos por el invierno y divaga por la tierra, llevando a todos lados los gérmenes de la vida y de frutos.

¿Quién puede comprender verdaderamente la fuerza de esos sentimientos entre un hombre y una muchachita? Mi soledad está llena de él, no recuerdo

nada más. En fin, ¡ha llegado el momento de mi suprema alegría! Y escucha ahora, hermana, una radiante noticia. En el último día de la undécima luna — recuerdo que era la época de cosechar el arroz— nació mi primer hijo.

Cuando mi marido supo que yo estaba en estado, cumpliendo así mi deber con él, no ocultó su alegría. Los primeros en recibir la noticia fueron sus padres, luego los hermanos, que nos enviaron sus felicitaciones. Naturalmente, mis padres no estaban directamente interesados en este acontecimiento, pero decidí anunciárselo también a mi madre con ocasión de la visita de Año Nuevo.

Pero el período que empezó entonces no dejaba de ser difícil para mí. Hasta entonces, mi situación en la familia de mi marido fue muy poco importante: la esposa del menor de los hijos, y nada más. A partir del día de nuestra mudanza, apenas participé en la vida de la familia. Es verdad que, en dos ocasiones, fui a visitarles; pero eran visitas de cumplido, hechas en épocas establecidas por la tradición, y mi suegra, a quien serví el té, me trató casi con indiferencia, aunque no exenta de cierta benignidad.

Pero todo había cambiado. De improviso me convertí en una sacerdotisa del destino. En mis entrañas hallábase la esperanza de la familia..., un heredero. Mi marido tenía cinco hermanos, ninguno de los cuales tenía hijos. Si yo le daba uno, no tan sólo ascendería, súbitamente, del rango inferior al de hermano mayor, sino que adquiriría el derecho a la prerrogativa de heredar los bienes de la familia. Pero, verdaderamente, era muy triste que una madre no pueda considerar como suyo, más que durante unos pocos días, lo que nació en su seno. En efecto, el niño debe ocupar, muy pronto, un lugar preferido en la jerarquía y la vida de la mayor familia... ¡Oh, Kwan-Ying protege a mi hijo!

Hablar por primera vez a mi marido de nuestro hijo me produjo algo muy parecido al éxtasis; pero este sentimiento fue prontamente vencido por otros pensamientos más ansiosos. He dicho que los tiempos empezaban a ser difíciles para mí, sobre todo a causa de los numerosos consejos que me afluían de todas partes. En primer lugar, los de mi honorable suegra. Tan pronto se enteró de la noticia, quiso que me preparase a visitarla. Hasta entonces había sido recibida, ceremoniosamente, en el atrio de los invitados; esto a causa de cierto rencor que mi honorable suegra nos guardaba por la mudanza. Pero en aquella ocasión, los criados recibieron, sin duda, otras órdenes, puesto que apenas entré me hicieron pasar a las habitaciones interiores, pasado el tercer patio, reservadas a la familia.

Allí encontré a mi suegra, ocupada en beber el té. Era una anciana majestuosa y tan corpulenta, que sus pies no podían soportar, desde ya hacía tiempo, el peso de su cuerpo; tanto es así, que era incapaz de dar un paso sin apoyarse pesadamente en dos robustas esclavas, siempre atentas a sus órdenes,

colocadas de pie detrás de su silla. Llevaba las manos llenas de anillos, y eran tan regordetas, que los dedos parecían embutidos rígidamente en una bola de carne llena de hoyuelos.

Mi genuflexión fue acogida con una sonrisa que hizo aparecer los finos labios entre la grasa de sus mejillas. Me cogió una mano y la golpeó amablemente con una de las suyas.

—¡Magnífica muchacha! —dijo, con la voz un poco ronca que tenía desde que su cuello desapareció, hundido en la carne, y a causa del asma que no la dejaba en paz.

Inmediatamente me di cuenta de que mi visita era agradable y, sirviendo el té, le presenté la taza con las dos manos. Hecho esto, intenté sentarme a su lado en un taburete bajo; pero ella no me quiso permitir tanta humillación, aunque en otras ocasiones le importó muy poco donde yo me sentaba. Sonriendo y tosiendo, me indicó que me sentara en una silla al otro lado de la mesa; y no tuve más remedio que obedecer.

De pronto expresó el deseo de que las otras cuñadas vinieran a verme. Éstas comparecieron, dándome la enhorabuena. Tres de ellas no habían concebido nunca, y aquella escena no podía menos de suscitar su envidia y rencor. La mayor empezó a quejarse en voz baja, balanceándose hacia atrás y hacia delante, gimiendo, desesperándose y compadeciéndose de su suerte:

—¡Ay de mí, ay de mí, cuan triste es mi vida! ¡Qué mala suerte!

Mi suegra suspiró y sacudió gravemente la cabeza sin decir palabra, permitiendo así que su nuera se quejase durante dos pipas de tabaco; una vez se las hubo fumado, les dio orden de retirarse porque tenía que hablar conmigo. Me enteré entonces de que el hermano mayor de mi marido había tomado, hacía poco tiempo, una segunda mujer, ya que la primera no le había dado ningún hijo, con gran pesar suyo. Estaba verdaderamente enamorada de su marido, y no perdía ocasión de demostrar el afán de su vida.

Mi suegra se prodigó en consejos, y entre ellos me dio el de no preparar la ropa del niño hasta que no hubiera nacido.

Esto, dijo, era una costumbre del tiempo de su juventud, en el Anhwei, originada por la idea de que había de mantenerse secreto a los dioses crueles el nacimiento de un hombre; de saberlo, harían todos los posibles para destruir aquella nueva vida.

—¿Cómo le vestiré? —me atreví a preguntar—. No voy a dejar desnudo y abandonado al pobrecito.

—Envuélvele en la ropa vieja de su padre —contestó mi suegra—; eso le traerá suerte. Yo lo hice con mis cinco hijos, y todos están con vida.

Mis cuñadas también me aconsejaron hacer esto y lo de más allá, según sus experiencias personales. Todas insistieron, especialmente, en la necesidad de comer cierta clase de pescado inmediatamente después del nacimiento de la criatura. Tampoco debía omitir el beber una buena taza de azúcar moreno disuelto en agua.

Por la noche, cuando, dichosa a causa de todas aquellas pruebas de interés y asistencia familiar, volví a casa y conté a mi marido lo que me habían dicho, me quedé de piedra al verle enfadarse, tirarse de los cabellos y recorrer la estancia a grandes zancadas.

—¡Estúpidos! ¡Estúpidos! —gritó—. ¡Todo eso son mentiras..., supersticiones...! ¡Nunca, nunca! —Se detuvo, y cogiéndome por los brazos me miró fijamente a los ojos, que yo había levantado hacia él—. Prométeme —dijo con dulzura— que te dejarás guiar, única y exclusivamente, por mí. Has de obedecerme, ¿comprendes? ¡Prométemelo, si no, te juro que no volverás a tener ningún otro hijo!

¿Qué podía hacer yo si no prometer?

Cuando le di mi palabra, pareció calmarse.

—Mañana —dijo— te llevaré a una casa donde podrás ver cómo se vive a la occidental. Es el domicilio de mi antiguo profesor americano. Deseo que hagas esa visita, no para que imites simiescamente sus costumbres, sino porque deseo ampliar el horizonte de tus ideas.

Las órdenes de mi marido fueron ejecutadas al pie de la letra. Únicamente hice una cosa sin que él lo supiera. A la mañana siguiente, al amanecer —era tan temprano, que todo el mundo dormía, excepto un muchacho que vi vagamente a través de la bruma matutina—, me escapé de la casa sin ser vista; me acerqué al templo y encendí ante Kwan-Ying, la diosa protectora de los hijos y la buena gestación, unos cuantos bastoncitos de incienso de que me había provisto en una tienda. La losa de mármol ante la diosa estaba húmeda de rocío, pero a pesar de eso, me arrodillé, y varias veces la toqué con la frente, murmurando plegarias con todo el corazón, y mirando a la diosa con ojos suplicantes. Ésta me contemplaba impasible; la urna estaba llena de cenizas frías del incienso que otras madres habían ofrecido antes que yo, con plegarias no menos ardientes que las mías.

Hundí bien en el montoncito de ceniza los bastones, los encendí y dejé que ardiesen ante la diosa; una vez hecho esto, volví a casa.

Fiel a su promesa, mi marido me llevó a visitar sus amigos extranjeros. Sonríe, hermana, al confesar que también se unía a mi gran curiosidad un poco de miedo. ¿Qué quieres...?

Nunca hasta entonces había estado en una casa extranjera, y ningún extranjero había tenido relaciones con la casa de mi madre. Mi padre, naturalmente, había conocido algunos durante sus viajes, y su juicio se resumía a una carcajada a causa de la vulgaridad de su aspecto y la rudeza de sus maneras. Cosa extraña, únicamente mi hermano los admiraba. En Pekín conoció a muchos, y entre los profesores de su escuela los había extranjeros. Recuerdo que un día le oí que había estado en casa de no sé qué extranjero; y la idea de aquella audacia me había llenado de admiración.

En casa de mi madre no se sentía ni sombra de la influencia de los extranjeros. A veces, es verdad, algunas sirvientas contaban animadamente cosas acerca de extranjeros apenas entrevistados en la calle, cuando iban a la compra; eran interminables conversaciones a propósito de su piel lívida, de sus ojos claros. Yo prestaba oído a aquellas conversaciones con la misma curiosidad insana que escuchaba los cuentos de fantasmas y diablos, en lo que la fantasía de Wang-Da-Ma era fertilísima. ¿No había yo, en efecto, oído referir a la servidumbre cosas de la extraña magia de los blancos, de su poder de raptar el alma de las personas con una pequeña máquina encerrada en una cajita negra a la que aplicaban el ojo? La cajita hacía ¡tac! Se oía saltar un resorte. Inmediatamente, una extraña debilidad sentíase en el pecho, y poco tiempo después uno moría de enfermedad o accidente.

Mi marido se ríe cuando le hablé de esto.

—Entonces, ¿cómo se entiende que yo esté aquí sano y salvo luego de vivir doce años en su país?

—Porque eres valiente —contesté— y has penetrado en el secreto de su magia.

—Observo que necesitas conocer por tus propios ojos a los extranjeros. Ya verás cómo son hombres y mujeres igual que nosotros.

Fuimos aquel mismo día. Recuerdo un jardín con hierba, árboles y flores. Primera sorpresa: los extranjeros comprenden la naturaleza, y pueden tener hermosos jardines. No es que estuviese entusiasmada; el conjunto había sido dispuesto con una evidente rusticidad, no se veían patios ni rastro de estanques con peces colorados. Confieso que cuando nos encontramos ante la puerta, hubiese escapado de no tener al lado a mi marido.

Alguien, desde el interior, abrió rápidamente, y en el umbral apareció un «diablo extranjero». Era alto y contraía su rostro con una gran sonrisa. Comprendí por su vestimenta, igual a la de mi marido, que se trataba de un hombre; pero figúrate mi horror cuando vi que en el cráneo, en lugar de los cabellos negros y lisos de todo el mundo, tenía una especie de lana roja y encrespada. Dos ojos, parecidos a piedrecitas lavadas por las aguas del mar,

brillaban en su rostro, en cuyo centro se destacaba una nariz como una montaña. Una criatura horrible; ¡más repulsiva que el mismo dios del Norte, a la entrada del templo!

Pero mi marido no parecía impresionado en lo más mínimo por el extraño personaje, al que incluso tendía una mano, que el otro cogió, sacudiéndola enérgicamente. En lugar de mostrarse sorprendido, mi esposo se volvió hacia mí e hizo las presentaciones. El extranjero contrajo nuevamente su rostro con una enorme sonrisa, e hizo ademán de cogerme la mano. Miré la suya. ¡Qué mano, hermana! Grande y huesuda, cubierta de pelos encarnados rígidos, y puntos negros. Noté que se me ponía la piel de gallina. ¡Nunca me atrevería a tocar aquella mano! Así es que escondí las mías en las mangas y me incliné. El extranjero acentuó su sonrisa y nos invitó a entrar.

Atravesando un recibimiento parecido al nuestro, entramos en una habitación donde, sentada ante la ventana, había una persona en la que inmediatamente reconocí a una mujer extranjera. En lugar de calzones, llevaba una larga sotana de algodón, cogida por la cintura. Sus cabellos, no tan feos como los de su marido, eran largos y lisos; sin embargo, tenían un color amarillo, exento de hermosura. También tenía una nariz larga, pero no tan ganchuda como la de su marido, y manos vulgares, con uñas cuadradas y cortas. ¡Y qué pies! Al mirarlos me imaginé unas barcas.

«Con unos padres como éstos —pensé—, ¿cómo serán los diablillos extranjeros?»

Debo decir, además, que, a pesar de su rudeza, hacían todo lo posible por parecer amables. Pero no había ningún gesto que no denotase su falta de educación; por ejemplo, ofrecían tazas con una mano nada más, y me daban la preferencia desairando a mi marido. En un momento dado, el hombre me dirigió la palabra, ¡como si no fuese el deber de su mujer darme conversación! Aquello me pareció un insulto.

Reconozco que no se les podía hacer responsables de sus actos hasta el punto de ofenderme, pero llevaban viviendo doce años en China —según me dijo mi esposo— y tuvieron tiempo suficiente para aprender un poquitín de urbanidad. No digo esto por ti, hermana, que has vivido siempre entre nosotros y, por lo tanto, eres una de las nuestras.

Lo más interesante de la visita empezó cuando mi marido pidió a la extranjera que me enseñase los niños y sus vestidos.

—Nosotros también esperamos un niño —explicó— y quisiera que mi esposa se iniciase en las costumbres extranjeras.

La mujer se levantó inmediatamente, rogándome que la acompañase al piso superior. Tuve miedo de irme sola con ella, y miré a mi marido. Éste,

como respuesta, me hizo un signo de seguir a la extranjera.

Mis aprensiones desaparecieron rápidamente. En el piso superior entramos en una habitación inundada de sol y calentada por una estufa negra. De pronto, una cosa me extrañó: estaba bien claro que pretendía mantener la estancia caliente, y, sin embargo, por una ventana abierta entraba el aire exterior. ¡Para qué decirte mis sentimientos cuando vi a tres pequeñuelos extranjeros jugando por el suelo! Estaba encantada, nunca había visto unas criaturas tan bonitas.

Tenían el aspecto saludable. Pero sus cabellos eran de color claro. Esto confirmaba lo que había oído decir a propósito de la naturaleza de los extranjeros que, contrariamente a lo que nos sucede, al nacer tienen los cabellos pálidos y se oscurecen con el tiempo. ¿Y la piel? Muy blanca. ¿Acaso lavarían diariamente aquellos chiquillos en aguas medicinales? Esta suposición se relevó exacta cuando la madre me enseñó una habitación donde diariamente lavaban a las criaturas de los pies a la cabeza.

Con semejante lavado no podía extrañar que su piel acabase perdiendo el color.

Y, por último, la madre me enseñó los vestidos de las criaturas. Eran completamente blancos. El más pequeñín también iba vestido de blanco de pies a cabeza. Al preguntar yo si es que llevaban luto —el blanco es para nosotros el color de luto—, la madre me contestó que no, que el blanco era tan sólo para que los niños fuesen siempre limpios. A mí me parecía que un vestido oscuro hubiese sido más adecuado, ya que no revelaría las posibles manchas; pero me callé.

Las camitas eran todas blancas, y producían un lúgubre efecto. No comprendo por qué usan tanto el color de la muerte. ¡Están tan monos los niños vestidos con colores alegres, encarnado, amarillo y azul flor de lis! Nosotros vestimos a los niños de encarnado en el momento de nacer, como signo de alegría. Pero es inútil; el carácter de estos extranjeros no concuerda en nada con el nuestro. Por ejemplo, me quedé pasmada al saber que aquella extranjera amamantaba ella misma a sus hijos... ¡Qué cosa tan extraña!

A mí nunca se me hubiese ocurrido alimentar a los míos.

Es contrario a nuestras costumbres. En efecto, ninguna mujer china de cierta posición da el pecho a sus hijos, puesto que tienen muchas esclavas en estado de poder cumplir esta misión.

Cuando volvimos a casa, dije a mi marido:

—¿Es cierto que ella misma amamanta a sus hijos? ¿Acaso son tan pobres?

—Es lo mejor para el niño —me dijo—. Tú también, cuando llegue el momento, amamantarás al tuyo.

Me quedé extraordinariamente sorprendida.

—¿yo?

—Desde luego —confirmó mi marido muy serio.

—Pero..., entonces, deberán pasar dos años antes de que pueda tener otros —objeté.

—Es el justo intervalo, aunque la causa que aduces está falta de sentido común.

Quizá tenga razón mi marido, incluso en este particular.

De todos modos, estoy viendo que algunas criaturas se me morirán, y que también tendré niñas; quedo persuadida de que mi casa no se llenará de hijos varones tal como había esperado.

Al día siguiente fui a casa de la señora Liú para referirle mi visita. ¡Ah, si la diosa me concediese hijos varones, como hizo con ella! ¡Derechos y robustos, y con ojos vivaces! Les vestiría con trajes color de rosa, color que hace resaltar el exquisito tono amarillo de su piel.

—Ya veo —dije, con un suspiro de satisfacción— que los has criado según las antiguas costumbres.

—Nada más que hasta cierto punto. Mira —y diciendo esto atrajo hacia ella el pequeñuelo—, empleo el color blanco para su ropita interior. Es más fácil de lavar. De los extranjeros hay que coger lo útil y desechar lo que no puede ser adaptado.

Lo primero que hice al salir de su casa fue entrar en una tienda donde vendían telas y comprar una pieza de seda rosa y encarnada, con flores, otra de terciopelo negro para una almilla sin mangas, y seda para un gorro. No fue una compra fácil, porque no quería para mi hijo nada que no fuese de primera calidad.

El tendero tuvo que sacar de las estanterías una serie de piezas, una tras otra. Era un viejo asmático, y refunfuñaba cuando le pedía que me enseñase su mercancía.

—Muéstreme otra..., quiero una pieza de seda con flores de melocotón bordadas.

Le oí murmurar algo a propósito de las mujeres vanidosas.

—No es para mí —le advertí—. Es para mi hijo.

Al oír estas palabras, el viejo sonrió con expresión astuta, y sacó una hermosa pieza que había tenido oculta hasta entonces.

—Tómela —dijo—, la guardaba para la mujer del gobernador, pero tratándose de su hijo se la ofrezco a usted.

La seda lanzaba mórbidos destellos rosados sobre el mostrador. No regateé el precio y la compré. Al llevarla a casa me decía:

«Esta noche cortaré en esta tela una chaquetilla y calzones. Yo misma lo haré todo; no quiero que nadie toque a mi hijo.»

La idea de pasar la noche cosiendo para mi hijo me hacía feliz.

Le confeccioné un par de zapatos bordados con una cabeza de tigre. Como juguete le he comprado una cadena de plata.

Capítulo IX

¡Gran noticia, hermana! ¡Hoy he sentido cómo se movía el niño en mi seno! Si me hubiese hablado no me hubiera sentido tan emocionada.

Su equipo está preparado hasta en los menores detalles.

Incluso los pequeños budas dorados están en su sitio, cosidos en el gorro de raso. He comprado un cofre de madera de sándalo y lo he llenado con la pequeña indumentaria, así se impregnará ésta de su perfume.

Ya no me queda nada que hacer; en los campos, el arroz tiene un color de jade; todavía he de esperar tres lunas. ¿Cómo será mi hijo?

¡Oh tú, divinidad cierta, acelera el curso de los alados días para que pronto pueda estrechar entre mis brazos a mi tesoro! Por lo menos, durante todo un día será enteramente mío. ¿Y luego...? ¡No quiero pensar! Los padres de mi marido han escrito que desean tener al niño con ellos, en la casa de los antepasados. Siendo el único nieto, su vida es demasiado preciosa para que puedan permitir que lo retengan alejado de sus ojos. Ya hablan de él con ternura. El padre de mi marido, que no me había dirigido nunca la palabra, me hizo llamar el otro día; me dedicó un discurso muy largo del que únicamente comprendí que, para él, ya había nacido la criatura.

Por el contrario, ¡yo quisiera que fuese para nosotros!

Me reconciliaría con mi hogar extranjero. ¡Sería tan bonito vivir los tres juntos! Pero todavía no puedo ir contra la tradición de los míos, que no permite a la madre consagrarse a su primer hijo; éste pertenece a toda la familia. Quien no se conforma es mi marido. No hace más que refunfuñar, diciendo que las esclavas viciarán al niño por el exceso de alimentos y los lujos inútiles. Una vez, incluso, le oí lamentarse de que la criatura viniese al

mundo. Naturalmente, me asusté —los dioses pueden irritarse— y le conjuré para que se callase.

—Hay que respetar las antiguas costumbres —le dije.

Pero al mismo tiempo me dolía el corazón pensando que habría de abandonar a mi pequeño.

Mi marido parece haberse calmado y ya no habla de sus padres. Pero me parece preocupado; ¡quién sabe las ideas que forja! En lo que me concierne, yo no pienso en nada, ocupada como estoy en esperar a mi tesoro.

Ya sé lo que mi marido ha hecho. ¿Te parece bien, hermana? A decir verdad, ni yo misma lo sé; tan sólo creo que tiene razón al notificar a sus padres que, al igual que desea a su mujer para él, así, también, nuestro hijo debe pertenecemos exclusivamente, puesto que somos los padres.

Los viejos se han enfadado, pero hemos soportado en silencio su cólera. Mi marido me contó que, en un momento dado, su padre dejó de discutir para llorar en silencio; cuando lo supe, apenas pude contener mi corazón. Si no se hubiese tratado de mi hijo, habría cedido. Pero mi marido es más fuerte que yo, y por amor a su hijo no dejó que las lágrimas de su padre le ablandasen.

Cuando abandonamos la casa de los ancianos para venimos aquí, no dejé de reprochar a mi marido aquella infracción manifiesta a los usos y costumbres del pasado. Pero la tradición ya está rota y, como una egoísta que soy, eso ha dejado de preocuparme. No tengo más que una idea: ¡mi hijo, mi hijo, enteramente, únicamente mío! ¡No tendré que compartirlo con veinte personas a la vez, con los abuelos y los tíos! Yo, su madre, bastaré para cuidarle. Yo pensaré en vestirle, lavarle, y hacer de tal manera que no se aleje de mi lado ni de día ni de noche.

Me digo que mi marido me ha recompensado por todo, y doy gracias a los dioses por haberme casado con él. Mi esposo, hombre moderno, me da un hijo enteramente mío; toda la vida no bastará para pagarle semejante don.

Día tras día, sigo los progresos del arroz que amarillea en los campos. Las espigas están llenas y se inclinan. Un poco más de este lánguido sol y, espléndidamente maduras, podrán ser recolectadas. Mi hijo nacerá en un buen año..., en un año de abundancia, como dice la gente de la ciudad.

¿Cuántos días durará aún mi soñadora espera?

Ya no me pregunto si mi marido me ama o no. Cuando nazca mi hijo, mi esposo conocerá mi corazón, como yo el suyo.

¡Oh, hermana mía, hermana mía! ¡Aquí está; ya lo tengo entre mis brazos! ¡Por fin ha nacido! Mírale: tiene los cabellos negros como el ébano. ¿Es posible que haya venido al mundo una criatura tan bonita? ¡Qué brazos tan

pequeños, gordiflones y con hoyitos! ¡Y qué piernas! ¡Robustas como un roble! He examinado atentamente su cuerpo: es fuerte y hermoso como el de un joven dios. ¡Ah, el pillín! Lloriquea y se agita, reclamando el pecho, ¡cómo si no hiciese apenas una hora que se lo di! Tiene la voz fuerte y no admite retrasos.

Pero he sufrido, hermana mía, bajo los ojos enamorados y ansiosos de mi marido. Alegre y angustiada a un tiempo, caminaba ante las ventanas. Me acuerdo que veía segar el arroz madurado, reunirlo en grandes montones. ¡Año de abundancia..., vida rebosante!

El dolor me hacía jadear y, sin embargo, me sentía llena de exaltación al pensar que había llegado a la cúspide de mi femineidad. ¡Ah, si supieras lo robusto que era! ¡Y con qué grito imperioso vino al mundo! Temí que su impaciencia le matase, pero inmediatamente me glorifiqué al verle tan fuerte, ¡mi hijo de oro!

Mi vida ha dado su fruto. ¿Es necesario que te diga, hermana, cómo está llena de alegría? ¿Y por qué no abirme a ti, que has sondeado tan profundamente mi corazón desnudo? He aquí cómo ocurrió.

Exhausta, pero triunfante, yacía en el lecho con mi hijo al lado. Y he aquí que mi marido entra en la habitación, se acerca a la cama y tiende los brazos. Sentí que el corazón se me subía a la garganta: quería que se cumpliese el antiguo rito de la presentación.

Cogí a mi hijo y lo puse en los brazos de su padre, ofreciéndoselo con estas palabras:

—Señor, he aquí vuestro primer hijo. Cogedlo. Vuestra esposa os lo da.

Él me miraba a los ojos y yo sentí que me fundía bajo la luz ardiente de su mirada. Se inclinó y dijo:

—Te lo devuelvo. Es nuestro.

Habló en voz baja, y sus palabras cayeron en mi corazón como un rocío de plata.

—Lo compartiré contigo, yo, tu marido, que te quiere.

¿Lloras, hermana? Sí, ya lo sé, ¡yo también lloro! ¿De qué otra manera podríamos resistir a tanta alegría? ¡Pero mira a mi hijo! ¡Ríe!

SEGUNDA PARTE

Capítulo X

Hermana, ahora que tengo un hijo, creí poder contarte únicamente cosas agradables. Supuse que nada podría hacerme recaer en la tristeza de antes. ¿Por qué han de ser los lazos de sangre motivos de dolor?

Hoy, mi corazón apenas puede contener sus latidos. ¡No, no..., no se trata de mi hijo! Ya tiene nueve meses, ¡y si vieses qué gordo está! Parece un verdadero Buda.

No le has visto desde que empezó a querer mantenerse en pie. ¡Es como para hacer reír a un anacoreta! Figúrate que se empeña en andar, y coge grandes rabietas cuando le hacemos quedar sentado. Es inútil que intente dominarle: no hay manera. Constantemente pienso: ¡qué ojos de pilluelo tiene! Su padre dice que le estoy mimando. Pero yo me pregunto cómo es posible reñir a semejante revoltoso, un encanto de criatura como ésta, tan hermosa que hace reír y llorar de alegría.

¡Oh, no..., no se trata de mi hijo! Es cuestión de mi hermano, del hijo único de mi madre, que durante todos estos años ha estado en América. Es él quien nos aflige tanto, a mi madre y a mí. Recuerda lo que te dije de él, de lo mucho que le quería cuando éramos pequeños. Luego, no le vi durante varios años. Es verdad que, de vez en cuando, recibía noticias tuyas, pero no muy a menudo, porque mi madre no ha podido olvidar que se fue de casa contra su voluntad. ¿Qué digo? Le ordenó incluso que contrajese matrimonio con su prometida, y él se rebeló. Ésta es la causa de que mi madre mencione raramente a su hijo.

No contento con haberla afligido gravemente en el pasado, ahora la atormenta con otras novedades. Ella me lo comunicó en una carta que me remitió ayer con Wang-Da-Ma, nuestra vieja ama de cría y fiel depositaria de todos los secretos de la familia.

Al entrar, Wang-Da-Ma se inclinó ante mi hijo. Luego, me entregó la carta, no sin suspirar:

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

Estaba segura de que había ocurrido una catástrofe. Durante un segundo sentí que el corazón dejaba de latir en mi pecho.

—¡Madre mía! — exclamé.

La última vez que la vi se apoyaba penosamente en su bastón; tanto es así que, viéndola en aquel estado, me reproché interiormente no haberla visitado más que dos veces después de nacer el niño. Demasiado absorta en mi felicidad, no encontré el tiempo necesario para visitarla.

—No se trata de vuestra madre, hija de honorables señores —rectificó Wang-Da-Ma, suspirando—. Los dioses le han prolongado la vida para reservarle estos nuevos dolores.

—¿Se trata de mi padre? —pregunté, afligida.

—El honorable señor —dijo el ama de cría, inclinándose— no bebe todavía en la Fuente Amarilla. —¿Entonces? Me señaló la carta que había dejado encima de mis rodillas.

—Que la joven madre del principesco niño lea la carta —me aconsejó.

Di orden de servir el té a Wang-Da-Ma en otra habitación y, habiendo confiado el niño al ama, miré la carta. Estaba dirigida a mí y llevaba la indicación del remitente: mi madre. Mi asombro era muy natural; nunca hasta entonces me había escrito ella.

Venciendo un movimiento de duda, rompí el estrecho sobre y retiré la hoja, que inmediatamente vi cubierta con finos caracteres trazados por el pincel de mi madre. Salté a propósito el exordio, llegué al contenido esencial y leí:

«Tu hermano, que desde hace largo tiempo se encuentra en el extranjero, me escribe que piensa tomar como esposa a una mujer extranjera...»

¡Oh, hermana! ¡Cómo sentí en aquellas palabras todo el lacerante dolor de mi madre!

—¡Cruel! ¡Loco! —no pude evitar dirigir estos reproches a mi hermano, dichos en voz alta.

Las mujeres de la servidumbre acudieron, aconsejándome que me calmase; debía recordar que la excitación podía envenenarme la leche. Pero las lágrimas me sofocaban; para desahogar toda la cólera que hervía en mi corazón, me arrojé al suelo y lloré mucho. Cuando el llanto me hubo calmado, y noté que los gritos de las sirvientas me molestaban, les ordené callar y que llamasen a Wang-Da-Ma.

Cuando ésta se encontró en mi presencia le pedí que esperase el regreso de mi marido, a quien quería pedir consejo y el permiso de ir a ver a mi madre; mientras esperaba le ofrecí arroz y carne para que se reconfortase.

Accedió de buen grado, y yo di orden de que le sirviesen una ración de arroz con un pedazo de carne de cerdo. Consolándola así por la parte que tomaba en nuestra desgracia, me sentí singularmente reconfortada.

Encerrada en la habitación, esperando el regreso de mi marido, reflexioné en lo ocurrido. Recordaba perfectamente a mi hermano, y por más esfuerzos que hacía no podía imaginármelo tal como debía ser en la actualidad: un hombre hecho y derecho, vestido con trajes americanos, moviéndose con

desenvoltura en las calles extrañas de aquel lejano país, hablando con hombres y mujeres..., más con mujeres que con hombres, ¡puesto que se había enamorado de una de ellas! Era inútil, no podía imaginar a mi hermano de otra manera que como lo pintaban mis recuerdos. Tenía un palmo de estatura más que yo. Ligerero en sus movimientos; agitado al hablar, riendo con una risa que le hacía enrojecer y temblar. Su rostro ovalado era, exactamente, el de nuestra madre; labios rectos y finos, las cejas bien marcadas y los ojos agudos. Era guapo, y todas las concubinas rabiaban al ver que sus hijos eran bajitos comparados con él. ¡Pero no podía ser de otra manera! Las concubinas no eran más que mujeres ordinarias, esclavas de nacimiento, con labios gruesos y vulgares, cejas ralas y cabellos rígidos. Mi madre era una dama, descendía de cien generaciones de damas. Su belleza estaba hecha de precisión y delicadeza; una hermosura refinada y madura, tanto en líneas como en colores, todo ello transmitido, intacto, al hijo.

A él le dejaba indiferente saberse guapo. Todavía le veo apartando de su cara las manos acariciadoras de las esclavas. No quería que éstas le molestasen en sus juegos, a los que se dedicaba con ardor. Ponía gran empeño en todo. Le veo absorto en su juego, la frente siempre arrugada. Cuando quería algo, era en serio: ¡que nadie intentara oponerse! Yo, que lo sabía, no me atrevía a contradecirle mientras jugábamos, en parte porque él era un muchacho —yo no debía oponer mi voluntad de chiquilla a la suya— y, además, porque le quería mucho, y no soportaba el verle enfadado por cualquier cosa que fuere.

Por lo demás, nadie intentaba contradecirle. Los siervos y esclavas, le respetaban como a un señorito, y hasta la severa dignidad de nuestra madre se ablandaba en su presencia. No permitía, desde luego, que desobedeciese sus órdenes, pero en realidad, se las componía para no ordenarle más que las cosas en armonía con los deseos de él. A este propósito, recuerdo que, en cierta ocasión, ordenó a una esclava que quitase de la mesa un pastel de aceite que había quedado; era éste de una clase que le gustaba mucho a mi hermano, pero le sentaba mal. Al hacerlo desaparecer se evitaba el peligro de que, viéndolo, mi hermano pidiese, obligando a mi madre a una negativa.

Los tenía atemorizados a todos, y, naturalmente, triunfó siempre desde su niñez; tanto es así, que nunca se me ocurrió observar la diferencia de trato entre él y yo. ¿Cómo se me hubiera podido ocurrir considerarme al mismo nivel que mi hermano? Nunca imaginé que esto pudiera ser posible; mi misión en la familia era de mucha menor importancia que la esperada de él, el primogénito y heredero de mi padre.

En aquellos tiempos antepuse la afección de mi hermano a la que pudiera sentir por todos los demás.

Naturalmente, recuerdo nuestros paseos por el jardín: iba yo cogida de su

mano. Nos inclinábamos juntos sobre el agua poco profunda del estanque, e intentábamos distinguir, en la verde sombra, las escamas doradas de nuestro pececillo predilecto; o bien buscábamos piedrecitas multicolores, con las que construíamos patios con mosaicos, inspirados en los de casa, pero infinitamente más complicados. El día que mi hermano me enseñó a manejar con arte el pincel en mi primer cuaderno, guiando mi mano, le consideré el más sabio de todos los mortales. Cuando se aventuraba en los patios de las mujeres yo le seguía como un perrito sigue a su dueño; y cuando franqueaba la arcada del portón de entrada a las habitaciones de los hombres, cuyo acceso me estaba prohibido, me quedaba allí, esperando que volviese.

Cuando cumplió los nueve años le trasladaron de las habitaciones de las mujeres a las de los hombres; y nuestra vida común fue bruscamente interrumpida. ¡Oh, aquellos primeros días! Yo no hacía más que llorar. Me dormía lagrimeando para soñar en un lugar donde seríamos siempre niños, sin que nadie nos separase nunca. Pasó mucho tiempo antes de que me acostumbrase a las habitaciones que habían quedado vacías después de su marcha. Un día, mi madre, inquieta por mi salud, me llamó y me dijo:

—Hija mía, la nostalgia que sientes por tu hermano no te conviene. Sentimientos y emociones como los que muestras no se exteriorizan más que al morir los padres de tu marido.

Procura tener en la vida el sentimiento de las proporciones y dominarte mejor. Ha llegado el momento de pensar en serio en tu casamiento: por lo tanto, conviene que te dediques al estudio y al bordado.

A partir de aquel día se me tuvo siempre presente la idea del casamiento. Era evidente que mi vida y la de mi hermano no podían seguir unidas; yo pertenecía más a la familia de mi prometido que a la mía. ¿Qué otra cosa podía hacer que no fuese seguir los consejos de mi madre y dedicarme por entero a mis deberes?

Tengo otro recuerdo bien claro de mi hermano. Se remonta al día en que dijo querer ir a una escuela de Pekín, Yo estaba en la habitación de mi madre cuando él entró para solicitar, por simple cortesía, el permiso, puesto que ya había obtenido el consentimiento de mi padre, y no era costumbre de mamá el prohibir lo que su marido había consentido. Sin embargo, debo reconocer que mi hermano observaba las formalidades exteriores.

Era en verano. Mi hermano lucía una vestimenta ligera, de seda gris, y en su pulgar llevaba un anillo de jade. Siempre elegante, aquel día me hizo pensar en un junco de plata.

Ante mi madre, con la cabeza un poco inclinada, tenía los ojos bajos, pero desde donde yo estaba podía ver el brillo de sus pupilas.

—Madre —dijo—, si tú no te opones, quisiera ir a Pekín para continuar mis estudios.

Mi madre sabía muy bien, como es natural, que no le quedaba otro remedio que consentir; pero él, por su parte, no ignoraba que, de haber podido, mamá le hubiera negado su autorización.

—Hijo mío —dijo sin vacilar ni llorar, como hubiese hecho otra cualquiera, sino con una voz firme y tranquila—, bien sabes que ha de hacerse lo que tu padre desea. ¿Para qué hablar, puesto que no puedo oponerme a la voluntad paterna? Tu padre y tu abuelo completaron su educación en casa. Y para que te instruyas te hemos dado los mejores maestros de la ciudad. Incluso Tang, el sabio, fue llamado de Szechuen y vino a enseñarte la ciencia política. La escuela extranjera no es necesaria a un hombre de tu rango: piensa que yendo a una ciudad alejada expones tu vida que no te pertenecerá por entero más que el día que tengas un hijo en condiciones de llevar el nombre de los antepasados. Si te casases antes de irte...

Mi hermano se sobresaltó, se irritó, cerró el abanico que llevaba en la mano izquierda y lo volvió a abrir con un golpe seco, mientras brillaba en sus ojos el fuego de la rebeldía.

Pero mi madre levantó la mano:

—No hables, hijo mío. Yo no mando todavía, tan sólo te aconsejo. La vida no te pertenece; así, pues, ten cuidado.

Y con un signo de cabeza le despidió.

A partir de entonces le vi raramente. Antes de mi matrimonio no compareció por casa más que dos veces; no teníamos nada que decirnos; y, además, nunca estuvimos solos. Casi siempre aparecía en el patio de las mujeres con el único fin de presentar a mi madre un saludo de etiqueta, o para despedirse, sin que me fuese permitido hablar libremente en presencia de personas mayores que yo.

Observé que mi hermano había crecido y que se mantenía bien derecho. El rostro y la persona habían perdido un poco de la delicadeza de la juventud, esa delicadeza, esa gracia un poco floreal que, durante los primeros años, hizo que se asemejase más a una chiquilla que a un hombre. En la escuela, dirigida según métodos extranjeros —así lo oí decir a mi madre—, se practicaban a diario los ejercicios físicos; gracias a ellos, precisamente, mi hermano se había fortificado, tanto en estatura como en desarrollo muscular. Al poco tiempo de irse a Pekín, se cortó el pelo y se peinó a la manera de la primera revolución; en una palabra, era un muchacho guapo. Las mujeres, en los patios, suspiraban por él, y la primera concubina susurraba:

—¡Ah! Me recuerda enteramente a su padre, en los tiempos de nuestro amor.

Luego, mi hermano atravesó el mar y ya no le volví a ver.

Su imagen fue haciéndose casi irreal, y desde entonces no logré recordarle con exactitud.

Sentada y esperando en mi habitación con la carta de mamá en la mano, pensé que mi hermano era una persona extraña que yo no reconocía.

Cuando mi marido volvió, al mediodía, corrí a su encuentro, llorando y mostrándole la carta.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —me preguntó sorprendido.

—¡Lee..., lee y dime lo que piensas! — exclamé, poniéndome a llorar de nuevo cuando vi que su rostro se ensombrecía con la lectura.

—¡Qué imbécil! —murmuró, haciendo crujir el papel entre sus dedos—. ¡Es una locura! —añadió—. Pero, ¿cómo es posible imaginar una cosa semejante...? Sí, ve a casa de tu honorable madre, que debe de precisar de tus consuelos.

Dio orden al criado de advertir al cochero y de anticipar la hora de la colación, para no perder tiempo. Cuando todo estuvo preparado, cogí a mi hijo y me hice acompañar por la niñera, suplicando al cochero que corriese tanto como fuera capaz.

Encontré la casa de mi madre sumida en un pesado silencio, como cuando una nube oculta el esplendor de la luna. Las esclavas estaban ocupadas en sus tareas cotidianas, sin decirse una palabra: a lo más un murmullo, acompañado por un guiño de inteligencia. Wang-Da-Ma, que regresó conmigo, no hizo más que llorar durante todo el trayecto.

En el patio de los sauces llorones encontré a la segunda y tercera damas, sentadas al lado de sus hijos. Al verme aparecer con mi niño me asaltaron con un sinfín de preguntas.

—¡Qué niño tan hermoso! —exclamó la primera, acariciando con sus dedos gordezuelos la mejilla del chiquillo y cogiéndole, cariñosamente, una manita—. ¡Eres un verdadero bombón! — le dijo. Luego, volviéndose hacia mí con aire grave, me preguntó—: ¿Te has enterado?

Afirmé con la cabeza y pregunté por mi madre.

—Desde hace tres días la honorable primera dama no sale de su habitación —me contestó—. No habla con nadie y tan sólo dos veces por día se asoma a la puerta para dar las acostumbradas órdenes. Sus labios están sellados como los de una esfinge de piedra y su mirada da miedo. Nadie de nosotras sabe lo

que piensa. ¡Si por lo menos tú quisieras informarnos de lo que dirá...! —añadió, toda sonriente y persuasiva, tendiendo los brazos a mi hijo.

—He de enseñarlo a mi madre —dije, para excusarme—. Eso la consolará, distrayéndola un poco de sus tribulaciones.

Atravesé el atrio de los invitados, entré en el patio de las peonías y desde allí, pasando por la sala de descanso de las mujeres, llegué a las habitaciones de mi madre.

Ordinariamente, el umbral no estaba obstruido más que por una ligera cortina de raso encarnado, pero en aquella ocasión vi la puerta cerrada. Acercándome, llamé suavemente con la palma de la mano. Silencio. Repetí el gesto, otra vez sin resultado. Únicamente cuando grité:

—Mamá, soy yo, tu hija.

Oí una voz que parecía venir de muy lejos.

—Entra, hija mía.

Al entrar encontré a mi madre sentada al lado de la mesa negra esculpida. En la urna de bronce, ante las inscripciones sagradas de la pared, se elevaban nubéculas de incienso. Al verme, levantó los ojos del libro que leía y dijo:

—¿Has venido? Me esforcé en leer el libro de las Mutaciones, pero hoy nada puede reconfortarme.

Sacudió la cabeza con aire distraído, el libro cayó y ni tan siquiera se inclinó a recogerlo.

Su aspecto ausente me alarmó. Siempre la había visto dueña de sí misma, vigilante; observé que estuvo demasiado tiempo sola y me reñí a mí misma por el amor egoísta que me ataba a mi hijo y mi marido, haciéndome posponer constantemente la visita. ¿Cómo distraerla ahora? ¿Cómo dar otro giro a sus tristes pensamientos? Puse a mi hijo en pie sobre sus piernas gordiflonas y le hice que se inclinase ante ella, murmurando, para que lo repitiese:

—La honorable anciana...

—...anciana... —balbuceó el pequeño.

Como ya te he dicho, mi madre no le había visto desde que cumplió tres meses y bien sabes, hermana, que es un chiquillo adorable. ¿Quién puede resistir a su encanto? Mi madre dejó caer su mirada sobre él, y dudó un instante.

Luego, se levantó, se acercó a una credencia dorada, sacó una caja de laca encarnada y cogió unas cuantas galletas cubiertas de simientes de sésamo. El pequeño, con las manos llenas, ríe estrepitosamente, mientras ella seguía

mirándole, sonriendo vagamente, y murmuró:

—¡Come, mi boquita de loto! ¡Mi querido Buda de carne! Al verla así un poco distraída, recogí el libro y llené una taza de té de la tetera que estaba encima de la mesa. Me ofreció asiento, y las dos nos quedamos mirando al pequeñín, que jugaba sentado en el suelo. Ignorando si debía o no hablar de mi hermano, quedé a la expectativa. Pero ella se refirió a él.

—¡He aquí tu hijo! —murmuró.

Recordé la noche en que le referí mis penas.

—Sí, mamá —contesté, sonriendo.

—¿Y eres feliz? —me preguntó, con los ojos siempre fijos en el pequeñuelo.

—El señor es para mí, su humilde mujer, un príncipe de gracias y bondad.

—El niño fue concebido y nació con las marcas de la perfección —dijo, meditabunda—. Desde donde le miro, observo que es perfecto en todo y por todo. Su hermosura no deja nada que desear. ¡Ah! —Al decir esto tuvo un sobresalto y se movió nerviosamente—. ¡Tu hermano era un niño como éste! ¡Si hubiera muerto entonces, habría quedado en mi memoria como un hermoso recuerdo, obediente al igual que tu hijo!

Comprendí que deseaba hablar de mi hermano, pero seguí callada, esperando que precisara el giro que había dado a la conversación. Hubo una pausa; después, elevando los ojos hasta mí, mamá me preguntó:

—¿Has recibido mi carta?

—La carta de mi madre —contesté, inclinándome— me fue remitida esta mañana por una sierva.

Suspiró nuevamente, y, levantándose, se acercó a una escribanía y sacó de uno de sus cajones una segunda carta, que yo en pie, cogí con ambas manos.

—¡Lee!

Era de cierto Ciú, con quien mi hermano había ido de Pekín para América. El Ciú-Kuoh-Ting informaba a los honorables ancianos, por encargo de su amigo, que su hijo se había prometido, según las reglas occidentales, con la hija de un profesor de la Universidad. El prometido enviaba sus filiales respetos a los padres y les rogaba rompiesen el compromiso con la familia de los Li, cuya sola idea le había hecho sentirse siempre desgraciado. A la vez que se declaraba hijo indigno, rendía homenaje a las superiores virtudes de sus padres y a su inagotable bondad; deseaba, sin embargo, hacer constar con toda claridad que no podía unirse a la que fue su prometida según los usos y costumbres chinos, pues los tiempos habían cambiado.

La carta concluía con expresiones de cariñoso afecto y obediencia, lo que no impedía que declarase rotundamente su decisión de contraer aquel insensato matrimonio. El amigo fue elegido por mi hermano con el fin de evitar a él y a sus padres el embarazo de una desavenencia directa. Al leer la carta me pareció que odiaba a mi hermano. Mi corazón era un océano tempestuoso. Cuando acabé la lectura, doblé la hoja y, sin ningún comentario, devolví la carta a mi madre.

—Está loco —dijo—. Por carta eléctrica le he ordenado que regrese inmediatamente.

Aquello era una evidente demostración del estado nervioso de mamá. Debía de estar muy apresurada para recurrir al telégrafo, cuya implantación, a base de postes e hilos diseminados por las calles de nuestra ciudad, le habían hecho clamar como si se tratase de un sacrilegio.

Acostumbraba decir:

—Nuestros antepasados empleaban el pincel y el cubilete de tinta seca. ¿Acaso nosotros, sus indignos descendientes, hemos de enviar comunicaciones más urgentes que sus augustas palabras, para tener tanta prisa?

Estaba indignada. Y cuando supo que las palabras podían viajar también por debajo del agua, dijo, a guisa de comentario:

—¿Es que llegará el día en que tengamos necesidad de comunicar algo a esos bárbaros? ¿Acaso los dioses, con su sabiduría, no han interpuesto el mar entre ellos y nosotros para mantenernos separados? ¡Impío el que quiera unir lo que los dioses separaron!

¡Y he aquí que ella también tenía prisa!

—Creí —dijo con tristeza— que nunca habría de recurrir a esos inventos extranjeros. No hubiera precisado de ellos de haberse quedado mi hijo donde nació. ¡Pero cuando hemos de habérnoslas con los bárbaros, es necesario pactar con el diablo en persona!

Intenté consolarla:

—Mamá, no se aflija demasiado. Mi hermano es obediente, y no cometerá la locura de perderse por una mujer extranjera.

Mi madre movió la cabeza, apoyando la frente entre sus manos. ¡Qué enflaquecida estaba! Una súbita ansiedad se apoderó de mí. Nunca había estado lo que se dice metida en carnes, pero se había quedado delgadísima, y la mano que llevó a su frente temblaba. Lentamente me dijo, con voz agotada:

—Desde hace tiempo aprendí que cuando una mujer logra penetrar en el corazón de un hombre, los ojos de ese hombre están como hipnotizados por la

visión interna de ella; y así siguen durante algún tiempo, ciegos a cualquier otra verdad.

Hizo una pausa, luego añadió, con palabras que eran suspiros:

—¿Acaso tu padre no está considerado como un hombre de bien? Sin embargo, hace tiempo me convencí de que cuando una mujer le atrae por su belleza, y cuando se enloquece, no escucha razonamientos. Y el hijo no puede ser más sensato que un padre que, luego de haber conocido más de veinte cancionistas, conduce a su casa a tres concubinas, y hubiera tomado una cuarta si sus deseos por una mujer de Pekín no se hubieran extinguido antes de concluir sus negociaciones. ¡Ah, los hombres! — Al decir esto se puso en pie de un brinco, oprimiendo los labios y haciendo de su boca la expresión viviente del desdén —. ¡Los hombres! Sus pensamientos más secretos son siempre tortuosos como serpientes que rodeasen el cuerpo vivo de una mujer.

Yo me quedé estupefacta. Nunca había hablado así de mi padre y las concubinas. ¡Cuánta amargura, cuántos sufrimientos en aquel corazón hermético! Pero, ¿qué podía yo decir para consolarla? Intenté imaginar lo que ocurriría si mi marido tomase una concubina... Fue en vano, únicamente lograba recordar las horas de nuestro amor.

Involuntariamente, mis miradas cayeron en el niño, sentado en el suelo y jugando con las galletas de sésamo. En verdad, ¿qué podía decir yo para consolarla?

—Quizá la extranjera... — empecé tímidamente. Mi madre golpeó los mosaicos con su larga pipa y empezó a cargarla con dedos que temblaban de puro nerviosismo.

—Dejémoslos en paz — dijo con aspereza —. Yo he hablado, ahora le corresponde obedecer. Que vuelva y se case con su prometida, la hija de los Li. ¡De ella debe nacer su hijo! Una vez ejecutada la voluntad de los antepasados, que tome a la que quiera como concubina. ¿Acaso el hijo puede ser más perfecto que el padre? Pero, ahora, cállate, déjame; no puedo más de cansancio. Quiero descansar un poco en la cama.

¿Qué decir? Mi madre estaba muy pálida, y su cuerpo se curvaba como un junco marchito; cogí al niño en los brazos y salí de la habitación.

Cuando volví a casa, conté a mi esposo, llorando, que había sido incapaz de aliviar el dolor de mi madre. Me aconsejó tener paciencia hasta la vuelta de mi hermano. Sus palabras me dieron esperanza. Sin embargo, al día siguiente, mientras él estaba fuera, la duda me invadió de nuevo: no podía olvidar a mi madre.

En la tristeza de todos aquellos años, se mantuvo fuerte por la esperanza

del porvenir: la esperanza que todas las buenas mujeres tienen en el hijo de su hijo, para el sostén de su vejez y el honor de la familia. ¿Cómo era posible que mi hermano hubiese antepuesto su inconsiderado deseo a la esperanza de toda la vida de mi madre? Le regañaría, repetiría todo lo que había oído decir de él, le recordaría que él era el único varón de la familia. Y acabaría diciéndole:

—¿Cómo puedes poner en las rodillas de nuestra madre al hijo de una extranjera?

Capítulo XI

¡Siempre sin noticias, hermana! El jardinero, que diariamente, ateniéndose a mis órdenes, va a casa de mi madre para informarme de su salud y preguntar si mi hermano ha dado señales de vida, vuelve, desde hace quince días, con la misma contestación:

—La honorable anciana dice que no está enferma. A los ojos de la servidumbre no escapa el hecho de que languidece: no come apenas. Del señorito no hay noticias. Así, en cierto modo, el corazón de la anciana consume el cuerpo. A su edad no se resisten fácilmente algunas penas.

Pero, ¿por qué no dice algo mi hermano? Para mi madre he preparado manjares delicados en una vajilla de porcelana fina, y se los he enviado con unas siervas, añadiendo, además, este mensaje: «Pruebe estos alimentos, madre mía. No saben a nada, pero ya que los he preparado yo misma, sírvase consumirlos.»

Me han dicho que ahora come un poco, pero que, de pronto, deja en la mesa los palillos, víctima de la náusea que llena su corazón. ¿Cómo puede mi hermano matar así a mamá? Debería saber que no es una mujer que pueda soportar las groserías del Occidente. Es escandaloso por parte de mi hermano olvidar así sus deberes.

¿Qué decisión tomará mi hermano? Pienso en ello sin cesar, perpleja. Al principio me pareció imposible que no acabase cediendo a nuestra madre. ¿No ha recibido todo de ella? ¿Cómo es posible que pueda pensar en contaminar el don sagrado con una extranjera?

Mi hermano aprendió desde su más tierna infancia el sensato precepto del Gran Maestro, que prescribe: «El primer deber del hombre es atenerse a la voluntad de los padres.»

Así, pienso que cuando mi padre vuelva a casa y sepa lo que ocurre, unirá su veto al de mamá.

Esta idea me ha devuelto un poco la calma perdida.

Pero hoy me siento como una terrible corriente de aire que se extiende por las arenas. ¿Qué ha ocurrido? Hermana, mi marido me hace también dudar de la sabiduría de la vieja máxima. ¡Ejerciendo en mí la fuerza de su amor, aviva mis dudas! Anoche dijo palabras extrañas. Las cosas ocurrieron así.

Estábamos sentados en la terraza de ladrillos que ha hecho construir en la parte de la casa que da al Mediodía. En el piso inferior, nuestro hijo dormía en su cunita de bambú, la servidumbre se había retirado y se ocupaba en sus quehaceres. Yo, como es conveniente, me había sentado a poca distancia de mi marido, en una silla de hierro esmaltado; él se había tendido en un largo sillón de mimbre.

Contemplábamos la luna llena que, muy alta, parecía oscilar en el cielo. Se había levantado un viento nocturno que empujaba rápidamente, en los cielos, una cohorte de nubes que parecían enormes pájaros blancos. Tras los vapores que pasaban, la luna se escondía y reaparecía, magníficamente clara y pura; se tenía la ilusión de que la luna corría por encima de los árboles. Estaba extasiada por aquella belleza y la paz que emanaba. El aire olía a lluvia, me sentía dichosa de vivir.

Levanté los ojos, mi marido me contemplaba. Temblé de placer íntimo y exquisito.

—¡Qué hermosa luna! —dijo, por último, con entusiasmo—. ¿Quieres tocar tu vieja arpa, Kwei-Lan?

Intenté, en broma, hacerme rogar.

—Según nuestros antepasados que la inventaron, el arpa aborrece seis cosas; a saber, emitir sus sonos en los siguientes casos: cuando hay otros instrumentos, en caso de duelo, cuando el músico se siente desgraciado, cuando su persona está oculta, cuando no se ha dejado arder incienso fresco y, por último, cuando hay un auditorio poco benévolo. Si esta noche no suena el arpa, ¿en cuál de estos puntos, mi señor, hay que buscar la causa?

Él se puso serio y dijo:

—Hubo un tiempo, lo sé, en que el arpa no hubiese dejado oír sus sonos por mi causa; yo era un oyente poco benévolo.

Pero ahora, bajo tus dedos, deben resonar las viejas canciones de amor, las canciones de los poetas.

Persuadida, me levanté y fui a buscar el instrumento.

Apoyándolo en la mesita de piedra, pulsé sus cuerdas, mientras pensaba en lo que iba a tocar. Por último, canté:

Fresco es el viento de otoño
y clara la luna,
llueven las hojas muertas.
Y, aterido de frío,
del árbol, un cuervo
sale volando. Amor, ¿dónde estás?
Esta noche mi corazón llora
¡Estoy sola!

Hacía tiempo que mis dedos no habían hecho vibrar las cuerdas, y el triste eco final flotó largo rato en el aire.

«Sola..., sola..., sola...» Parecía como si el viento propagase el eco, y, súbitamente, se hubiera dicho que todo el jardín vibraba con la lastimera armonía, que reavivaba en mí la tristeza de mi madre, aplacada durante una hora de calma y paz.

Puse una mano sobre las cuerdas para extinguir el quejido.

—Señor, yo soy la causa de que el arpa haya enmudecido.

Me siento afligida y el instrumento gime conmigo.

—¿Afligida? —se levantó y se acercó a mí, cogiéndome la mano.

—Es por amor a mi madre —dije débilmente, atreviéndome a apoyar un instante mi cabeza en su brazo—. Está triste, y su aflicción se expresa en el son del arpa. Este hermano mío...

Siento que mi madre está inquieta esta noche; esperando su llegada, todo se convierte en inquietud. A mi madre no le queda más que él. Se diría que ya no existe ningún lazo entre ella y mi padre, y yo misma he pasado a ser una extraña desde que fui... tuya.

Mi marido se calló. Extrajo de su bolsillo un cigarro extranjero y lo encendió. Después, con voz calmosa, dijo:

—Es necesario que estés dispuesta a lo peor. Será mejor contemplar la verdad cara a cara: probablemente tu hermano no obedecerá a su madre. Me sobresalté.

—¿En qué te basas para creer eso? —le pregunté— ¿Y en qué te basas tú para no creerlo? —Por favor, no me contestes con otra pregunta. Yo no sé discutir. Pero tengo un buen argumento: mi hermano se educó en la obediencia a sus padres. Y el deber de un hijo...

—Los antiguos dogmas se derrumban..., mejor dicho, se han derrumbado ya —me interrumpió, guiñándome el ojo de una manera significativa—. ¡Actualmente se piensa de otra manera! Sus palabras me llenaron de duda. De pronto, recordé una cosa que siempre me había consolado en secreto, aunque la expresé en voz alta.

—¡Las mujeres extranjeras son tan feas! —murmuré—. Sus hombres no tienen otra alternativa, pero... ¡Me callé avergonzada por hablar de hombres ante mi marido! ¿Cómo podían los hombres sentir deseos por mujeres del tipo de la que vimos antes de nacer nuestro hijo? ¡Aquellos ojos insípidos! ¡Aquellos cabellos descoloridos! ¡Y las manos! ¡Y los pies! Como si yo no conociese a mi hermano. Sabía que, al igual que mi padre, lo que más apreciaba en la mujer era su belleza.

Mi marido ríó suavemente.

—¡Ah, poco a poco; todas las chinas no son guapas, ni todas las extranjeras son feas! La hija de los Li, a quien estuvo tu hermano prometido, no es una belleza, según he oído decir. En la venta de té, por ejemplo, dicen que no solamente tiene los labios demasiado gruesos, sino arqueados hacia abajo, como una hoz para segar el trigo...

—¿En esas cosas se entretienen los ociosos que frecuentan la venta de té? —pregunté, indignada—. ¡Es una joven de bien, y pertenece a una noble familia!

—No hago más que repetir lo que dicen... Tu hermano, sin duda, oyó algo de eso. Inútil decir que este detalle puede ser causa de anhelar a otra mujer en su corazón vacante.

Nos callamos durante unos segundos; luego, mi marido prosiguió, entre chupada y chupada de su cigarrillo:

—¡Ah, esas extranjeras! ¡Algunas son hermosas como la Estrella Blanca! Ojos claros..., libres, desenvueltas...

Me volví hacia él y le miré con ojos dilatados por la sorpresa. Mi marido ni se dio cuenta, y continuó:

—¡Sus hermosos brazos desnudos! No tienen nada de la modestia artificial de nuestras mujeres. Son libres como el viento y el sol. Con una sonrisa, un movimiento, conquistan el corazón de un hombre... y lo dejan escapar entre sus dedos, como un rayo de sol.

La respiración me faltó: ¿de qué hablaba? ¿Qué extranjera le había enseñado aquellas cosas? De pronto, un amargo despecho se apoderó de mí.

—Tú..., tú has...

Apenas movió la cabeza y ríó tranquilamente.

—¿Qué dices, mujer...? No..., nunca me devastaron el corazón. Fue mío hasta que...

Su voz se extinguió a la par que adquiría un tono de ternura que reconocí inmediatamente y me emocionó.

—¿Fue difícil? —murmuré.

—Pues, sí..., a veces. A nosotros, los hombres chinos, nos han mantenido muy distantes... Nuestras mujeres son tan reservadas..., tan juiciosas... No es que las censure, pero, ahora, a los jóvenes (y tu hermano es un joven) les gustan esas otras, las extranjeras, con sus hermosas carnes blancas como las plumas de un cisne, y sus cuerpos exquisitos, que ofrecen al bailar...

—¡Silencio, mi señor! —dije con dignidad—. Eso es un discurso para hombres solos, y yo no quiero oírlo. ¿Es posible que esa gente sea tan inculta y salvaje como se desprende de tu conversación?

—No —contestó él, calmamente—. Eso se debe, en parte, a que pertenecen a un pueblo joven, y la juventud busca el placer con ímpetu. Pero yo hablo así porque tu hermano también es joven y, aunque te desagrade el saberlo, no debemos olvidar que los labios de su prometida son tan curvos como un mayal para el arroz.

Sonrió una vez más y, sentándose de nuevo, se abstraigo en la contemplación de la luna.

Recapitulando, me convencí de que mi marido sabía mucho. Era imposible no tener en cuenta sus palabras. De lo que había dicho deduje que se desprendía cierta extraña fascinación de las carnes desnudas de aquellas extranjeras. Me vino el recuerdo de los ojos brillantes y la sonrisa de la tercera concubina la noche del convite. Temblé y no pude desterrar los tristes pensamientos.

Mis reflexiones no me dejaban en paz. Cierto que mi hermano no es más que un hombre, y su silencio resulta de muy mal augurio. Desde que era pequeñín, su silencio reforzaba las decisiones que había tomado. Wang-Da-Ma solía decir que cuando mi madre le prohibía algo, se callaba súbitamente, pero era para desear con mayor empeño la cosa codiciada.

Con un suspiro, coloqué el arpa en su estuche de laca. La luna se había ocultado por completo tras las nubes.

Empezó a llover; el tiempo cambió y entramos en la casa.

Pero dormí mal.

Capítulo XII

Hoy la aurora emergió de un cielo gris, inmóvil. El aire, cargado de humedad, arrastraba los recientes calores. El pequeño está en perfecta salud, y, sin embargo, lloriquea.

Por el siervo que envié a casa de mi madre en busca de noticias, supe que mi padre ha vuelto. Según parece Wang-Da-Ma tomó la iniciativa de escribirle, por intermedio del escribano que tiene su puesto en la entrada del templo, para advertirle del estado de mi madre y hacerle ver la conveniencia de su regreso. Mamá apenas come y se pasa el día entero encerrada voluntariamente en su habitación. Al recibir mi padre la carta, regresó inmediatamente a casa.

Sentí el deseo de verle, y con ocasión de esta visita he vestido a mi hijo de encarnado: es la primera vez que lo verá mi padre.

Lo encontré sentado junto al estanque del Pez Dorado.

Probablemente a causa del gran calor, y porque había engordado mucho, no llevaba más que una almilla y calzones de seda estival, clara como el agua bajo los sauces.

A su lado, la primera concubina le abanicaba: operación completamente inútil, puesto que el sudor le corría por las mejillas como luego de un esfuerzo fuera de lo normal.

En las rodillas tenía a uno de sus hijos, vestido de gala.

Al verme aparecer en el patio, exclamó:

—¡Aja, he aquí a la madre con su nene!

Dejó en el suelo al pequeñín que tenía en las rodillas, e invitó a mi hijo a que se acercase, animándole con sonrisas y carantoñas, mientras yo me inclinaba profundamente; como respuesta, sacudió la cabeza. Uní las manos de mi hijo e hice que se inclinase.

Mi padre estaba muy contento.

—¡Aja, aja...! —continuó exclamando en voz baja. Levantó a mi hijo, le palpó los brazos y piernas regordetas.

Los ojos dilatados del chiquillo le hacían reír.

—¡Qué hombrecillo! —exclamó, encantado—. ¡Pronto, una esclava; trae dulces inmediatamente! Las ciruelas con azúcar cande y los pastelillos de tocino.

Me alarmé. El nene no tenía más que diez dientes. ¿Cómo iba a comer ciruelas con azúcar cande?

—¡Oh, mi honorable padre! —supliqué—. Tenga en cuenta su tierna edad. Su pequeño estómago está únicamente acostumbrado a alimentos ligeros. Le ruego...

Pero mi padre me indicó que callase, y continuó hablando al pequeñín. No me quedaba más remedio que resignarme...

—¡Eres un hombrecito y tu madre te alimenta con papillas! Hija mía, yo también tengo hijos, muchos... ¿Cuántos? ¿Cinco o seis...? Y te aseguro que entiendo de niños más que una madre que tan sólo tiene uno, ¡aunque sea tan hermoso como éste!

Río con risa cavernosa y prosiguió:

—Si tu hermano tuviese de la hija de los Li un niño como el tuyo, ¡por lo menos moriría sabiendo que mis huesos serán honrados!

Animada al oírle hablar de mi hermano, pregunté:

—¿Y si mi hermano decide casarse con una extranjera? Esa es la inquietud que oprime el corazón de mamá y la hace languidecer cada día más.

Mi padre adoptó una expresión de despreocupado escepticismo.

—Tu hermano hará lo que yo diga. ¿Cómo se le va a ocurrir casarse con una extranjera sin mi consentimiento? No sería legal. Tu madre se preocupa sin motivo; esta misma mañana le he dicho: «Cesa en tu inútil aflicción. El muchacho quiere divertirse con una extranjera. Eso le place. Cuando se haya cansado (y eso ocurrirá dentro de dos lunas, y, si es verdaderamente hermosa, dentro de cinco o seis) se adaptará a casarse con la muchacha de los Li. No vamos a pretender que viva como un ermitaño durante sus cuatro años de estancia en el extranjero. ¿Acaso las mujeres extranjeras no son mujeres...?» Eso es lo que dije a tu madre.

Pero ella insiste todavía... ¡Es incomprendible! Bueno, siempre ha sido así; recuerdo que siempre la dominó alguna idea fija.

No quiero censurarla: es valiente, cuidadosa...; entre sus manos, mi oro y mi plata no se despilfarra en tonterías. Por eso no me quejo. Contrariamente a las otras mujeres, su manera de reprenderme es guardando el más absoluto mutismo. A veces quisiera que me riñese; así saldría de ese silencio tras el que se escuda; un silencio que me ha desconcertado desde que nos casamos. ¡Bah, ahora ya no me importa! ¿Quién es capaz de entender a las mujeres y sus caprichos? Pero desde su juventud ha tenido el defecto de ser demasiado seria; y, en esas condiciones, ¿qué hacer sino tomar la vida tal como viene? Cuando se apodera de ella una idea, la adopta hasta convertirla en un complemento de

su vida, una misión, un deber... ¡Nada, como para acabar la paciencia a cualquiera!

Se interrumpió, preso de una irritación que nunca viera en él; arrebató el abanico de la mano de la concubina y se puso a abanicarse. Dejó a mi hijo en el suelo y pareció olvidarse de que existía tal criatura. Pronto desapareció su ira, y de nuevo adoptó la expresión acostumbrada de pacífico buen humor. Llenó de dulces las manos del chiquillo y dijo:

—Come, pequeño. ¿Qué importa todo? Y tú, hija mía, no te preocupes. ¿Acaso puede vivir un hijo que desobedezca a su padre? Mi serenidad es absoluta.

Yo no estaba muy persuadida y, tras un corto silencio, dije:

—¿Y si a pesar de todo, mi hermano se niega a obedecer?

He oído decir que los tiempos han cambiado...

Mi padre no quiso hablar más de aquel asunto. Lo liquidó con un desabrido ademán, y sonrió.

—¿Negarse? Nunca he oído hablar de un hijo que no acate las órdenes de su padre. Cálmate, hija mía. Dentro de un año, será el padre de un hijo legítimo, que dará a luz la pequeña de los Li... ¡Un niño como tú, hombrecillo!

Y dio un cachetito a mi hijo.

Cuando mi marido supo lo que mi padre pensaba, contestó:

—Lo malo es que me parece difícil que la extranjera se resigne al papel de subordinada. En su país no se acostumbra tener mujeres secundarias.

No supe qué contestar. Nunca se me había ocurrido pensar en la extranjera e ignoraba cómo juzgaría ella nuestras costumbres. ¿No había logrado seducir a mi hermano? ¿Qué otra cosa podía desear? Hasta entonces tan sólo pensé en mi hermano y en sus deberes para con mis padres. A partir de aquel momento empecé a pensar en ella.

—¿Quieres decir que pretenderá ser, durante toda su vida, la única mujer de mi hermano? —pregunté.

Me sentía dominada por cierta indignación. ¿Con qué derecho podía ella prohibir a mi hermano que usase de una prerrogativa que le concedían las leyes del país? ¿Cómo podía exigir a su marido más de lo que mi madre pidió al suyo?

Dije esto a mi marido y concluí:

—Es muy sencillo. Si se casa con un hombre de nuestra raza, debe resignarse a concederle la libertad a que está acostumbrado; pero no puede

pretender importar aquí las costumbres de su país.

Mi marido apenas me miró, sonriendo de una manera extraña. Yo no acertaba a comprender su actitud. Después de una pausa, dijo:

—Supongamos que yo te haga saber mi deseo de tomar una mujerzuela..., una concubina.

Me sobresalté.

—¿Sería posible que tuvieses esa intención...? ¡Yo te di un hijo!

Se puso en pie de un salto. Sentí sus brazos rodearme la espalda, y murmuró en mi oído:

—No, no, corazoncito; no he querido decir eso. No lo haría... no podría hacerlo aunque quisiese...

Pero las palabras que acababa de pronunciar eran demasiado inesperadas. Palabras que toda esposa teme, y, sin embargo, prevé tener que oír. ¿Pero yo...? Yo no las había previsto. Y, de pronto, me inyectó en el corazón toda la angustia de mi madre, la angustia de centenares de mujeres que, luego de amar a sus señores, perdieron el favor de éstos.

Dominada por este pensamiento, no pude contener las lágrimas. Él empezó a consolarme, cogiendo mis manos entre las suyas y diciéndome palabras cariñosas. Por último dejé de llorar. Hubo una pausa bastante larga, y de pronto, él se interesó:

—¿Por qué llorabas?

Incliné la cabeza, tenía las mejillas ardientes. Cogiéndome la cabeza con ambas manos, me obligó a mirarle a los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué? —insistió.

—Porque, mi señor —balbuceé—, tú llenas todo mi corazón, y yo...

Me callé, pero en sus ojos leí la contestación. Luego, con infinita ternura, dijo:

—¿Y si esa extranjera quisiese a tu hermano tanto como tú me quieres a mí? Su corazón no difiere del de las mujeres chinas, aunque haya nacido en el extranjero. Todas las mujeres sois iguales en carácter y aspiraciones.

Nunca había pensado así de las extranjeras, pero observé que hasta entonces no había comprendido bien las cosas. Fue necesario que mi marido me iluminase.

—¡Tengo miedo! —Empecé a comprender—. ¿Qué haremos si mi hermano y la extranjera se quieren hasta ese punto?

Capítulo XIII

¡Mi hermano ha escrito! Escribió a mi marido suplicándole que intercediese con mis padres. Hablaba de la extranjera con ardientes palabras. Decía que era hermosa como un pino cubierto de nieve.

Y añadió, oh hermana mía, que ya había contraído matrimonio según las leyes extranjeras. Concluía diciendo que habiendo recibido la carta de mi madre en que solicitaba su presencia en casa, obedecería trayendo con él a su esposa.

«Con tal —decía— que nosotros le ayudásemos en lo posible, puesto que ama y es correspondido...»

¿Qué hacer? El amor que me une a mi marido me desarma por completo. Mi hermano no puede elegir argumento más eficaz para convertirme en su aliada: si su esposa le quiere como yo a mi marido, ¿puedo yo negarle algo?

Iré a ver a mi madre.

Han pasado tres días, hermana, desde que vi a mi madre; me había preparado para comparecer ante ella con humildad; primero elegí las palabras con el cuidado que un enamorado elige las joyas para su esposa. Entré sola en la habitación, y le hablé con una suplicante delicadeza. ¿Quieres creerlo? No me comprendió, no quiso comprenderme. Somos muy diferentes mi madre y yo. Me acusó, en silencio, de favorecer a la extranjera y tomar partido por mi hermano en contra de ella, ¡mi madre, hermana! No expresó su pensamiento, pero comprendí que lo sentía en el fondo de su corazón, y por eso no sirvieron de nada mis explicaciones.

¡Y eso luego de preparar mi discurso con tanto cuidado! Me había dicho a mí misma: «Despertaré en ella el recuerdo de sus primeros años de casada, del amor de mi padre..., de la época en que ella estaba en plena posesión de su juventud.»

Pero ¿cómo pueden las rudas imágenes, que son las palabras, contener la esencia y el espíritu del amor? Es lo mismo pretender encerrar una nube rosa en un recipiente de hierro, o pintar una mariposa con el duro pincel de bambú.

Cuando, dudando a causa de la delicadeza de mis argumentos, hice alusión a la secreta armonía que encadena de una manera inesperada los corazones, me dijo con sarcasmo:

—¡Tonterías! No existen esas cosas entre hombres y mujeres. —Altanera, añadió—: Al fin y al cabo, no se trata más que de un deseo inútil. No sirve de

nada querer velarlo con expresiones poéticas. El deseo se reduce a esto: el deseo del hombre por la mujer y de la mujer por un hijo. Una vez satisfecho, no queda nada...

Yo volví a la carga.

—Recuerde, mamá, la época de su casamiento. ¿Se acuerda de cómo hablaban sus almas, la de papá y la suya?

Me puso sobre los labios un dedo flaco y febril.

—No me hables de papá. En su corazón hay cien mujeres. ¿A cuál de ellas pertenece su alma?

—¿Y su propio corazón, mamá? —pregunté con dulzura, cogiendo su mano, que sentí temblar un instante entre las mías antes de que la retirara.

—Vacío —contestó—. Mi corazón espera a mi nieto, el hijo de mi hijo. El día en que haya conducido a mi nieto ante las tablillas de los antepasados, entonces podré morir en paz.

Me volvió la espalda y se negó a seguir hablando.

No me quedaba más que retirarme. Y lo hice con tristeza. ¿Qué era lo que me había separado así de mamá?

Hablábamos en voz alta, pero era como si no nos oyésemos...; hablábamos sin comprendernos.

Noto que he cambiado y que en ese cambio ha contribuido el amor.

Me parece ser un puente muy frágil tendido sobre un abismo abierto entre el pasado y el presente. Me aferraba a la mano de mi madre y no quería abandonarla, porque sin mí, mamá quedaría muy sola; pero, a la vez, sentía que mi mano estaba encerrada en la de mi marido, ¡y comprendo que nunca podré renunciar a su amor!

Y, ahora, hermana, ¿qué nos reserva el porvenir?

Vivo días de espera. Me parece soñar, e invariablemente ese sueño evoca un navío blanco y el agua azul. La embarcación vuela, como un gran pájaro, hacia la costa. ¡Si pudiese alargar mi brazo hasta la mitad del océano, coger el barco e impedirle que se acercase! Porque, de otra manera, ¿cómo va a ser feliz mi hermano después de lo que ha hecho? Para él ya no hay sitio bajo el techo paterno.

Pero mis manos son débiles y no pueden detener el destino; mi espíritu se niega a formular ideas bien netas. Nada consigue hacerme olvidar el navío; tan sólo, y parcialmente, el balbuceo de mi hijo, que empieza a querer hablar. Lo tengo cerca de mí durante todo el día; pero, por la noche, empieza a murmurar

en mis oídos el ruido de las olas. A cada hora que pasa, el barco se acerca... y yo no puedo hacer nada para evitarlo.

¿Qué pasará cuando mi hermano llegue con ella? Lo extraordinario de la situación me espanta, me siento inerme.

No logro discernir lo que está bien o mal, no puedo hacer otra cosa que esperar. ¿Cuánto tiempo todavía? Mi esposo dice que siete días. Siete días, al cabo de los cuales el navío blanco llegará al puerto, en la desembocadura del Hijo del Mar, el gran río que corre por las afueras de la parte septentrional de la ciudad.

Mi marido no acierta a comprender por qué me agarro, por decirlo así, a las horas, para alargarlas..., hacer, si es posible, que se retrasen. En lo que me concierne, soy incapaz de decirle con palabras lo que pienso de los momentos que habremos de vivir. Él es un hombre, ¿y cómo podría comprender el corazón de mi madre? ¡Temo tanto la llegada de mi hermano! No he vuelto a ver a mi madre, pero no puedo olvidarla..., ni tampoco su soledad. Sin embargo, nada teníamos ya que decirnos.

Tampoco puedo olvidar a mi hermano ni a la mujer que él quiere. Me siento sacudida violentamente por un lado y por otro, como un débil ciruelo que no puede oponer resistencia al viento demasiado fuerte.

Capítulo XIV

¡No he podido esperar, hermana, una hora más oportuna! He venido a pie después de dejar a mi hijo entre los brazos del ama, sorda a sus gritos cuando vio que me iba. No, no me sirvas el té. Debo regresar inmediatamente, he venido tan sólo para contarte... ¿Te has enterado? ¡Llegaron al fin! ¡Mi hermano y la extranjera! Hace dos horas. Han hablado con nosotros durante la comida. La he visto, la he oído hablar..., pero no entiendo nada de lo que dice. ¡Qué criatura tan extraña...! Tan extraña que, a pesar mío, no puedo por menos de mirarla con ojos asombrados.

Estábamos ocupados en preparar la comida cuando el portero entró en la estancia y anunció sin apenas inclinarse.

—¡En la puerta hay un hombre con una mujer como no he visto nunca! ¡Ni siquiera sé si es hombre o mujer! ¡Parece una mujer, pero es tan alta como un hombre!

Mi esposo me miró, dejando los bastoncillos.

—Son ellos —dijo, tranquilamente, en contestación a mi mirada

interrogadora.

Bajó, regresando inmediatamente con los huéspedes.

Les recibí de pie. Te confieso que cuando vi la elevada estatura de la extranjera me faltaron las palabras, y apenas vi a mi hermano. Tan sólo tenía ojos para ella; su cuerpo ágil, envuelto en una chaqueta de color azul que le llegaba hasta las rodillas.

Mi marido no se mostró intimidado. Les invitó a sentarse a la mesa con nosotros, y dio orden de que les fuera servido arroz y té. Yo me callaba, muy ocupada en mirarla. Incluso ahora no ceso de preguntarme:

—¿Qué haremos con esa extraña criatura? ¿Cómo la vamos a adaptar a nuestra vida?

Casi no me acordaba de que mi hermano la quería, y noté una confusa sensación de estupor a causa de su presencia en mi casa.

Me parecía soñar... Y, en realidad, notaba la sensación de alguien que, soñando, se hace cargo de lo irreal de sus visiones.

¿Quieres saber qué aspecto tiene? Me es difícil describírtela, aunque, como ya te he dicho, no cesé de mirarla desde que entró. Veamos: es más alta que mi hermano y lleva cabello corto. Pero los rizos están dispuestos de tal manera, que ocultan decorosamente sus orejas. Descompuestos por los cuatro vientos, tienen un color de cobre viejo, como el vino que llamamos «hueso de tigre». ¿Los ojos? Son como el mar bajo un cielo tempestuoso, y no se ríe con facilidad.

Desde que la vi me pregunté si era guapa. La contestación me vino de pronto; no, no lo es. En efecto, no tiene las cejas bonitas..., ¿sabes...? de esas que se asemejan al vello que tienen las mariposas en las alas, como las que nos gustan a nosotros. Son oscuras y marcadas sobre unos ojos pensativos. A su lado, mi hermano aparece con un rostro juvenil, lleno de rasgos más sutiles. Sin embargo, no tiene más que veinte años, cuatro menos que mi hermano.

¿Y sus manos? Puestas junto a las de mi hermano, se diría que las de éste son las que debieran corresponder a ella. ¡Tiene los huesos puntiagudos...! Sus muñecas son más grandes que las mías. Recuerdo que cuando me dio la mano, sentí en la mía el contacto de la rugosa piel de su palma.

Después de comer, aprovechando un momento en que nos dejaron solos, se lo dije a mi marido. Éste me explicó que aquella rugosidad era debida a cierto juego llamado tenis, que las mujeres extranjeras acostumbran a practicar, incluso con los hombres..., ¡supongo que para divertirles! ¡Estas mujeres extranjeras tienen una curiosa manera de gustar a los hombres!

¡Y tienen unos pies...! ¡Cinco centímetros más largos que los de mi

hermano! Por lo menos así parecen... ¡Me imagino que debe de ser una cosa muy embarazosa tener unos pies así!

En cuanto a mi hermano, se viste a la manera occidental y se mueve con rapidez, víctima de una perpetua inquietud. La verdad, no comprendo muchos de sus gestos.

Por más que le miro, no reconozco en él al muchacho alto, erguido, delgado y alegre que había reconocido, y si no habla, su rostro tampoco sonrío. No lleva ningún adorno ni joya; una excepción tan sólo: el anillo que luce en una de sus manos. Su palidez se destaca más vivamente por contraste con el color oscuro de su ceñida vestimenta occidental. Se sienta a la manera extranjera: cruzando una pierna sobre la otra. Con mi marido y su esposa, habla, sin esfuerzo alguno, en el idioma extranjero. Las palabras se siguen con un sonido semejante al de piedrecillas arrojadas contra una roca.

Está cambiado por completo. Incluso sus ojos no son los de antes. No los mantiene bajos; al contrario, los planta, descaradamente, en el rostro de su interlocutor: unos ojos inquietos, tras los cristales de unas curiosas gafas, con montura de concha negra, que le hacen más viejo de lo que es en realidad.

Únicamente sus labios siguen siendo igual que antes.

Son los labios de mi madre, finos y delicados. Hay en ellos como una sombra del antiguo gesto que hacía cuando alguien se negaba a satisfacer sus deseos. En aquel vago detalle reconocí a mi hermano. Por lo demás, en mi casa no había de chino más que mi hijo y yo. Mi marido y los dos huéspedes, vestidos con sus trajes exóticos, hablaban un idioma que ni yo ni mi hijo entendemos...

Los huéspedes se quedarán en casa hasta que mis padres consientan en recibirles. Tiemblo al pensar en las censuras de mi madre cuando sepa que acogí a los rebeldes bajo mi techo. Pero mi marido así lo desea y, además, ¿no se trata de mi hermano, del hijo de mi madre?

Cuando nos sentamos a la mesa para comer el arroz, demostró no saber servirse de los palillos. Me hizo reír furtivamente tras la mano, al ver que los cogía todavía más torpemente que mi hijo con sus manecitas inexpertas. Los oprimía, arrugando el entrecejo, con un sincero esfuerzo por aprender; pero era inútil: no lo lograba; sus manos no estaban hechas para las cosas delicadas.

¡Y su voz! Nunca oí semejante voz de mujer. A nosotras nos gusta un timbre mórbido y ligero, casi como el agua que corre entre peñascos, o como el gorjeo del gorrión entre los juncos. Por el contrario, la extranjera tiene un vozarrón rico de tonos y, como habla poco, una se siente inducida a interrumpir sus propias palabras en espera de que abra la boca. Y, cuando lo hace, sus palabras tienen la sonoridad del tordo en primavera, cuando el arroz

está a punto para ser segado. Sus palabras fluyen rápidas, dirigidas tan pronto a mi marido como al suyo. Conmigo no habla: no nos entendemos. Pero he observado que en dos ocasiones pasó una fugaz sonrisa por su rostro, iluminando sus ojos como lo haría un reflejo de plata en una lenta corriente de agua. Creo haber comprendido. Decía; «¿Vamos a ser amigas?» Nos miramos, dudosas, y en seguida contesté, sin palabras: «Veré si llegamos a entendernos... según cómo mires a mi hijo.»

Vestí a éste con la chaquetita de seda encarnada y los pantaloncitos verdes. En los pies le puse sandalias bordadas de color guinda, y cubrí su cabeza con el gorrito sin visera, adornado alrededor con pequeños budas dorados. En el cuello le puse una cadenita de plata que acabó de darle el aspecto de un verdadero príncipe. Así vestido, lo mostré a la extranjera. El pequeñuelo, en pie, sobre sus largas piernecitas, la miró extrañado. Al decirle yo que se inclinase, juntó las manos y me obedeció, tambaleándose un poco por el esfuerzo.

Ella miró sonriendo, y al verle ejecutar la inclinación se echó a reír con fuerza, elevando una nota que recordaba el son profundo de una campana; luego, con una exclamación llena de dulzura, cogió al chiquitín, oprimiéndole contra su pecho, y le besó con tal entusiasmo que hizo caer su gorrito con los budas dorados. En seguida me miró por encima de la pelada cabecita. ¡Qué mirada, hermana! Sus ojos decían: «¡Quiero tener uno como éste!»

Sonreí y dije:

—Seremos amigas.

Ahora comprendo por qué la quiere mi hermano.

Han pasado quince días de su llegada y todavía no se han presentado a mis padres. Mi marido y mi hermano discutieron largo rato en lengua extranjera. Los dos están confusos: algo deben de haber concertado, algo que yo ignoro. Pero, cualquiera que sea su decisión, se ve que coinciden en la conveniencia de obrar prudentemente.

Mientras tanto, yo no pierdo de vista a la extranjera. Si me preguntases, hermana, lo que pienso, te diría que no lo sé.

Ciertamente, no es como nuestras mujeres. Todos sus modales son desenvueltos y llenos de gracia. Sus ojos buscan, sin timidez, los de mi hermano, presta oído a las conversaciones de los hombres, e interviene con rápida charla. Entonces, todos se echan a reír. La cuarta dama diría que la extranjera está acostumbrada a tratar a los hombres.

Sin embargo, hay una diferencia. Me parece que, en el fondo, la cuarta dama tenía miedo de los hombres, a pesar de su descocada belleza. Pensando

en esto, me convengo de que su miedo deriva de la íntima convicción, bien presente incluso en la más dichosa época de su belleza, que el día en que su hermosura empezase a declinar, no le quedaría nada con que atraer el corazón de los hombres.

Muy distinta es, por el contrario, la conducta de la extranjera, que, desde luego, no es tan guapa como la cuarta dama y, sin embargo, no parece preocuparse por eso.

El interés que los hombres le demuestran, ella lo considera como un tributo debido. No adopta atavíos seductores; al contrario, parece decir: «Heme aquí tal como soy, y no pretendo aparecer distinta de la realidad.»

Me parece orgullosa, o, por lo menos, indiferente de una manera extraña al trastorno que ha causado en el seno de nuestra familia. Se pasa el tiempo jugando con mi hijo, o abismada en la lectura —trajo consigo varias cajas de libros—, o escribiendo cartas. ¡Y qué cartas! Una vez miré la hoja por encima de su hombro y vi que la página estaba cubierta de grandes signos unidos los unos a los otros. ¡Incomprensibles!

Más que cualquier otra cosa, prefiere soñar, sentada en el jardín, donde se entretiene, además, bordando.

Una mañana, muy temprano, salió con mi hermano y no volvieron hasta el mediodía. Al igual que mi hermano, estaba cubierta de polvo y barro. Estupefacta, pregunté a mi hermano a dónde habían ido para volver en semejante estado.

Me contestó:

—Hemos ido a hacer lo que los occidentales llaman una excursión.

Le rogué que se explicase.

—Una excursión es una larga y rápida caminata hacia cualquier lugar alejado. Hoy hemos llegado hasta la Montaña Violeta.

—¿Y qué placer hay en eso? —Para ellos, es muy divertido.

—¡Qué cosa tan rara! Entre nosotros, hasta una mujer del pueblo juzgaría estúpida una caminata semejante.

Mi hermano, a quien hice esta observación, me dijo por toda contestación:

—La manera de vivir en el país donde mi esposa nació ha sido siempre libre. Tras las altas paredes de nuestros patios se siente un poco como una prisionera.

Mi asombro no conocía límites. Hasta entonces creí que la vida que mi marido y yo hacíamos era independiente. Las paredes que rodean los jardines

sirven, tan sólo, para impedir las miradas curiosas: ¡tendría gracia que cualquier campesino o mercader pudiese espiar el interior de nuestra casa! Inconscientemente, pensé:

«Si la extranjera tiene esas ideas, ¿cómo hace para vivir en el jardín?»

Pero me callé.

Hay que ver con qué despreocupación demuestra su amor por mi hermano. Ayer noche, por ejemplo, estábamos todos sentados en el jardín, para disfrutar un poco del fresco de la noche. Me había sentado en el sitio de costumbre, en el taburete de porcelana, un poco alejada de los hombres, y ella, a mi lado, subida en el parapeto de piedras que rodea la terraza. Sonriendo un poco, como es su costumbre cuando estamos juntas, me señalaba un objeto tras otro, en la sombra, preguntándome su nombre, que luego repetía. Tiene una memoria feliz; cuando oye un nombre no lo olvida nunca. Repetía varias veces cada sílaba, como si gozase con la entonación, y reía un poco cuando, tímidamente, la corregía. Así pasamos el tiempo, distraídas, mientras los dos hombres hablaban entre sí.

Pero cuando la sombra se convirtió en oscuridad, y se hizo imposible distinguir las flores y las piedras, la joven enmudeció, inquieta, volvió los ojos hacia mi hermano y, por último, se levantó con un movimiento brusco y se acercó a él, con pasos elásticos, que en la oscuridad hacían oscilar su falda blanca y vaporosa.

Río, dijo algo en voz baja, se detuvo al lado de mi hermano y le cogió la mano con desenvoltura. Volví los ojos en otra dirección.

Cuando volví a mirarles, simulando interesarme en la dirección del viento, vi que la extranjera se había sentado, hecha un ovillo, en los mosaicos de la terraza y, desvergonzadamente, apoyaba su mejilla en la mano de mi hermano.

En aquel momento le compadecí. ¡Lo avergonzado que debía de estar de tener una mujer así! Estaba oscuro y no podía ver su rostro, pero todos guardábamos silencio; en el jardín no se oía más que el suave zumbido de los nocturnos insectos estivales. Levantándome, me retiré.

Cuando, instantes más tarde, mi hermano vino a desearme las buenas noches, le dije:

—¡Esa extranjera es una desvergonzada! Él río.

—¡No, mujer; lo que ocurre es que tú eres una muñeca de porcelana!

Indignada, exclamé:

—¿Quieres, acaso, que te coja la mano ante los ojos de todo el mundo?

Él me miró y volvió a reír.

—¡No, porque si lo hicieras serías verdaderamente desvergonzada!

Recuerdo que aquello me sorprendió mucho. Pero por más que reflexiono no logro encontrar maldad en la extranjera. Cuando ella demuestra su amor por mi hermano lo hace con la sencillez de un niño; no hay nada de equívoco ni oculto. Nuestras mujeres no son así.

Es como la flor del naranjo silvestre, pura y picante, pero sin fragancia.

Por fin han decidido la norma de conducta que seguirán. La extranjera se vestirá como las mujeres chinas, y, con mi hermano, se presentará ante la honorable anciana, luego que mi hermano le haya enseñado a hacer la reverencia. Yo precederé a la pareja y presentaré a las dos mujeres.

Por la noche, pensando en la misión que me ha sido encomendada, no logro dormir; tengo los labios secos, y cuando intento mojarlos, no puedo, porque tengo la boca completamente áspera. Mi marido intentó darme valor con bromas y palabras de ánimo, pero, al dejarme sola, me entra miedo otra vez. ¡Voy a ponerme abiertamente en contra de mi madre, yo, que nunca he discutido su voluntad!

¿De dónde sacaré el valor para hacerlo? Soy la tímida criatura de siempre y, abandonada a mí misma, no vería más que mal en lo que hago. Incluso en una embarazosa situación como la presente voy hasta el fondo del corazón maternal; y diría que, según las antiguas costumbres de nuestra raza, tiene razón.

Es mi marido quien me ha cambiado; por primera vez me atreveré a hablar en pro del amor y contra mis padres.

Pero tiemblo al pensarlo.

La única de nosotros que conserva su tranquilidad es la extranjera.

Capítulo XV

Hoy, hermana, me siento cansada, casi debilitada, como si en mi corazón se hubiese aflojado, de pronto, una cuerda de arpa que se mantuvo tensa durante muchos días, y de ella hubiera huido la música.

¡Pasó la hora terrible!

No te diré en seguida cómo. Prefiero contar las cosas ordenadamente, para que puedas juzgar por ti misma. En cuanto a mí... Escucha.

El mensajero enviado para solicitar el permiso a nuestros padres,

autorizándonos a visitarles al día siguiente a la hora del mediodía, volvió con la contestación de que papá había salido para Tien-Tsin tan pronto le informaron de la llegada de mi hermano. El acostumbrado sistema: evitar siempre una decisión. En ausencia del cabeza de familia, nuestra madre nos informaba que estaba dispuesta a recibirnos a mi hermano y a mí. De la extranjera no dijo nada.

Pero mi hermano exclamó:

—¡Si yo voy, mi esposa irá conmigo!

Al día siguiente, tal como fue convenido, precedí a los esposos, y me presenté, acompañada por una sirvienta, con los presentes de mi hermano, escogidos en países extranjeros: cosas curiosas y bonitas que raramente vemos aquí. Un pequeño reloj dorado, encerrado en el vientre de un niño, también dorado, de más de quince centímetros de alto; luego, una máquina que hablaba al darle cuerda con una manivela; luego, un reloj de pulsera, rodeado de perlas; por último, una lámpara que se encendía sin necesidad de fuego y permanecía encendida durante tiempo indefinido, así como un abanico de plumas de avestruz blancas como un puñado de flores de peral.

Con aquellos regalos me presenté ante mi madre. Ésta me había comunicado que me recibiría en la sala de huéspedes. En efecto. Allí la encontré, sentada en un sillón de macizo y oscuro ébano, a la derecha de la mesa, bajo el retrato del emperador Ming. Llevaba una blusa negra de brocado y en los cabellos lucía collares de oro; en su mano mostraba muchos anillos preciosos, con rubíes y topacios, que son las piedras apropiadas a la dignidad de las ancianas.

Vista en aquella especie de trono, apoyada en su largo bastón de ébano y plata, me pareció más majestuosa y severa que nunca.

Pero la conocía bien, y escudriñándole el rostro para cerciorarme de su estado de salud, el corazón me dio un vuelco. Sobre el negro de la blusa se destacaba con toda nitidez la diáfana delgadez de su rostro, descarnado hasta el punto de que sus labios habían adquirido el pliegue y la adherencia de la muerte. Sus ojos se habían agrandado y hundido, como suele ocurrir a los enfermos para los que no hay esperanza. Cuando movió las manos oí tintinear los anillos, demasiado grandes. Me quemaba el deseo de preguntarle cómo se encontraba, pero sabía que eso la enfadaría; así es que no me atreví. Se la veía preparada para la entrevista, haciendo acopio de todas sus fuerzas, que buena falta le hacían.

Por eso, cuando me recibió sin una palabra, le ofrecí los presentes en silencio, tomándolos, uno tras otro, de manos de la sierva. Los acogió con un movimiento grave de la cabeza, pero no los miró, e hizo signo a otra sirvienta,

que esperaba órdenes a cierta distancia, de que los llevase a otra habitación. Animada por la aceptación —rechazarlos hubiera sido, en el lenguaje de las mujeres, la repudiación de mi hermano—, dije:

—Mi muy honorable madre, mi hermano está aquí y espera que os dignéis recibirle.

—Eso me han comunicado —contestó ella fríamente.

—Ha traído consigo a la extranjera... —me atreví a decir, casi sin aliento, convencida de que sería mejor decir cuanto antes lo más desagradable.

Guardó silencio; su rostro era inescrutable.

—¿Pueden acercarse? —inquirí, no sabiendo decir otra cosa que lo ya estudiado de antemano.

—Que vengan —contestó ella, con incommovible frialdad.

Dudé, sin saber a qué carta atenerme. La extranjera estaba allí, casi en el umbral de la puerta... Me acerqué a la cortina, levantándola, y referí a mi hermano las palabras de mamá, aconsejándole que se presentase primero solo.

Su rostro se ensombreció como de costumbre cuando se le contraría, y cruzó unas palabras con su esposa en idioma extranjero. Ella frunció el entrecejo, se encogió de hombros y esperó con perfecta y despreocupada calma. Pero mi hermano, con brusca decisión, la cogió de la mano y, antes de que pudiera evitarlo, entró con ella en la sala.

Era verdaderamente curioso ver aquella extraña figura de mujer en la sala de nuestros antepasados. ¡Era la primera sangre extranjera que trasponía el umbral! Como hipnotizada por la escena, me quedé agarrada a la cortina, con los ojos fijos en la esposa de mi hermano, olvidando a mi madre por un instante.

Me dije que la decisión de mi hermano de no entrar solo, haría desaparecer de pronto el deseo maternal de volver a verle; pero la escena que se desarrollaba ante mis ojos no perdía interés.

Obedeciendo al deseo de mi hermano, la extranjera había sido vestida a la manera del país: una chaquetilla de seda azul oscura, gruesa y muy pesada, ligeramente bordada de plata. La falda era de raso negro sin adornos. La única nota lujosa eran dos grandes pliegues verticales obtenidos por la riqueza de la tela. Calzaba sandalias de terciopelo negro, sin bordados. Contrastando con el color oscuro de sus vestidos, la piel aparecía blanca y luminosa como las perlas a la luz de la luna, y sus cabellos parecían una llama dorada.

Los ojos eran azules como un cielo tempestuoso, los labios tenían un pliegue algo desdeñoso. Entró directamente y altanera, llevando la cabeza un

poco echada hacia atrás, y sostuvo, intrépida, la mirada de mi madre, con ojos tranquilos, sin sonreír.

Me cubrí la boca con la mano para reprimir un grito. ¿Cómo pudo mi hermano descuidar de aleccionarla que donde hay una anciana se debe entrar con los ojos bajos? En aquellos instantes compadecí amargamente a mi hermano por tener una esposa tan torpe. Me parecía asistir al encuentro de una princesa con la reina madre.

Por las miradas que se cruzaron, inmediatamente comprendí que la extranjera y mi madre eran enemigas.

Mamá volvió los ojos con altanería hacia otro sitio, mirando al vacío por la entreabierta cortina. La extranjera dijo algo a mi hermano con voz indiferente. Más tarde supe que le preguntó:

—¿He de arrodillarme?

Él asintió con la cabeza y ambos se arrodillaron.

Mi hermano dijo:

—Anciana y venerable madre: Yo, vuestro hijo indigno, he vuelto de los países extranjeros a la amorosa presencia de mis padres, obedeciendo a vuestra orden. Me alegró el pensar que habéis juzgado oportuno el aceptar nuestros miserables presentes. Digo «nuestros» porque me acompaña mi esposa, de quien os hablé en la carta que os escribí por mediación de mi amigo más íntimo. Viene en calidad de nuera de mi madre. En sus venas corre sangre extranjera, pero a instancias tuyas os informo, honorable madre, de que su corazón se tornó chino al convertirse en mi mujer. Por su libre y espontánea elección adopta los usos y costumbres de nuestra familia y nuestra raza. Sus hijos pertenecerán, en cuerpo y alma, a nuestra celestial Nación, ciudadanos de la resplandeciente República, herederos del Imperio del Centro. Y así manifiesta su respeto.

Se volvió a la extranjera, que esperaba tranquilamente y le hizo un signo. Obedeciendo, ella se inclinó con sorprendente dignidad, a los pies de mi madre, hasta tocar el suelo con la frente. Repitió el ademán por tres veces, y a éstas sucedieron otras tres, ejecutadas al unísono con mi hermano.

A continuación se pusieron en pie, esperando a que mi madre hablase.

Pero ésta guardó silencio. Estaba como absorta en la contemplación del espacio vacío del patio, sin ceder en lo más mínimo de su altanera actitud. Comprendí que, en realidad, estaba agitada por la osadía de mi hermano, que la había desobedecido, presentándose ante ella en compañía de la extranjera, a pesar de su orden expresa. Vi una mancha roja colorear sus mejillas, un músculo de su fina piel temblaba.

Pero no dio ningún otro signo exterior de emoción. Siguió sentada, con las manos cruzadas sobre el pomo de su bastón, la mirada impasible; y los dos, ante ella, esperaban en silencio, en la atmósfera de la sala, que de pronto pareció pesada y deprimente.

Inopinadamente, algo turbó la desdeñosa severidad del rostro de mi madre. Sus mejillas, ligeramente coloreadas, palidieron bruscamente. Una mano cayó inerte en su regazo, su mirada perdió intensidad, como vencida por el cansancio... Vi que se encogía, haciéndose pequeña en el asiento. Luego dijo, vivamente, como si estuviese a punto de perder el conocimiento:

—Hijo mío..., bien venido eres a tu casa. Te hablaré más tarde. Ahora, vete.

Mi hermano levantó los ojos y escudriñó su rostro. Era un observador menos agudo que yo, pero no dejó de comprender que algo había sucedido. Me miró, dudando, haciendo un gesto como si quisiera protestar. Muy inquieta, le indiqué con la cabeza que no hiciese nada. Él dijo algo a la extranjera; se inclinaron y salieron.

Me precipité hacia mi madre, pero me detuvo con un gesto. Hubiera querido pedirle perdón, pero su actitud hermética me impedía hablar. Parecía extenuada; comprendí que lo mejor sería irme. Por lo tanto, me incliné lentamente y salí. En el patio me volví, y pude ver cómo atravesaba la estancia, apoyándose pesadamente en dos esclavas.

Entristecida, volví a casa. Por más que pienso, no adivino lo que pasará mañana.

Mi hermano y la extranjera salieron a dar un paseo que les retuvo lejos de casa durante todo el día. Regresaron por la noche, y no cruzamos una palabra.

Capítulo XVI

¡Has estado mucho tiempo ausente, hermana! ¿Treinta días? No, más aún; desde nuestro último encuentro, casi cuarenta pasaron, ¡más de una luna entera! ¿Has hecho buen viaje? Doy gracias a los dioses por tu feliz regreso.

Sí, mi hijo está bien de salud. Ha aprendido a decirlo todo, y su parloteo no cesa un instante durante el día, como la voz de un ruiseñor. ¡Y qué palabras tan dulces, hermana! Parecen rodar al salir de sus labios, y nosotros todos nos alegramos. Pero si se da cuenta de que nos reímos de él, se enfada y patalea. ¡Igual que un hombre! Hay que verle cuando pretende andar como su padre, alargando sus piernecitas regordetas para no perder terreno.

¿Quieres saber...? ¡Ah, sí! ¿Cómo va el asunto de mi cuñada? Te contesto con un suspiro. No, no va bien. Mi hermano y ella siguen esperando. ¡No deciden nada! Mi hermano se contiene, e, impaciente como los hombres del Oeste con quienes ha estudiado, insiste en que en nuestro país el tiempo no tiene valor alguno. Aquí no conocemos la impaciencia que puede acelerar el curso del tiempo.

Pero te diré que desde la presentación a mi madre pasaron varios días —ocho— en espera de alguna noticia, que no llegó. Al principio, mi hermano tuvo la esperanza que, de un momento a otro, mi madre les enviaría una embajada, y no permitió a la extranjera que deshiciera sus maletas.

—No vale la pena —decía—. No tendremos que esperar más que uno o dos días.

No podía contenerse: reía con estrépito por cualquier cosa, muy alegre; ahora, por el contrario, se ha vuelto muy taciturno y sordo a todo lo que se le dice.

Si al principio mi hermano parecía prestar oído, constantemente, a las voces y sonidos que los demás ocupantes de la estancia no percibían, ahora, al pasar los días y darse cuenta de que la esperada noticia no llega, se ha vuelto áspero e irritable. Ya no ríe, y repasa con la imaginación todos los detalles de la entrevista con su madre; eso le hace hablar continuamente tan pronto para reñir a la extranjera por no haberse mostrado suficientemente sumisa, como para asegurar que tuvo razón al obrar como lo hizo, y que en los tiempos actuales es una estupidez inclinarse ante cualquiera que sea. Al oír este último despropósito no pude ocultar mi sorpresa.

—¿Acaso nuestra madre ya no es nuestra madre, por la razón de vivir en tiempos modernos?

Pero él no tenía paciencia para escucharme con calma; se irritaba por cualquier cosa y no quería admitir razones.

Sin embargo, debo ser justa con la extranjera, que en verdad no se negó a inclinarse ante mi madre. Lo que yo sé es que ella dijo:

—Si esa es vuestra costumbre, no tengo inconveniente en hacer una reverencia, aunque, la verdad, me parece ridículo tener que inclinarme ante quien quiera que sea.

Parecía llena de calma, mucho más que mi hermano, y más confiada en el porvenir. No hacía otra cosa que pensar en su marido y en la manera de devolverle la felicidad que parecía haber perdido. A veces, cuando le veía irritado, le consolaba paseándose con él por el jardín y fuera del recinto.

Así les vi, una vez, desde mi ventana.

Lo que le decía en aquellos coloquios, lo ignoro. Pero sé con certeza que, después, mi hermano parecía un poco más tranquilo y calmado, aunque siempre devorado por la fiebre de la espera.

Pero no siempre consolaba, tal como acabo de decir, ya que a veces ocurría —como una vez tuve ocasión de ver— que ella se encogía de hombros, dejándole solo. Pero, ni aun entonces le abandonaba por completo. Lo seguía con la honda mirada, y tan sólo cuando no lograba calmarlo, se retiraba para abismarse en el estudio de nuestro idioma, o jugar con mi hijo, a quien quiere muchísimo y habla en una lengua que el pequeñín no entiende.

También quiso iniciarse en los rudimentos del arpa y en poco tiempo aprendió de mí lo necesario para acompañar su canto con nuestro antiguo instrumento nacional. Cuando canta, su voz es clara y profunda, aunque a nuestros oídos, acostumbrados a las notas delicadas y agudas, produce el efecto de ser suavemente ronca. Basta que cante para que en mi hermano se encienda súbita pasión. No entiendo sus canciones, pero al oírlas noto un oscuro sentimiento de pena.

Como mi madre sigue sin decir palabra, la extranjera parece haberla olvidado por completo. Se la diría absorta en otros pensamientos; sale para dar interminables paseos, sola o en compañía de mi hermano. Aquellos paseos solitarios me asombraban. ¿Cómo era posible que mi hermano le consintiese tanta libertad? Salir sola cuadra muy mal con la modestia femenina, y él, sin embargo, callaba. Y había que oírla hablar, cuando volvía de sus paseos, de las calles por donde había pasado. Se entusiasmaba con ciertas particularidades a las que otra cualquiera no hubiese prestado atención, y de bellezas vistas en lugares extraños.

Por ejemplo, un día volvió muy sonriente, como si la alegrase un íntimo pensamiento. Y cuando mi hermano quiso conocer el motivo, ella le dijo, según supe más tarde:

—He visto la belleza de los dones de la tierra. En la granería, en la calle central, han expuesto en una cestita de mimbre los granos más cálidamente coloreados... maíz amarillo, judías encarnadas, guisantes secos de un hermoso color gris, sésamo de marfil, simientes de soja de un color pálido miel, trigo rojizo, habichuelas verdes..., imposible no detenerse para contemplarlos. ¡Qué tarta podría hacer!

No comprendí con exactitud lo que quería decir, pero ella es así: vive como encerrada en sí misma, y ve bellezas donde otros no pueden verlas. ¿Quién pensó jamás en una granería como ella lo hacía? Es cierto que hay cereales de múltiples colores, pero eso ocurre porque la naturaleza así lo quiere; no hay, pues, razón de asombrarse, puesto que siempre fue así. Para nosotros, una tienda de cereales es un lugar donde compramos cierta mercancía destinada a

ser consumida.

Por el contrario, ella ve las cosas con otros ojos, pero se abstiene de todo comentario. Prefiere preguntar y hacer acopio de nuestras contestaciones.

La vida cotidiana junto a ella me ha inspirado un principio de simpatía. Si la miro, descubro a veces cierta belleza en sus extraños rasgos y en sus maneras. Sin duda alguna, es orgullosa a su manera y tiene los modales bruscos y francos. Por otra parte, mi hermano no siempre es humilde. Lo más curioso de todo es que mientras no toleraría jamás semejante actitud en una mujer china, en ella esos modales le gustan, como si su altivez le diese yo no sé qué punto de delicioso dolor; y su pasión por ella aumenta. Cuando la ve demasiado distraída por sus estudios, o por los juegos con mi hijo da signos de inquietud, la mira furtivamente, luego le habla y, por último, cuando ella no hace ningún caso de él, empieza a poner el gesto hosco de su niñez y se acerca a ella con sumisión, nuevamente vencido. Nunca he visto amor semejante.

Pero llegó un día —creo que fue el vigésimo segundo, después de comparecer ante mi madre— en que ésta llamó a mi hermano con una carta expresada en términos amables, que nos llenó a todos de esperanza. En la carta rogaba a mi hermano que fuese a verla, lo que éste hizo inmediatamente, dejándome con la extranjera en espera de los acontecimientos. Su ausencia no duró más que una hora. Le vimos entrar, dando grandes zancadas, por la puerta central, viniendo al salón donde le esperábamos. Tenía cara de irritación, y al hablar no hizo otra cosa que repetir una y mil veces que estaba decidido a separarse para siempre de sus padres.

Estábamos completamente desconcertadas, y por el momento no comprendíamos nada de lo que decía. Tan sólo tras una paciente labor reconstructiva empezamos a tener una idea aproximada de lo que había ocurrido. Mi hermano se presentó a mamá lleno de sentimientos de ternura y deseos de reconciliación. Pero ella se mostró dura, la conversación fue iniciada con el sentimiento de que mamá no había cedido un ápice. Empezó haciendo destacar su precaria salud:

—No pasará mucho tiempo antes de que los dioses me transfieran a otro ciclo de vida —dijo.

Él se sintió conmovido.

—No diga eso, mamá —replicó—. ¡Todavía tiene que vivir muchos años para sus nietecitos!

Apenas pronunció aquellas palabras, se arrepintió de haberlas proferido.

—¿Nietecitos? —respondió secamente—. ¿Qué otro hijo puede darme nietecitos si no eres tú? Y la hija de los Li, mi nuera, sigue esperando...

Después de estas palabras, mi madre guardó silencio, cortésmente, para exigir a renglón seguido, y sin ambages, que mi hermano se casase con su prometida lo más pronto posible para darle un nietecito antes de morir ella. Mi hermano contestó que ya estaba casado. Con tono irritado, declaró, entonces, que nunca aceptaría una extranjera por esposa de su hijo.

Eso fue todo lo que supimos por conducto de mi hermano. Ignoro qué otras palabras pudieron decirse. Pero Wang-Da-Ma, la fiel sirvienta, que había escuchado escondida tras la cortina, me dijo que entre la madre y el hijo se cruzaron frases excitadas, palabras groseras... «Fue —decía Wang-Da-Ma— como una rápida sucesión de truenos que recorre el cielo.» Mi hermano se mostró paciente hasta el momento en que mi madre le amenazó con hacer que le desheredasen. A esto mi hermano contestó con amargura:

—¿Acaso cree que los dioses le darán otro hijo, repudiando al que ya le dieron? ¿O bien se rebajará usted hasta adoptar el hijo de una concubina?

¡Palabras indignas en los labios de un hijo!

Mi hermano dio fin a la escena saliendo precipitadamente, echando pestes contra los antepasados mientras atravesaba los patios. En la habitación de mi madre hubo un prolongado silencio; luego, Wang-Da-Ma oyó gemir.

Era mi madre, y la sirvienta se apresuró a entrar. Pero mi madre enmudeció inmediatamente, mordiéndose los labios y se limitó a pedirle, con voz como un suspiro, que la ayudase a llegar hasta su cama...

¡Es vergonzoso que mi hermano haya hablado así a mamá! No tiene excusa. En efecto, creo que hubiera debido recordar la edad y dignidad de su madre. Pero no piensa más que en él. ¡Verdaderamente, a veces siento odio por la extranjera que tiene así, entre sus manos, el corazón de mi hermano!

Quise correr a ver a mi madre, pero mi esposo me disuadió:

—Es mejor —dijo— esperar a que te llame. Si fueras por tu propia iniciativa parecería una actitud contraria a tu hermano; y eso, precisamente ahora que come nuestro arroz, parecería descortés.

No me quedaba, pues, más remedio que tener paciencia: ¡y bien saben los dioses que la paciencia es un mísero consuelo para mi corazón ansioso, hermana!

Ayer, la señora Liú vino a visitarnos. Me alegré de verla. El día había sido gris. Continuábamos deprimidos por los acontecimientos del día anterior, el de la tempestuosa conversación entre madre e hijo. Éste se había encerrado en su habitación, mudo, la mirada obstinadamente vuelta hacia la ventana. Intentó distraerse con un libro, pero se cansó pronto, cogió otro y luego otro, pero fue inútil. La extranjera, por su parte, viendo que era inútil intentar consolarle, se

encerró en sus propios libros. Por mi parte, había tomado la decisión de no acercarme a ellos, y a ese objeto me ocupé exclusivamente de mi hijo. La opresión que reinaba en casa era tan fuerte que ni el regreso de mi marido para el arroz del mediodía logró serenar a mi hermano y sacar a la extranjera de su mutismo. Por eso, la llegada de la señora Liú fue como un soplo de aire fresco en el inerte calor de un día estival.

La esposa de mi hermano estaba sentada, meditabunda, con el libro abandonado sobre su regazo. Al ver aparecer a Liú, la miró un poco sorprendida. Desde el asunto de mi madre, nadie había venido a visitarnos. Nuestros amigos conocían el disgusto y, por delicadeza, se abstendían de acudir; ni nosotros les habíamos invitado, ya que no sabíamos cómo presentar a la extranjera. En efecto, yo la llamo esposa de mi hermano por atención a él, pero, legalmente, no es tal, ni lo será mientras mis padres se nieguen a reconocerla.

Pero la señora Liú no se mostró azorada en lo más mínimo. Como si tal cosa, cogió la mano de la extranjera y le espetó un discurso que no comprendí: hablaban en inglés. Ambas reían de vez en cuando. Me sentí estupefacta; parecía como si la extranjera se hubiese reanimado súbitamente. La observé con atención, pensando que debía de tener un carácter curiosamente voluble. Reflexionándolo bien, hay en ella dos personas..., una silenciosa, retraída, y la otra alegre; pero una alegría demasiado intensa para ser verdadera alegría. En cuanto a Liú, me chocó por su desenvoltura, como si no se diese cuenta de nuestra enojosa situación. Cuando se levantó para irse me estrechó la mano, diciendo en nuestro idioma:

—Lo siento. Son unos momentos difíciles para todos.

Se volvió y dijo algo a la otra. Aquello hizo fluir las lágrimas a sus ojos. Las tres nos miramos entristecidas. De pronto, la extranjera se puso en pie y salió rápidamente de la habitación. Liú la siguió con los ojos y dijo, compasiva:

—Es triste para todos. —Luego preguntó—: ¿Se quieren?

Puesto que es franca con mi marido, contesté:

—Mucho, pero eso mata a mi madre. Ya sabe usted que la pobre está muy delicada, incluso cuando se encuentra bien, pero es tanta su edad...

La señora Liú suspiró, agitando la cabeza:

—Lo sé. Días difíciles para los viejos. Entre los ancianos y los jóvenes ya no existe posibilidad alguna de comprensión; están separados, como un afilado cuchillo separa la rama del tronco.

—Es un absurdo —murmuré.

—No es absurdo —contestó—. Es la fatalidad. Y nada hay en el mundo tan triste como eso.

Mientras esperábamos, sin hacer nada, la señal que nos ayudaría a regular nuestra conducta, no logré olvidar a mamá. No hacía más que pensar en las palabras de la señora Liú a propósito de los ásperos tiempos que corrían para los ancianos. Para consolarme, me dije:

«Mi hijo podría visitar a los padres de mi marido.»

Sentía mi corazón enternecido por todos los viejos. Ellos también son viejos y están delicados de salud. Cogí al nene y lo vestí con su larga chaquetilla de raso, parecida a la que llevaba su padre. En la cabeza le puse un sombrero semejante al que lucen los hombres, de terciopelo negro, con una borla encarnada. Se lo habíamos comprado el día de su cumpleaños y le sentaba muy bien. Con un pincel empapado en color rojo le retoqué la barbilla, las mejillas y la frente. Así arreglado, el pequeñín estaba tan guapo que llegué a temer que los dioses le considerasen demasiado hermoso para ser humano, y se sintiesen inducidos a destruirlo.

Incluso la abuela paterna pensó lo mismo que yo. Cuando vio al niño, lo levantó entre sus brazos, estrechándolo contra sus hinchadas mejillas, que temblaban de alegría. No cesó de husmear su fragante cuerpecito, repitiendo con una especie de éxtasis:

—¡Encanto mío, hijo de mi hijo!

Estaba tan conmovida que me reproché no llevárselo con mayor frecuencia. Es verdad que no se quejaba por la decisión que tomamos de quedarnos..., una iniciativa que podía ser añadida a las que Liú mencionó. Sentí piedad por la abuela, que envejecía sin tener el consuelo de su nietecito cerca de ella. Asistía, sonriente, a sus efusiones, cuando de pronto vi que ponía las manos en las mejillas del crío y ladeaba la cabeza a derecha e izquierda, diciendo rápidamente:

—Pero ¿qué veo? ¡No has hecho nada para protegerlo contra los dioses! ¡Vaya un descuido! —Luego, volviéndose a la esclava, exclamó—: Tráeme un anillo y una aguja.

Anteriormente había pensado en perforarle la oreja izquierda para colgarle un pendiente que engañase a los dioses, haciéndoles creer que se trataba de una niña, tal como aconseja una antigua costumbre para proteger al hijo único de una muerte prematura. Pero tú sabes, hermana, lo tiernecitas que son sus carnes. En aquellos instantes, aunque no me atrevía a dudar de la sabiduría de mi suegra, sentí que los pelos se me ponían de punta al pensar en el dolor que mi hijo tendría que pasar.

Pero cuando la abuela tocó el lóbulo de la oreja del pequeñín con la aguja, éste empezó a gritar, poniendo ojos de susto, y haciendo pucheros para llorar. La abuela, al verle aterrorizado, se arrepintió de su idea y murmuró palabras de consuelo, enviando por un hilo de seda encarnada, al que ató el pendiente, suspendiéndolo luego a la oreja del bebé; así evitó tener que perforarle el lóbulo. El nene sonrió, y su sonrisa conquistó nuestros corazones.

Esta visita me hizo comprender, con mayor exactitud todavía, el dolor de mi madre. El verdadero fruto de su vida era aquel nietecito que no había nacido todavía. Pero me sentí dichosa por haber alegrado el corazón de la abuela paterna, y me pareció sentir menos dolor por la suerte de los ancianos.

Mi filial pensamiento de llevar ayer al niño a casa de la abuelita alegró a los dioses, ya que esta mañana llegó una carta de mamá. Estaba dirigida a mi hermano. No hablaba de la reciente escena; únicamente le ordenaba instalarse bajo el techo paterno, afirmando no aceptar ninguna responsabilidad en lo que a la extranjera concernía. Ésta era una cuestión demasiado grave para que ella pudiese decidir; esa responsabilidad recaía en nuestro padre, el cabeza de familia. Mientras tanto, nada se oponía a que mi hermano condujese a la extranjera al domicilio paterno, instalándose con ella en el patio exterior, ya que —aquí concluía la carta— no sería oportuno poner a la extranjera en contacto directo con las concubinas y los niños.

El cambio de actitud en mi madre nos asombró a todos, haciendo renacer la esperanza en mi hermano.

—¡Lo sabía, lo sabía! —no se cansaba de repetir—. ¡Estaba i seguro de que cedería! ¡Al fin y al cabo, yo soy su hijo único!

Le hice observar que mamá no había aceptado a la extranjera, pero no me hizo caso.

—¡Una vez haya traspuesto el umbral de la casa, ya veremos!

No quise desanimarle y me callé. Pero en lo íntimo de mi corazón me decía que nosotras, las mujeres chinas, no aprenderíamos a querer fácilmente lo que no es nuestro. Por eso, lo más probable sería que tuviesen siempre presente a la hija de los Li, en espera de que se consumase el matrimonio.

Hice varias preguntas discretas al mensajero, y éste me dijo que el día anterior mi madre se había sentido muy enferma; tan mal se puso que temió morir. Llamaron a los sacerdotes y fueron recitadas las plegarias del caso; eso hizo que, por último, se sintiese un poco mejor. Por la mañana se reanimó milagrosamente, tanto es así que tuvo fuerzas para escribir de su puño y letra la carta que habíamos recibido.

Inmediatamente comprendí lo que había pasado. Mi madre se vio próxima

a morir, y temiendo que su hijo no volviese a casa, faltando así a sus deberes, había hecho promesa de llamarle para que los dioses le conservaran la vida. Aquello era una gran humillación para ella, y pensarlo me apenaba. Comprendí que debía ir en seguida a verla, y me hubiese puesto en camino de no haberme retenido mi esposo.

—¡Espera! Sus fuerzas apenas serán suficientes para una sola cosa a la vez. Para los que se sienten debilitados por la enfermedad, hasta la simpatía de los demás se convierte en carga.

Tuve que dominarme y ayudar a la esposa de mi hermano en la tarea de hacer sus maletas. Si le hubiese podido hablar libremente, en nuestro idioma, le hubiese dicho:

«Recuerda que mi madre es vieja y está enferma..., y que le han quitado su único bien...»

Pero nada podía decirle... Nuestras conversaciones eran fragmentarias, y nos entendíamos con mucha dificultad.

Mi hermano y su mujer se han trasladado hoy a la casa de los antepasados, donde les han sido preparadas unas habitaciones en los mejores aposentos donde vivía mi hermano durante su infancia. A la extranjera se le ha prohibido entrar y comer en los departamentos de las mujeres. Esto significa que mi madre sigue negándose a reconocerla.

Me alegro de encontrarme otra vez sola con mi marido y el nene. Sin embargo, mi hermano y la extranjera han dejado un vacío como si un poco de vida se hubiese ido de nuestra casa. Como cuando cesa el viento del Oeste, dejando tras él una calma, en la que hay barruntos de muerte. Pienso en los dos ausentes y me los imagino solos en la antigua casa de los antepasados.

Ayer dije a mi marido: —¿Cómo acabará todo esto? Movié dubitativamente la cabeza.

—Que los viejos y los jóvenes vivan juntos, es como hacer chocar el hierro y la piedra de fuego. ¿Quién puede decir cuál de los dos vencerá?

—¿Y qué ocurrirá?

—Preveo el chispazo —contestó gravemente—. Me da lástima tu hermano. Nada más difícil que vivir entre dos mujeres, una joven y otra vieja, entre las dos alternativamente y teniendo que ser amable con ambas.

Se sentó el niño en las rodillas y le contempló pensativo.

No pude adivinar sus pensamientos. En un momento dado, el pequeño apartó un poco los cabellos que cubrían su oreja, orgulloso de enseñar el amuleto que su abuelita le había suspendido.

—¡Mira, papá!

De pronto, olvidamos a mi hermano y a su esposa. Mi marido me miró con ojos de sospecha, llenos de reproches:

—¿Qué significa esto, Kwei-Lan?

—Tu madre quiso... —balbuceé—. Yo no me atreví a...

—¡Tonterías! —exclamó—. ¡Lo primero que debemos procurar es que no metan en la cabeza de la pobre criatura esas estúpidas supersticiones!

Extrajo una navajita del bolsillo y cortó el hilo de seda que sostenía el pendiente. Cuando tuvo el amuleto en la mano, se acercó a la ventana y lo tiró al jardín. El pequeño hizo pucheros, pero mi marido le dijo, riendo:

—¡Sé un hombre como tu padre! ¿Acaso llevo yo joyas como las mujeres? ¡Seamos hombres que no temen a los dioses!

El pequeño sonrió.

Pero, por la noche, recordando esa escena, cierto temor se apoderó de mí. ¿Sería posible que los viejos estén siempre equivocados? ¿Y si los dioses existiesen en realidad? ¡Ah, cómo comprendo el corazón de mi madre!

Capítulo XVII

Durante veinte días me abstuve de visitar a mi madre.

Me sentía cansada e indispuesta, y pensar en mamá y mi hermano aumentaba aún más la confusión de mi cerebro.

No podía pensar en mi marido sin que surgiese la imagen de mi hermano, y cuando cogía al nene entre mis brazos, evocaba inmediatamente a mi madre.

Pero presentarme a ella sin haber sido llamada, en las circunstancias que atravesábamos, me hubiese resultado sumamente embarazoso. ¿Cómo justificar mi visita? En las interminables horas de soledad, pasadas en el silencio de mi casa —tú sabes que el padre de mi hijo trabaja todo el día hasta el anochecer—, mi fantasía se desbordaba. ¿Cómo debía pasar la extranjera aquellos días tan largos? ¿Se habría presentado a mi madre? Y ésta, ¿le habría dirigido la palabra? Desde luego, no ignoraba que las esclavas y concubinas hacían comentarios. ¡Cuántas miradas furtivas en los rincones! La servidumbre debía de echar mano de cualquier pretexto para entrar a ver a la extranjera. En la cocina no se hablará más que de ella, de sus maneras, de su aspecto, de su conducta, de su modo de hablar, y de todos los discursos —

hasta de eso estaba segura— acabarían con lamentaciones por haber dado hospitalidad en la casa a una extranjera, intercalando expresiones penadas por la hija de los Li.

Por último, mi hermano dio señales de vida. Una mañana —estaba yo ocupada en bordar un par de sandalias para mi hijo, pues ya sabes que dentro de siete días es la fiesta de la Luminosa Primavera— la puerta se abrió de pronto y apareció mi hermano sin hacerse anunciar. Llevaba la vestimenta china, y desde que volvió a la patria, nunca le vi tan parecido a los días de su adolescencia. La expresión grave de su rostro era la única diferencia. Se sentó sin saludarme, y empezó a hablar como si prosiguiese una conversación interrumpida horas antes.

—¿Te haces cargo, Kwei-Lan? Mamá está muy débil, creo que la enfermedad la mina poco a poco. Tan sólo sobrevive su voluntad, fuerte como siempre. Por orden suya, mi esposa tiene que vivir en el patio, como una mujer china; y como mi herencia depende de que observemos esta orden, procuramos obedecer lo mejor posible. ¡Pero es muy duro...! ¡Ven a visitarnos con el pequeño!

Se levantó y empezó a recorrer la estancia a grandes zancadas. Al verle tan agitado prometí ir a verles.

Aquella misma tarde, fiel a mi palabra, fui a casa de mamá, con la intención de aprovechar mi paso por los patios para ver a la esposa de mi hermano. Sin embargo, comprendí que nunca me atrevería a demostrar abiertamente a mi madre que iba también por la extranjera. Así, pues, me dije que haría caso omiso de ésta, a menos que me ofreciese sus habitaciones.

Sin detenerme en los patios, fui directamente a la estancia de mi madre. Mientras atravesaba el patio de las mujeres, observé que la segunda dama me hacía señas de que me acercase desde el umbral del portón de la Luna, oculta a medias por una planta de oleandro. Me limité a hacer un movimiento con la cabeza y pasé de largo, pidiendo inmediatamente audiencia a mi madre.

Luego de los saludos rituales, hablamos de mi hijo. Después, haciendo acopio de valor, la miré cara a cara. A pesar de lo que dijo mi hermano, me pareció más bien mejorada, por lo menos no tan enferma como me había imaginado. Por lo tanto, me abstuve de preguntarle cómo se encontraba, pues sabía a ciencia cierta que aquella clase de preguntas la irritaba, aunque su contestación era siempre cortés. Así, pues, me limité a preguntar:

—¿Cómo está su hijo, mi hermano? ¿Ha cambiado mucho durante los años que pasó lejos?

Inmediatamente enarcó las cejas.

—A decir verdad, no he tratado con él ninguna cuestión de importancia. La concierne a su casamiento con la hija de los Li, no podrá ser resuelta hasta que tu padre regrese. En cuanto a mi orden, tan pronto puso los pies en esta casa, de vestirse como todo el mundo, fue estrictamente observada, por lo que deduzco que, poco a poco, se aviene a razones. La verdad, no era muy agradable ver a mi hijo llevando los pantalones de un aguador.

Puesto que ella misma había mencionado el casamiento de mi hermano, pregunté, con fingida indiferencia, a la vez que comparaba una muestra de tela con la seda de mi vestido:

—¿Y qué le parece la extranjera de ojos azules?

Noté que mi madre se envaraba. Tosió y, luego, dijo, con voz indiferente:

—No sé nada de ella. Una vez tan sólo, accediendo a las súplicas de tu hermano para que le permitiese presentármela, la mandé llamar para que me preparase el té. Pero no pude aguantar la expresión bárbara de su rostro y sus manos inexpertas. Es evidente que no sirve para nada, es torpe, y se nota que ignora, incluso, los rudimentos de la galantería para con las personas de edad. Me cansé. Siento indignación cuando trato de olvidar, diciéndome que mi hijo está de nuevo bajo el techo de sus antepasados.

Me extrañó que mi hermano no me hubiese dicho nada de aquello. Con increíble atrevimiento, pregunté:

—¿Puedo invitar a la extranjera a mi pobre casa...? Puesto que aquí la tratan como a una extraña...

Mi madre contestó fríamente:

—¿No has hecho bastante todavía? Mientras viva bajo mi techo no le permitiré que trasponga el gran portón; así aprenderá la reserva conveniente a una gran dama que pretende vivir entre estas paredes. No me importa que toda la ciudad hable de nosotros. La extranjera no conoce ni reglas ni disciplina; necesita aprenderlas. ¡Y no me hables más de ella!

El resto de nuestra conversación la dedicamos a asuntos corrientes. Observé muy bien que mi madre únicamente deseaba hablar de los asuntillos y chismes cotidianos, tales como la salazón de verduras por la servidumbre, el aumento del precio de las telas para vestidos infantiles, de los crisantemos que estaban plantando en el jardín para que floreciesen en otoño. No me quedaba, pues, más que saludar e irme.

Me dirigía hacia la salida, atravesando los portales interiores, cuando compareció mi hermano. Se había acercado a la gran puerta, según me dijo, porque tenía algo que decir al guardián. Pero me di cuenta de que no era más que un pretexto y que, en realidad, fue a la puerta para esperarme. Me acerqué

a él, y al mirarle fijamente observé que la expresión decidida que le convenía en un extraño para mí había desaparecido. Al contrario, parecía confuso y ansioso; esto, unido a la vestidura que llevaba y a su andar con la cabeza inclinada, contribuía a darle el aspecto de escolar que tenía antes de irse al extranjero.

—¿Cómo está tu mujer? —le pregunté rápidamente.

Se mojó los labios, que temblaban, y contestó:

—¡No muy bien, hermana! No podemos continuar esta vida durante mucho tiempo. Estoy viendo que habré de hacer algo..., irme, trabajar.

Enmudeció. Le aconsejé que tuviera paciencia antes de jugarse el todo por el todo. Era un gran paso que mi madre hubiera consentido a la extranjera que se instalase en los patios, y un año pasaría de prisa.

Pero él sacudió la cabeza.

—Mi mujer también empieza a desesperar —dijo con tristeza—. Mientras estuvimos lejos de aquí, nunca perdió los ánimos.

Pero ahora languidece con el transcurso de los días, no se acostumbra a nuestras comidas, y yo no puedo darle otros alimentos. En su país de origen, estuvo acostumbrada a sentirse libre y cortejada; allí la consideraban hermosa, y muchos hombres la deseaban. Era para mí un orgullo decirme que fui yo quien logró llevársela de todos los admiradores.

Pero ahora es como una flor marchita, truncada en un vaso de plata sin agua. Se pasa el día entero sentada, en silencio, con los ojos cada vez más dilatados y febriles.

¿Cómo era posible que mi hermano considerase un mérito el que muchos hombres hubiesen deseado a su mujer?

Entre nosotros, semejante antecedente sería considerado desmerecedor. ¿Y una mujer así podía esperar convertirse en una de nosotras?

Un súbito pensamiento cruzó mi mente.

—¿Acaso piensa volver a su patria? —pregunté con ansiedad.

¡Ojalá fuera así! Sería la única solución. Mi hermano, hombre al fin y al cabo, la olvidaría pronto cuando el mar los separase, y cumpliría con sus deberes. Nunca olvidaré su expresión cuando oyó mis palabras.

—Si decide irse —dijo, mirándome con ojos que echaban llamas—, la acompañaré. —Y luego, con una violencia inesperada—: ¡Si muere en esta casa, dejaré para siempre jamás de ser el hijo de mis padres!

Con suavidad, le reproché el pronunciar unas palabras tan duras. Y él,

sorprendiéndome, en verdad, emití un ronco sollozo, dio media vuelta y se alejó con rapidez. ¿Qué hacer? Durante cortos minutos me quedé inmóvil, contemplando su curvado dorso, hasta que desapareció en el patio donde habitaba; luego, venciendo una última incertidumbre, y siempre temerosa de mi madre, le seguí.

Deseaba ver a la extranjera y, en efecto, la encontré en el patio interior. Llevaba una vestimenta exótica, una larga chaquetilla ceñida, de color azul oscuro, cortada de tal manera que no oprimía su garganta. Cuando llegué, se paseaba excitada, llevando en la mano un libro extranjero cubierto con ricas y sutiles estampas, constituyendo grupos en cada página. Leía, mientras andaba, con la frente surcada de arrugas. Al verme, sonrió y se detuvo para que yo me acercase.

La conversación fue sin interés. Había acabado de perfeccionar sus conocimientos de nuestro idioma y, por tanto, no tuvimos dificultad en entendernos. Me invitó a entrar, pero me excusé: mi hijo estaría esperándome. Ella parecía un poco molesta. Dijo algunas palabras a propósito de cierto enebro muy viejo que crecía en uno de los patios; la joven me entregó un juguete que, al parecer, era para mi hijo. Un objeto de tela relleno de algodón. Le di las gracias y me quedé sin saber qué decir. Hubo una pausa; luego empecé a despedirme, sintiéndome entristecida al pensar que no podía hacer nada para ayudar a mi hermano ni a mi madre.

Cuando quise irme, me cogió una mano y la retuvo entre las suyas. La miré y vi que dos lágrimas fluían de sus ojos, que ella intentó disimular con un brusco movimiento de cabeza. Me sentí apiadada y, no sabiendo qué decir, le aseguré que volvería pronto a visitarla. Intentó sonreír, pero sus labios temblaban.

Así pasó una luna más, y mi padre regresó. Aunque parezca extraño, se interesó inmediatamente por la esposa de mi hermano, que le fue simpática. Por Wang-Da-Ma, supe que apenas franqueó la puerta principal inquirió si mi hermano había conducido a su mujer a la casa. Como le contestaron afirmativamente, cambió de vestido y anunció su visita a mi hermano tan pronto concluyese de comer.

En efecto, compareció muy sonriente y amable, siendo recibido por mi hermano con los signos de respeto que le eran debidos. Inmediatamente comunicó su deseo de ver a la extranjera, y al comparecer ésta, se echó a reír a carcajadas, la observó atentamente y se puso a hacer comentarios en voz alta.

—No está mal para ser una extranjera —dijo de buen humor—. Bien, bien, esto es nuevo en la familia. ¿Habla nuestro idioma?

Mi hermano, molesto por tanta desenvoltura, contestó secamente que se

ocupaba en enseñárselo. Al oír esto, mi padre ríe a más no poder.

—¿Para qué, hijo, para qué? Las palabras de amor suenan con mayor dulzura cuando se las pronuncia en un idioma extranjero, ¡ja, ja, ja!

Mientras se dejaba dominar por aquel exceso de hilaridad, toda la grasa de su cuerpo temblaba.

La extranjera no comprendía las palabras de mi padre —hablaba muy de prisa, con su vozarrón—, pero la jovialidad que demostraba tuvo el efecto de reanimarla y, naturalmente, mi hermano se guardó muy bien de advertirle que el jefe de la familia le estaba faltando al respeto.

Me he enterado de que mi padre la visita con frecuencia, y que bromea mucho sin preocuparse para nada de las conveniencias; le enseña nuevos modismos y maneras de decir las cosas. En cierta ocasión le envió dulces, y en otra, un limonero enano, de esos que se llaman de Buda, en un magnífico jarro verde.

Mi hermano procura estar presente durante estas entrevistas. En cuanto a la extranjera, es una criatura que no se da cuenta de nada.

Ayer, después de saludar a mi madre, fui a las habitaciones de la mujer de mi hermano para hacerle una breve visita; no me atrevía a incurrir en la reprobación de mamá visitándola más reposadamente: eso hubiera podido ser causa de que me prohibiera el acceso, sin más ni más, al patio de la extranjera.

—¿Eres dichosa? —le pregunté.

Sonrió de aquella manera que iluminaba todo su grave rostro.

—Casi —contestó—. Por lo menos las cosas no han empeorado. No he vuelto a ver a la madre de mi marido desde la vez en que hube de prepararle el té... Pero mi suegro viene a verme casi todos los días.

—Es necesario ser paciente —dije—. Llegará el día en que mi augusta madre acabará cediendo.

La expresión de su rostro se endureció.

—¡Como si yo hubiera cometido un pecado! —dijo con voz ronca y vibrante—. ¿Acaso es pecado amar y casarse? El padre de mi marido es el único amigo que tengo en esta casa. ¡Es amable conmigo! Y preciso de amabilidad, créeme.

No podré aguantar durante mucho tiempo esta opresión.

Con un ligero movimiento nervioso de su cabeza echó atrás los cabellos cortos y rubios que le caían sobre la frente.

En sus ojos leí una expresión encolerizada. Vi que miraba hacia los otros

patios, y seguí la dirección de sus ojos.

—¡Míralas, ahí están otra vez! —exclamó—. Para ésas yo soy como un juguete, ¡no puedo resistir que me miren así! ¿Por qué vienen siempre a curiosear y señalarme con el dedo?

Al hablar así me indicaba con la cabeza el portón de la Luna, donde se habían agrupado las concubinas, y media docena de esclavas con sus niños; pero se veía claramente que miraban en dirección a la extranjera, riendo entre ellas, indiferentes a mi expresión reprobadora, fingiendo no verme. Por último, la extranjera me obligó a entrar, de un empujón, en la estancia, cerrando la puerta en la nariz de las curiosas.

—¡No puedo aguantarlas! —dijo furiosa—. ¡No entiendo lo que dicen, pero sé que hablan de mí desde por la mañana hasta la noche!

Intenté calmarla:

—No prestes atención. Son muy ignorantes.

Pero ella sacudió la cabeza.

—¡Esto ya va durando demasiado! ¡No puedo más! Frunció el entrecejo y calló, absorta en sus pensamientos. Yo también guardaba silencio, a su lado, en la amplia habitación donde reinaban las sombras. Por último, ya que no acertábamos a decirnos nada, miré a mi alrededor. Se podía ver que había verificado algunos cambios en el local, para darle un aspecto lo más occidental posible. Observé algunos detalles extraños. Por ejemplo: en las paredes había colgado, sin orden ni concierto, algunos cuadros, y entre ellos varias fotografías con marcos. Al darse cuenta de que los miraba, su rostro se suavizó.

—Éstos son mis padres —dijo—, y aquéllas mis hermanas.

—¿No tienes hermanos?

Sacudió la cabeza, contrayendo un poco los labios.

—No, ¡pero qué más da! Nosotros no somos una gente que únicamente se preocupa de los hijos.

No comprendí. Me levanté para mirar los cuadros. El primero reproducía a un anciano de aspecto grave, con una barbita blanca en punta. Sus ojos eran como los de la extranjera, tempestuosos, con los párpados hinchados. Tenía la nariz puntiaguda y calva la cabeza.

—Mi padre es profesor de la Universidad donde encontré por primera vez a tu hermano —dijo, mirando la fotografía con nostalgia—. Al verle en esta habitación, me parece fuera de lugar —añadió en voz baja y temblorosa—. ¡Pero lo que, al principio, no podía mirar es la fotografía de mi madre!

Se puso en pie y habló a mi lado: yo, comparada con ella, resulto de muy corta estatura. Separó sus ojos de la segunda fotografía, se sentó, cogió de encima la mesa un retazo de tela y se puso a bordar. Nunca la había visto dedicada a aquel trabajo, y me extrañó la curiosa cajita de metal en que introducía la yema de su dedo; era algo muy distinto de nuestros dedales constituidos por un anillo apropiado al dedo medio. Manejaba la aguja como un cuchillo. No dije nada y curioseé la fotografía de su madre, una mujercita delicada, no exenta de cierta gracia, a pesar de la manera poco decorosa de peinar sus blancos cabellos, en forma de aureola. La hermana de la extranjera tenía un parecido extraordinario con su madre, aunque aparecía muy joven y sonriente.

—¿Tienes muchos deseos de ver otra vez a tu madre? —pregunté discretamente.

—No. Ni tan siquiera puedo escribirle.

—¿Y por qué?

—Porque estoy viendo que todos sus temores a propósito de mi casamiento se cumplen. ¡Ni por todo el oro del mundo quisiera que me viese aquí! Si le escribiese leería la verdad entre líneas. Por eso no le he escrito desde que llegué. En nuestro país, todo aparecía de una manera muy distinta, magnífica; mi novela de amor. Y yo..., naturalmente, tú no sabes hasta qué punto llegaba mi marido a ser el tipo de perfecto enamorado. Me hablaba con cálidas palabras, mucho más originales e interesantes que las de todos mis otros enamorados..., éstos, comparados con él, me daban la impresión de ser fastidiosos y vulgares. Un amor expresado como tu hermano lo hacía era una novedad. ¡Pero mi madre no se sentía muy tranquila, y nunca logramos hacerle perder el miedo!

—¿De qué tenía miedo? —pregunté, perpleja.

—Que yendo tan lejos no fuese yo dichosa, y que los padres de mi marido no aprobaran el casamiento y procurasen hacerme la vida imposible. ¡Y eso es precisamente lo que ocurre! Ignoro a ciencia cierta cómo, pero me parece haber caído entre las mallas de una red. Aquí, confinada entre estas cuatro paredes, mi imaginación vuela. ¿Qué dicen todos los que me rodean? ¿Qué piensan de mí? Quisiera leer en sus rostros, pero no lo consigo. ¡Son tan impasibles! Por la noche, hasta me da miedo... A veces veo la cara de mi marido como las demás, lisa, imperturbable. Allí, en mi país, parecía uno de los nuestros, pero un poco más fascinador; una amabilidad como no había conocido nunca. ¡Pero aquí...!

Hay momentos en que me parece verlo cómo se desvanece en las sombras de este extraño mundo. Hasta parece que me huye... ¿Cómo diría...? Siempre

estuve acostumbrada a oír expresar con franqueza los sentimientos. ¡Ah, la alegría de vivir! Aquí, por el contrario, todo es silencio, reverencias, miradas oblicuas. Me importaría poco no gozar de libertad, si, por lo menos, supiese lo que todo esto oculta. ¿Sabes? En cierta ocasión, en mi país, dije que por amor a tu hermano estaba dispuesta a hacerme china u hotentote. ¡Pues bien, no puedo, me es imposible! ¡Seré americana hasta la muerte!

Se desahogaba en mí, con rostro confuso y ademanes convulsivos, tan pronto en su idioma como en el nuestro. Nunca imaginé que pudiera haber en ella tantas ideas inexpresadas. Habló con la fluidez del agua que mana de una roca. Jamás vi a una mujer mostrando su corazón tan al desnudo. Grande era mi turbación, y a esto se unía una vaga sensación de piedad. Estaba allí, pensando en lo que podría contestar, cuando mi hermano compareció de la contigua habitación y, sin prestarme atención, se acercó a la extranjera. Se arrodilló a su lado, le cogió las manos, que ella había dejado caer en su regazo, y se las llevó a las mejillas, inclinando la cabeza como si lo hubiese oído todo. Yo me quedé indecisa, no sabiendo si debía irme. Por último, mi hermano elevó hacia ella su rostro descompuesto y murmuró, con cierta dificultad:

—Mary, Mary, nunca te oí hablar así. ¿Acaso ya no tienes confianza en mí? En tu país me decías que adoptarías mi nacionalidad, compartiéndola conmigo. Si no puedes..., si te es imposible..., pues bien, a fin de año nos jugaremos el todo por el todo y me haré americano como tú. ¡Y si eso no fuese posible, nos iremos a otro país, adoptaremos otra raza, qué más da, con tal de estar juntos..., y que nunca puedas dudar de mí, ni de mi amor!

Comprendí estas palabras porque mi hermano habló en chino. Luego, empezó a murmurar frases en otro idioma y ya no pude entender lo que decía. Pero vi que la extranjera sonreía, y comprendí que por amor a mi hermano estaba dispuesta a cualquier cosa. Inclinó su cabeza sobre el hombro de él y los dos callaron, palpitantes. Me sentí avergonzada y retíreme, encontrando cierto alivio en el hecho de reñir a las esclavas que curioseaban ante la cancela. No podía, naturalmente, echar una filípica a las concubinas de mi padre, pero tuve cuidado en recalcar ciertas expresiones que dije a las esclavas, dirigidas también a las otras. Ninguna de las concubinas comprendía que aquélla era una curiosidad indigna y descarada. La más gorda, que masticaba un caramelo, dijo, chasqueando la lengua:

—¡A una persona tan ridícula y de aspecto tan extraño, no le debe asombrar que la miren y se rían a su espalda!

—Esa mujer es humana y tiene los mismos sentimientos que nosotras — contesté con toda la fría severidad de que fui capaz.

Pero la concubina se limitó a encogerse de hombros, y continuó masticando, secándose los dedos en las mangas con mucho cuidado.

Me fui encolerizada, y al llegar cerca de casa me di cuenta de que mi cólera era más bien en favor de la esposa de mi hermano que en contra.

Capítulo XVIII

Y ahora, hermana, ha ocurrido lo que no deseábamos; ¡la extranjera está en estado! Lo sabía desde varios días antes, pero no lo dijo a mi hermano hasta ayer, con cierta curiosa reserva. Éste vino inmediatamente a comunicármelo.

El caso no es para festejarlo. Mi madre acogió la noticia metiéndose en cama, y se encuentra tan mal que es incapaz de levantarse. Sus temores, horrorosos temores, se han cumplido, y su frágil cuerpo no soporta fácilmente las impresiones fuertes. Tú sabes lo mucho que ella deseó para la familia el fruto primero del amor de mi hermano. Y ahora, en vista de que su deseo no se cumple, mi hermano ya no tiene valor alguno para ella, y ha perdido todo interés por el futuro niño, que nunca podrá serle presentado como el esperado nietecito.

Sabiendo que no se encontraba muy bien, fui a verla, y la encontré, rígida e inmóvil, en su lecho. Tenía los ojos cerrados y no los abrió más que para reconocerme, volviéndolos a cerrar en seguida. Me senté suavemente a su lado y esperé en silencio. De improviso, como ocurrió la otra vez, su rostro cambió hasta el punto de adquirir el color de la muerte, y su respiración hízose fatigosa. Impresionada, di unas palmadas para llamar a las esclavas, y súbitamente compareció Wang-Da-Ma con la pipa de opio encendida y humeante. Mi madre la cogió, empezó a chupar con desesperación y, al poco rato, pareció un poco aliviada.

Lo que vi me trastornó. Era evidente que aquel malestar era una cosa diaria, puesto que la pipa de opio estaba dispuesta junto a la encendida lámpara. Cuando pretendí hablar, mi madre dijo:

—¡No es nada; no me molestes!

No quiso decir nada más. Me quedé aún cortos instantes a su cabecera; luego, haciendo una reverencia, me retiré. Al atravesar el patio de la servidumbre pedí explicaciones a Wang-Da-Ma. Ésta movió la cabeza.

—La primera dama sufre de estos ataques diarios, y, a veces, son más que los dedos de mi mano. Durante estos últimos años también sufrió de ataques parecidos, pero eran más raros y, en realidad, ocasionales. Únicamente en estos últimos tiempos, a causa de los disgustos que le da la familia, son más frecuentes. Procuero estar siempre cerca de ella, y le veo un rostro cada vez más lívido. Por la mañana, cuando le llevo el té, la encuentro descompuesta.

Hasta hace unos días la sostuvo un resto de esperanza. Pero ahora ésta ha desaparecido a su vez, y se inclina como un árbol cuyas raíces están muertas.

Con la punta del delantal azul se secó los ojos y suspiró.

¡Ah, sé muy bien, demasiado bien, en qué consistía esa esperanza que seguía animándola! Wang-Da-Ma no dijo nada, pero yo volví a casa y lloré. Conté todo a mi marido, suplicándole que me acompañase a ver a mi madre. Pero él me aconsejó que esperase.

—Forzarla o irritarla sería peor. Cuando el momento te parezca oportuno, aconséjale que se haga auscultar por un médico. Tu responsabilidad ante una anciana te impone esta obligación.

No ignoro que mi marido tiene siempre razón. Pero no logro librarme del presentimiento de una inminente desgracia.

En cuanto a mi padre, parece contento de que la extranjera vaya a ser madre. Cuando se enteró, exclamó:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ahora tendré un pequeñín extranjero con quien jugar! ¡Vaya, vaya! ¡Un juguete nuevo! ¡Le llamaremos Pulgarcito y nos divertirá a todos!

Estas palabras las acogió mi hermano con un gruñido. Era evidente que en su corazón empezaba a sentir odio por su padre.

En cuanto a la extranjera, parecía haber enviado a pasear su negro humor.

Cuando la fui a ver para felicitarla, estaba tarareando una canción extraña y áspera. Le pregunté qué era y me contestó que una canción de cuna. Me pareció que ninguna criatura podría dormir oyéndola. Parecía como si hubiese olvidado su desahogo conmigo. Se diría que el amor entre ella y mi hermano se fortaleció, y ahora no hace más que pensar en el pequeño, que no tardará en nacer.

En mi fuero interno siento impaciencia por ver al niño extranjero. Estoy segura de que no puede ser tan guapo como el mío. Si fuese un niño con los cabellos rubios como su madre... ¡Ah, pobre hermano!

La infelicidad de mi hermano es tanto mayor cuanto más vivo es su deseo de legalizar el estado de su esposa, ahora, sobre todo, que espera a un hijo. Cada día, hablando con mi padre, hace alusión al particular. Pero éste cambia de conversación, sonriendo, y charla de futesas. Mi hermano dice que durante la próxima fiesta someterá el caso al juicio de toda la familia, reunida en el gran atrio, ante las tablillas sagradas de nuestros antepasados, para que su hijo venga al mundo legalmente, como primogénito. Claro está que si se tratase de una niña la cosa no tendría importancia, pero nunca se sabe lo que el porvenir reserva.

Estamos en la undécima luna del año; la nieve cubre la tierra, los bambúes del jardín..., álgido mar de blancas ondas, que apenas se mueven en la brisa, gimiendo bajo el peso blanco. El embarazo de la esposa de mi hermano progresa, en la casa de mi madre la atmósfera es densa, mientras esperan..., ¿el qué...?, no podría decirlo con precisión.

Esta mañana, al levantarme, vi los árboles desnudos y negros bajo el cielo gris. Mi despertar fue brusco, como ocurre cuando se tiene un sueño ansioso. Y, sin embargo, no había soñado nada. ¿Qué significa nuestra vida? Está en las manos de los dioses, y nosotros no conocemos nada, salvo el miedo.

He intentado analizar el motivo de mi sobresalto. ¿Es a causa de mi hijo? Pero es un leoncillo, habla como un rey y el mundo entero le obedece. Únicamente su padre se atreve a desobedecerle, riendo. Y yo... ¡Yo soy su esclava y él lo sabe! Lo sabe todo, el bribonzuelo.

No, no se trata de mi niño. ¿Entonces? De cualquier modo que me formule la pregunta, no logro dominar mi inquietud; es el presentimiento de una desgracia que está a punto de caer sobre nosotros. Espero que los dioses se decidan a revelarnos sus deseos, convencida de lo malévolos de éstos. ¿Y si se tratase, al fin y al cabo, de mi hijo? Porque no consigo deshacerme de este vago temor, a causa de la actitud de su padre con respecto al amuleto de la abuela.

¿Y el padre? Se ríe. ¿Acaso el niño no está sano y fuerte? No se contenta con el pecho; ahora quiere arroz y los palillos tres veces al día. Le estoy cebando, pero está hecho un hombre. Ah, no; ningún otro niño puede competir en vigor con mi hijo.

Mi madre se debilita cada día más. Papá, para escapar a las instancias de mi hermano en favor de su esposa, se fue a Tien-Tsin para ciertos asuntos. Desde hace varias lunas no se le ve por casa. Y, sin embargo, se aproxima la amenaza, y sería conveniente que regresase. Mi padre no se preocupa de nada más que de sus placeres, pero esto no debería ser motivo para olvidar que, ante los cielos, representa a la familia. ¿Escribirle? No me atrevo, simple mujer atemorizada, a molestarle con mis presentimientos que, a lo mejor, no son otra cosa que temores supersticiosos.

Pero, si son supersticiosos, ¿por qué no concluye la opresiva tensión de esta espera?

He comprado incienso y lo quemé ante Kwan-yin a escondidas, por miedo de las burlas de mi marido. Está bien que no se crea en los dioses cuando nada turba nuestro espíritu; pero cuando el dolor cae en una casa, ¿a quién recurrir...? Supliqué a la diosa antes de que mi hijo naciese, y la diosa me oyó.

Estamos a punto de entrar en la duodécima luna. Mi madre yace, inmóvil,

en su cama. Empiezo a creer que nunca más se levantará. Le sugerí que llamase a los médicos y ha cedido por fin..., sin duda para que no siga importunándola.

Chang, el célebre médico astrólogo, vino. Luego de recibir, en pago, cuarenta onzas de plata, prometió curarla.

Todos conocemos su sabiduría, y esta promesa nos tranquiliza.

Pero yo me pregunto cuándo empezará la tan esperada mejoría. La enferma no hace más que fumar opio desde por la mañana hasta la noche, para aliviar los dolores que la afligen; y, sumida en su somnolencia, apenas habla. Su color se ha vuelto amarillo terroso; la piel está pegada a los huesos, seca y sutil como el papel. Le he sugerido que se deje cuidar por mi marido, a la manera occidental, pero no quiere saber nada de eso. Murmura que, aunque en un tiempo fue joven y ahora es vieja, no por eso se dejará someter a tratamientos bárbaros. Cuando hablé de mamá a mi marido, éste movió la cabeza... Y por este movimiento comprendí que él también está seguro de que no tardará en entrar en la Terraza de la Noche.

¡Oh, madre mía, madre mía!

Mi hermano no habla, se consume. Se pasa los días enteros en sus habitaciones, mirando al vacío y frunciendo el ceño; y cuando vuelve en sí, es tan sólo para prodigar ternuras a su mujer. Los dos se han creado una existencia personal, alejados en un mundo donde no existen más que ellos dos y el hijo que ha de nacer.

Desde hace algún tiempo, un trenzado de bambú colocado contra la cancela de la Luna evita las miradas curiosas de las mujeres.

Cuando le hablo de mamá, mi hermano se hace el sordo y se limita a decir, como un niño caprichoso:

—¡No la perdonaré nunca; no puedo perdonarla!

Nunca, en toda su vida, tuvo mi hermano que soportar una negativa. ¡Y ahora no puede perdonar a su madre!

Durante muchas semanas se mostró reacio a visitarla.

Pero ayer, por fin, acabó cediendo a mis angustiosas súplicas, y consintió en verla. Entró conmigo en la habitación, pero no hizo ningún saludo. Obstinadamente silencioso, miró a mi madre, y ella, en un momento dado, abrió los ojos y le miró con fijeza, sin decir una palabra. Pero cuando nos retiramos pude observar que la vista de aquel rostro descompuesto le había conmovido el alma. Probablemente creyó que mi madre se mantenía recluida en sus habitaciones tan sólo por enfado con él; pero al verla, se dio cuenta de que estaba verdaderamente enferma, y que no curaría nunca. Así es que ahora

—Wang-Da-Ma me lo ha contado— se acerca cada día a la cabecera de su madre y le ofrece una taza de té con las dos manos, sin moverse. La primera vez, la enferma se incorporó para darle las gracias, pero desde que supo el estado de la extranjera, no ha vuelto a abrir la boca.

Mi hermano ha escrito una carta a mi padre, y mañana el jefe de la familia vendrá.

Hace varios días que mamá está sumergida en un pesado sueño muy distinto del sueño que conocemos.

Chang, el médico, abrió los brazos y dijo:

—Si el cielo ordena la muerte, ¿quién soy yo para oponerme al destino supremo?

Embolsó el dinero que se le debía, ocultó las manos en sus amplias mangas y se fue. Entonces corrí en busca de mi marido y le supliqué que acudiese: la enferma no ve nada de lo que ocurre a su alrededor, y no hará objeción alguna. Al principio, mi marido no quería saber nada, pero insistí, y por primera vez pudo ver a mi madre enferma.

La visita le conmovió como en ninguna otra ocasión pude observar. La miró durante un buen rato, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y, por último, salió.

Durante un momento temí que se encontrase mal, pero a mis angustiadas preguntas se limitó a contestar:

—Demasiado tarde. No puedo hacer nada.

Luego, de pronto, se volvió hacia mí, exclamando:

—Se parece tanto a ti, que creí estar viéndote muerta.

Y lloramos los dos.

Voy al templo dos veces al día, donde no había puesto los pies desde que nació mi hijo.

No sentía la necesidad de pedir nada a los dioses, puesto que tenía todo lo que podía desear. Pero se ve que los dioses, enfadados por mi defección, me castigan golpeando a mi madre. El dios a quien ruego con mayor devoción es el de la larga vida, ante el cual puse ofrendas consistentes en carne y vino. He prometido entregar al templo cien hilos de plata.

Pero el dios no me oye. Sentado, inmóvil tras su cortina, no me ha hecho saber, tan siquiera, si acepta mis ofrendas.

¡Tras el velo, los dioses se confabulan contra nosotros!

¡Hermana, oh, hermana! ¡Los dioses han hablado, por fin, revelándose con toda su perversidad! ¡Mira, mira, hermana, mis vestidos de burda tela! ¡Mira los vestidos blancos de luto, que lleva mi hijo! ¡Por ella vestimos de luto, por mi madre muerta!

Yo velaba a su cabecera. La medianoche había sonado; ella yacía inmóvil, sin cambiar de postura desde hacía diez días: una estatua de bronce. No comía ni hablaba; su espíritu había oído ya las voces imperiosas. No vivía en ella más que su fuerte corazón, pero también se debilitaba poco a poco. Poco antes del alba me apercibí, con súbito terror, de que algo había cambiado en ella. Batí palmas llamando a la esclava de servicio, y la envié en busca de mi hermano, que velaba en su cuarto, dispuesto a acudir tan pronto le llamasen.

Apareció instantes después, miró a la enferma y murmuró casi con miedo:

—Se acabó. Manda alguien a las habitaciones de papá.

Hice un signo a Wang-Da-Ma que, en pie, junto al lecho, se secaba los ojos. Una vez salió la sirvienta, nos cogimos de las manos llorando y gimiendo. De pronto, nuestra madre pareció despertar: volvió la cabeza y nos miró fijamente. Luego levantó los brazos, como si elevase un gran peso, y emitió dos profundos suspiros. Sus brazos cayeron inertes, y su espíritu voló, silencioso e impenetrable, como durante su vida.

Llegó mi padre, todavía adormilado y con los vestidos en desorden. Cuando le comunicamos la desgracia, se quedó como aturdido, mirando a la muerta. Era visible que sentía miedo —siempre la temió— y empezó a llorar como una criatura, vertiendo lágrimas fáciles y pueriles.

—¡Una buena mujer! —exclamó—. ¡Ah, sí, una buena mujer!

Mi hermano le alejó suavemente, con palabras de consuelo, y ordenó a Wang-Da-Ma que me trajese vino.

Quedé a solas con mi madre, absorta en la contemplación del mudo rostro, que iba adquiriendo la rigidez de la muerte. Yo era la única que comprendía, y las lágrimas fluyeron, abundantes, de mi corazón. Por último, corrí las cortinas para evitar las miradas de los extraños, y la abandoné a la soledad en que siempre vivió.

Rociamos el cadáver de esencia, lo envolvimos en una larga gasa de seda amarilla, y, por último, lo depositamos en uno de los dos grandes ataúdes cavados en inmensos troncos de árboles de alcanfor, dispuestos para ella y mi padre desde que murió la abuela. En los ojos de la muerta pusimos las piedras sagradas de jade.

El gran ataúd fue sellado. El astrólogo vino y le consultamos acerca del día más favorable para los funerales, el astrólogo escudriñó los libros de las

estrellas, descubriendo que el día exacto es el sexto de la sexta luna de año nuevo. Luego llamamos a los sacerdotes, que acudieron ataviados con sus vestidos amarillos y escarlata. Al son de la música fúnebre la condujimos al templo, en espera del día para el entierro.

Actualmente yace en el templo, bajo los ojos de los dioses, en el silencio y el polvo de los siglos. Ni un ruido interrumpe su sueño eterno. Únicamente resuenan los cantos fúnebres de los sacerdotes al amanecer, cuando llega el crepúsculo y durante la noche. De vez en cuando, el son de los gongos del templo.

Capítulo XIX

¿Es posible, hermana, que hayan pasado cuatro meses?

Mi vida sigue su curso, pero no soy la misma de antes. En mis cabellos luzco los cordones blancos del luto de mi madre. Los dioses me separaron de mi manantial..., de la carne que dio vida a la mía, de los huesos de que están hechos los míos.

El recuerdo de lo irreparable me hace sangrar de dolor.

Sin embargo, pienso: puesto que el cielo no quiso que se cumpliera el último deseo de mi madre, ¿no ha sido éste misericordioso al llevársela del mundo, alejándola de esta vida que ella no habría logrado comprender nunca? Tiempos difíciles para los que vivimos, ¿cómo hubiese soportado ella los acontecimientos?

Te lo diré todo, hermana: Apenas había salido el cortejo fúnebre por la puerta principal, cuando las concubinas se enzarzaron en una violenta discusión para saber a quién correspondía el rango de primera dama de la casa. Todas deseaban vestir aquellos trajes de tela color rosa, que estaban prohibidos a las de su condición, así como el privilegio de salir por la puerta principal el día de sus funerales. Tú ya sabes, en efecto, que los ataúdes de las concubinas deben salir por una puerta lateral.

Había que verlas, pavoneándose y rivalizando entre sí para atraerse las miradas de mi padre.

Debo hacer excepción de La-May. Durante estos últimos meses vivió en una de las propiedades agrícolas de la familia.

Al morir mi madre, y con todo el trastorno consiguiente, olvidamos comunicarle inmediatamente la noticia, que le fue notificada, diez días más tarde, por el mayordomo de mi padre. La-May vivió retirada durante todo

aquel tiempo con la única compañía de su hijo y los siervos; no hizo nada para reconquistar a mi padre, ni aun cuando supo que éste había renunciado a su proyecto de adquirir una nueva concubina.

Mi padre, en efecto, se cansó pronto de su nuevo capricho. La nueva concubina, pensó, no vale el dinero que piden por ella. Pero La-May no podía olvidar que concibió el deseo de otra, y nunca quiso oír hablar de reunirse con él; mi padre odiaba el campo y, por eso, nunca fue por ella.

Al enterarse de la muerte de mi madre, La-May vino inmediatamente. Su primer pensamiento fue visitar el templo donde se conservaban sus restos mortales. Durante tres días, rechazando todo alimento, lloró en el templo. Cuando Wang-Da-Ma me explicó este detalle me apresuré a ir al templo, levanté a la llorosa y me la llevé a casa. La-May está cambiada por completo. Ya no es la muchacha alegre y vivaz de antaño; las siete elegancias de sus vestidos no son más que un recuerdo. No se pinta los labios exangües, que trazan una línea en su pálido rostro; apenas habla, es gris. Lo único que sobrevive es su desdén. Al saber que las concubinas litigaban entre sí, frunció los labios con desprecio.

Es la única a quien no le importa un ápice ser la primera.

No habla de mi padre. Alguien me contó que amenazaba con envenenarse si éste se atrevía a acercarse a ella; el amor de antaño se ha convertido en odio.

Cuando le hablé de la mujer extranjera con quien se había casado mi hermano, no abrió la boca, como si no me oyese. Pero como insistí, me escuchó fríamente y, por último, comentó, con voz fina y tajante:

—¿Para qué hablar y ocuparse de algo que se sabe de antemano como ha de acabar? ¿Acaso el hijo de tal padre puede ser fiel? Hoy está muy enamorado, pero ya sé cómo van esos asuntos. Espera a que nazca su primer hijo, y la madre pierda la belleza como un libro las tapas. ¿Por ventura crees que se entretendrá en leer las páginas de ese libro, incluso si no hablan más que de amor?

Y se desinteresó de la cuestión. Vivió cuatro días con nosotros sin mencionar para nada a mi padre; en ella murieron la alegría y el amor que en un tiempo sintiera. Está irritada contra el mundo entero, pero es una cólera sin fuego, sin motivo, fría como la de una serpiente, y llena de veneno. Llegó a darme miedo; de esto no hablé a mi marido hasta el día en que se fue.

Me cogió la mano, la retuvo entre las suyas y, por último, dijo:

—Es una mujer desengañada. Nuestras viejas usanzas han tenido a la mujer en muy poca consideración, y La-May es de las que aman con facilidad, pero se adaptan difícilmente.

¡El amor es una cosa terrible si su vena no se derrama, pura y libre, de corazón a corazón!

En cuanto a las concubinas, no se podía decidir nada mientras la mujer de mi hermano no fuera legalmente reconocida. En efecto, correspondía a la esposa legítima de mi hermano asumir el rango de señora de la casa. Los Li, a la hija de quienes mi hermano fuera prometido, contribuyeron a que la situación fuese todavía más delicada, al insistir en que la boda se celebrase cuanto antes.

Naturalmente, mi hermano se guardó bien de comunicar este detalle a la extranjera; pero yo lo sabía y me daba cuenta de su ansiedad a causa de todas las complicaciones que surgían. Mi padre había recibido a los delegados de la familia para concertar el casamiento, y mi hermano, que no los vio, tuvo que oír cómo su padre repetía con fingida indiferencia y grandes risotadas, las proposiciones de aquéllos. Estas conversaciones concernientes al casamiento eran para él, que desde la muerte de mamá estaba más enamorado que nunca de su esposa, como puñaladas. A veces, es cierto, se golpeaba el pecho gritando y reprochándose el haber acelerado la muerte de nuestra madre. Entonces, la extranjera, que nunca quiso a la difunta, mostraba gran ternura, y aquella juiciosa criatura escuchaba pacientemente las palabras de remordimiento de su marido, e intentaba desviar sus tristes pensamientos hablándole del hijo que esperaban. Cualquiera otra, menos comprensiva e inteligente, se hubiera enfadado. Pero ella... Apenas empezaba él a exaltar las virtudes de su madre, ya estaba ella dispuesta a unir sus elogios, sin nunca reprocharle el comportamiento de la difunta con ella. Incluso, un día, llegó a elogiar con mayor convicción todavía que su marido la fuerza de alma de la finada que, sin embargo, había sido su enemiga.

Así, mi hermano desahogaba el dolor, y en el vacío que su madre dejara, se infiltraba, perfecto, el amor de su mujer.

Pasó una temporada en que apenas les vi. Parecía como si viviesen en un lejano país. Cuando iba a visitarles, me acogían con efusión, pero en seguida se olvidaban de mí. No tenían ojos más que para mirarse, e inconscientemente se buscaban, inquietos, cuando en la misma habitación algo les separaba.

Creo que fue durante aquellos días cuando mi hermano empezó a ver con claridad la línea de conducta que debía seguir.

Se calmó, y en su alma se confirmó el propósito de sacrificarlo todo por su mujer. Verdaderamente, al verles me sentía conmovida. Si les hubiese visto así antes de casarme, me habría escandalizado, por lo poco digno que me hubiera parecido su comportamiento. En aquellos tiempos yo creía que las efusiones amorosas tan sólo se demostraban a las concubinas y esclavas.

¡Y es todo lo contrario...! ¿Ves cómo las enseñanzas de mi marido me han cambiado? Yo no sabía nada de nada antes de conocerle.

Así, aquella pareja, mi hermano y la extranjera, vivían esperando el porvenir.

Sin embargo, mi hermano no era completamente feliz. Ella sí; la extranjera se sentía dichosa. Ya había dejado de importarle no pertenecer a nuestra familia. Esperaba su hijo, y este solo pensamiento bastaba para hacerle olvidar todas las penas. Para ella, no había en este mundo más que su marido y el pequeñín. Al sentir cómo éste se movía en su seno, me decía:

—Él me enseñará. De él aprenderé a pertenecer al país y a la raza de mi marido. Gracias a él sabré cómo era su padre desde que nació hasta convertirse en un hombre. Ocurra lo que ocurra, ya no estaré sola.

Y a su marido:

—Poco me importa que tu familia me reciba o no. Tu sangre y tu vida están en mí, la madre de tu hijo.

Mi hermano no se sentía contento. Reconocía un cambio en los sentimientos de su mujer, pero no lograba dominar su cólera contra papá. Me decía:

—Yo y mi mujer podríamos vivir solos e independientes, pero no es justo que se prive de su herencia al pequeño. No tenemos derecho.

¿Qué podía yo contestarle?

Se acercaba el día del nacimiento; mi hermano, que contaba las horas que faltaban para ser padre, fue a ver al jefe de nuestra familia para obtener de él que reconociese formalmente a su mujer. Y he aquí, hermana, el resultado de la entrevista.

Como más tarde me contó, entró en las habitaciones de mi padre procurando alentarse con la simpatía que el jefe de la familia demostró sentir por la extranjera. Mi padre no fue, precisamente, correcto y amable, pero mi hermano se decía que sus exuberantes manifestaciones con la extranjera eran debidas a un sentimiento de benevolencia. Se inclinó ante mi padre y dijo:

—Honorable padre; ahora que la primera dama, mi muy honorable madre, se fue a la residencia del Manantial Amarillo, yo, vuestro hijo indigno, os ruego tengáis la bondad de escucharme.

El jefe de nuestra casa estaba sentado a la mesa. Asintió con la cabeza, sonriendo, y, con expresión benigna, se sirvió un vaso de bebida de una garrafita de plata. Se llevó a los labios la minúscula copa de jade y paladeó delicadamente el vino, sin contestar.

Animado, mi hermano prosiguió:

—La pobre flor extranjera aspira a que se arregle su situación en nuestra familia. Según las leyes de Occidente, estamos legalmente casados y ella es mi primera dama. Ahora desea que le sea dada, a su vez, la sanción de las leyes de nuestro país. Esto es doblemente importante, puesto que espera dar a luz a su primer hijo.

»La anciana primera dama nos ha abandonado, y de su pérdida no nos consolaremos jamás. Pero ahora ocurre que la primera dama de vuestro hijo no está ni tan siquiera colocada en el orden justo de las generaciones. Por eso, y nada más que por eso, la flor extranjera desea figurar entre nuestras mujeres y pertenecer a nuestra estirpe, lo mismo que un ciruelo se injerta en un fino tronco antes de dar sus frutos.

Según el expreso deseo de la madre, el niño que ha de nacer deberá pertenecer para siempre a nuestra antigua raza celestial. Tan sólo falta el reconocimiento por parte de nuestro padre, cuyos graciosos favores pasados consolaron mucho a la flor extranjera.

Mi padre siguió callado. Sonrió, se volvió a servir un poco de bebida y absorbió de nuevo el contenido de la copa de jade; por último dijo:

—La flor extranjera es hermosa. Sus ojos son como dos joyas de azur, sus miembros blancos como la pulpa de las almendras.

La extranjera se ha divertido bastante, ¿no es eso? ¡Me uno a tu alegría de que en pago estés a punto de recibir de ella un juguete!

Nuevamente se sirvió de beber, y continuó, con su acostumbrado tono afable:

—Siéntate, hijo mío. Te estás cansando inútilmente.

Abrió un cajón de la mesa y cogió una segunda copa, animando a mi hermano, con un movimiento de cabeza, a que se sentara. Llenó, pues, la segunda copa hasta el borde y prosiguió, con una voz que fluía fácil y gruesa:

—¡Cómo!, ¿ya no te gusta el vino?

Mi hermano se había quedado en pie.

Nueva sonrisa, nueva libación y frote de la boca con el dorso de la mano. Viendo que mi hermano seguiría en pie hasta que obtuviera de él una contestación, el jefe de la familia se decidió, por fin, a darla:

—En cuanto a tu petición, hijo mío, la reflexionaré. ¡Tengo tantas cosas que hacer...! Además, la muerte de tu madre me ha agotado de tal manera que no puedo concentrar mis ideas. Esta noche saldré para Shanghai. Necesito distraerme; si no, el dolor acabará haciéndome enfermar. Entretanto, puedes

dar mi enhorabuena a la futura madre. ¡Que tu hijo sea como el loto! ¡Adiós, hijo mío, digno hijo, hijo bueno!

Se levantó, sonrió y se retiró a la habitación contigua echando la cortina tras él.

Al contarme aquella escena, mi hermano temblaba de odio intenso, como si mi padre fuera un extraño para él. Y, sin embargo, hemos aprendido, puesto que las Escrituras Santas nos lo enseñaron, que un hombre no debe nunca anteponer el cariño de su mujer al de sus padres. El que comete ese pecado ofende las tablillas de los antepasados, ofende a los dioses. Pero, ¿se pueden oponer barreras al ímpetu del amor?

Él amor se impone, tanto si el corazón quiere, como si no... Entonces, ¿es posible que nuestros antecesores, a pesar de toda su sabiduría, jamás se hayan dado cuenta de esto?

Ya no tengo valor para reprender a mi hermano.

Es extraño: la que más sufre ahora es la extranjera.

La hostilidad de mi madre nunca la afectó así; pero la despreocupación de mi padre la asquea.

Al pronto, se irritó; luego, habló de él fríamente:

—¡Toda su simpatía era fingida! Y pensar que creí haberle agradado y tener en él a un amigo... Pero ¿qué es lo que se ha creído? ¡Qué bruto!

Al oírla expresarse así a propósito de papá me sentí escandalizada y miré a mi hermano, de quien esperaba unas palabras de reproche. Pero éste inclinó la cabeza y guardó silencio. Ella le miró con ojos donde, súbitamente, había una expresión de terror, y, sin poder seguir conservando la sangre fría que minutos antes demostrara, gritó, suspirando:

—¡Oh...! ¡Vámonos, vámonos lejos de aquí..., de este horrible lugar!

Yo estaba estupefacta. Mi hermano la cogió entre sus brazos, murmurándole algo en el oído, mientras yo me retiraba, dolida por ellos y llena de pena y duda por el porvenir.

Capítulo XX

¡Hermana, nuestro padre ha decidido! Es triste conocer su decisión, pero vale más eso que vivir animado por falsas esperanzas.

Ayer recibió mi hermano la visita de un delegado de papá. Se trataba de un

primo tercero, funcionario a las órdenes de mi padre. Luego de tomar el té en la sala de huéspedes, el mensajero refirió así la embajada de papá:

—Escucha, hijo de los Yang. Tu padre contesta claramente a tu petición, de acuerdo con los miembros de la familia, todos ellos dispuestos, hasta el más insignificante, a apoyarle. Y dice:

«La extranjera no puede ser admitida como una de las nuestras. En sus venas corre una sangre inalterablemente extranjera. Su corazón cultiva afectos extranjeros; el hijo de sus entrañas no puede ser un hijo de los Yang. Donde la sangre está mezclada y es impura, no puede existir estabilidad para el corazón».

«Además, tu hijo no puede ser recibido en las salas de los antepasados. ¿Cómo podría un extranjero arrodillarse ante la larga y sagrada descendencia de los Grandes Ancianos? Tan sólo los que puedan vanagloriarse de poseer una heredad incorrupta están en condiciones de hacerlo».

«Tu padre es generoso y te envía mil piezas de plata. Cuando nazca el hijo, paga a la madre y envíala a su país. Ya has jugado bastante: llegó el momento de pensar en tus deberes. ¡Presta atención a lo que se te ordena! ¡Cásate con la que te fue predestinada! La hija de los Li se impacienta a causa de tu retraso. La familia se mostró paciente y prefirió esperar, posponiendo el casamiento hasta que pasara tu locura, de que la ciudad entera hablaba con gran desdoro para la parentela. ¡Pero ya no puede seguir esperando y solicita que sean respetados sus derechos: la juventud se marchita, y los hijos engendrados en plena juventud son los mejores!»

Así habló el mensajero; y al terminar su embajada, tendió a mi hermano un pesado saquito de plata.

Mi hermano, cogiéndolo, lo tiró al suelo. Se adelantó, con unos ojos que parecían puñales de doble filo, como si quisiese perforar el corazón del mensajero y, con la violencia de un trueno en el cielo sereno, gritó:

—¡Vuelve a mi padre y dile que se guarde su dinero! ¡Desde hoy no tengo padre, ni familia, ni el nombre de Yang, que repudio! ¡Borrad mi nombre de los libros! Mi mujer y yo seguiremos nuestro camino, ¡libres como la gente de otros países! Empezaremos una nueva raza..., ¡libres de esta decrepita servidumbre que oprime las almas!

Más que un discurso fue un grito. El mensajero recogió el dinero y murmuró:

—¡Hay otros hijos, hay otros!

Y regresó adonde mi padre le esperaba.

¡Ah, hermana!, ¿comprendes ahora por qué te dije que la muerte de mi

madre fue una suerte? ¡Ver al hijo de una concubina ocupar el lugar del primogénito y heredero!

Así, pues, mi hermano no posee ningún bien de familia.

La parte que le pertenece pasará a manos de la ultrajada familia Li, que ya está buscando un nuevo marido para su hija. Así me lo ha dicho Wang-Da-Ma.

Este es el sacrificio que mi hermano se ha impuesto por la extranjera.

En ella nada puede turbar su impaciente espera. Mi hermano le dijo, tan sólo:

—Vámonos de aquí, corazoncito. Entre estas paredes no podremos jamás construir nuestro hogar.

Ella se alegró mucho. Así es que mi hermano abandonó la casa de sus antepasados sin ser saludado por nadie, salvo Wang-Da-Ma. Cuando ésta supo que el patroncito se iba, se prosternó ante él, tocando el polvo con la frente, y exclamó, entre lágrimas:

—¿Es posible que el hijo de mi amo abandone estos patios?

¡Para mí todo ha concluido..., es hora de que muera!

Mi hermano y la extranjera se han alojado en una casa de dos pisos de la avenida de los Puentes. Él está envejecido y parece como aplanado. Por primera vez en su vida tiene que proveer a su propio sostén y al de su familia. Cada mañana va a la Escuela gubernamental para dar lecciones; él, que nunca se había levantado hasta que el sol brillaba bien alto en el cielo. Habla y sonríe menos que antes; su mirada es más decidida. Un día me atreví a decirle:

—¿Echas de menos algo, hermano?

Me dirigió por debajo de sus pestañas una breve mirada. —¡No echo de menos nada! — contestó. ¡Ciertamente, mi madre estaba equivocada! No es hijo de mi padre, sino de ella por su tenacidad.

¿Sabes lo ocurrido, hermana? Cuando me lo contaron, lloré y reí a la vez. Ayer, mi hermano se despertó porque llamaban enérgicamente a la puerta de su casa. Bajó él mismo —no tiene más que una criada—, ¿y qué vio? Wang-Da-Ma en persona, en una carreta, con un gran panero de bambú y un hatillo de tela conteniendo sus vestidos.

—He venido —dijo simplemente— para quedarme con el hijo de mi ama, y servir a su nieto.

—Pero —le dijo mi hermano—, ¿acaso ignoras que ya no se me considera como al hijo de mi madre?

Wang-Da-Ma levantó, decidida, el hatillo con una mano y el cesto con la

otra, luego exclamó:

—¿Y usted qué sabe? ¿Acaso no estaba yo allí para recogerle entre mis brazos, desnudo como un pececillo y no más largo que unos palmos? ¿No fui yo su ama de cría? Tal como nació seguirá usted siendo, y su hijo será el nieto de mi ama. ¡Y no nos compliquemos más la vida!

Mi hermano me refirió que se quedó aturdido, sin saber qué decir ni qué hacer. Es cierto que Wang-Da-Ma nos vio nacer y desde luego, no se la puede considerar como una simple sirvienta. Viendo que mi hermano dudaba, transpone su bulto y la cesta al pequeño recibidor, jadeando y refunfuñando — es vieja y gruesa—; luego echó mano a su bolsa y se enzarzó en violenta discusión con el hombre de la carreta a propósito del precio del viaje. Y así fue como se instaló en la casa.

Todo eso es por amor a mi madre. Es la misma de siempre, se diría que ha vivido toda la vida en casa de mi hermano. Sin embargo, sé muy bien que no logra acostumbrarse a las escaleras. Mi hermano dice que finge no ver nada que le produzca extrañeza, pero no puede con las escaleras: se niega a subirlas en presencia de quien quiera que sea. Hoy ha vaciado su saco, confesándome que no podía aguantar lo que pasaba en casa de mi padre. Por ella me he enterado de que la gorda concubina ha pasado a ser la primera dama. La ascensión a este rango fue consagrada en la gran sala, ante las sagradas tablillas. Ahora, la concubina se pavonea, vestida de encarnado y violeta, con las manos cargadas de sortijas. Además, se ha trasladado a la habitación de mi madre.

Oyendo a Wang-Da-Ma referir esas cosas, comprendí que nunca más podría volver a la antigua casa de los míos.

¿No has visto nunca, hermana, un hermoso valle gris bajo un cielo gris? Las nubes se descorren súbitamente, el sol brilla, la vida y los colores vuelven y cantan por doquier.

Así es ahora la extranjera. Sus ojos brillan de alegría, su voz es un canto que no cesa nunca. Habla y sonríe siempre: ¡es verdaderamente hermosa! Hasta ahora, su belleza me dejó perpleja. ¡Era tan distinta de todo lo que había conocido! Pero se ha revelado. ¡De sus ojos se desvaneció la negra melancolía! Éstos resplandecen, azules como el mar, bajo un cielo sereno.

Mi hermano también está calmado desde que tomó una decisión. Cuando pienso en el valor que tuvo al abandonar su mundo por amor a su mujer — ¿acaso ésta no abandonó el suyo por amor a su marido? —, me siento como humillada. El fruto de semejante amor será hermoso como el jade.

¿Y el niño? No será ni completamente oriental ni del todo occidental, y por eso tendrá que crearse su propio mundo. Me dije que si posee la fuerza

espiritual de sus padres logrará vencer todas las adversidades.

Pero se trata de mi opinión personal, y no soy más que una mujer. Tendré que hablar a mi marido, que sabe más que yo, para que me diga dónde está lo engañoso y lo cierto.

Pero de una cosa estoy segura, y es mi deseo de ver a su hijo, que ya quiero como a un hermano del mío.

Capítulo XXI

La extranjera canta. El canto le brota inagotable del corazón a los labios; es de una asombrosa alegría. Pero aquella que sepa lo que es ser madre, participará de su alegría, unida a ella en la común experiencia humana.

Juntas hablamos de los vestiditos chinos. Cuando está indecisa en la elección de los colores, la extranjera arruga la frente, mientras sus labios sonríen, y razona así:

—Si sus ojos son negros, esta tela le sentará bien. Pero si son grises, será más acertado elegir este color rosa. Hermana, ¿cómo serán sus ojos?, ¿negros o grises?

Y vuelve hacia mí su sonriente mirada, y yo, riendo a mi vez, le pregunto:

—¿De qué color son en tu corazón?

Ella se sofoca, parece inundarse de luz y contesta:

—Siempre negros. Elegiremos el color escarlata.

Y las dos estamos seguras de haber acertado en la elección.

Le he mostrado los primeros zapatos de mi hijo y, de común acuerdo, los hemos comparado a las muestras de raso escarlata, y después a las de seda rosa. Yo misma he bordado con mis propias manos los zapatitos con una cabeza de tigre. Estas labores cimentan nuestra unión, y olvido los días en que era para mí la extranjera. Ahora es mi hermana, y he aprendido a llamarla por su nombre. Mary... Mary...

Cuando todo estuvo dispuesto, preparó un equipo de telas extranjeras, simples y finas, que yo no había visto nunca. Sonriente, me dijo:

—Durante seis días será el hijo de su padre; pero al séptimo lo vestiré con telas y encajes, y será americano como yo.

De pronto, se puso seria.

— Al principio quise que fuese completamente chino, pero ahora estoy convencida de que también debe ser un poco americano. Así, hermana, pertenecerá un poco a nuestra respectiva parte del mundo, al tuyo y al mío.

Sonrió de nuevo. Ahora comprendo cómo pudo vencer y asegurarse tan cálidamente el corazón de mi hermano.

¡Hermana, el pequeño nació! Con una expresión de orgullo, Wang-Da-Ma me lo trajo.

Es un varón, un leoncito en cuanto a fuerza y vigor. No es tan hermoso como el mío: sería difícil, porque el hijo de mi hermano y la extranjera es distinto de todos los demás niños.

Tiene la fuerte osamenta y la vivacidad llena de ardor del Oeste. Pero tiene el cabello y los ojos como los nuestros; y la piel luminosa como el jade, y oscura. Desde este momento ya se puede ver que tiene los ojos y los labios de mi madre.

¡Con qué mezcla de dolor y alegría hago esta observación!

A mi hermana no le hablé de parecidos. Le devolví su hijo, diciéndole, con una sonrisa:

—¿Ves tu obra? ¡Con este nudito ataste dos mundos!

Ella yacía en su lecho, exangüe. Sonriendo, dijo:

—Ponlo a mi lado.

Obedecí, y el pequeño, junto al blanco seno de su madre, parecía de una carnación más oscura todavía, y sus ojos más negros. La madre le miró amorosamente y con sus blancos dedos le acarició los cabellos negros.

—La chaquetilla escarlata le sentará muy bien —dije, sonriendo. Y añadí —: Es demasiado moreno para tu blancura.

—Es como su padre, y no deseo otra cosa —contestó ella.

Ayer noche, después de nacer el niño, me encontraba con mi marido en la habitación de nuestro hijo. La ventana estaba abierta a la noche; había un hermoso claro de luna, el jardín era una fantasía de blanco y negro. En el fondo claro del cielo, los árboles desmochaban agudos colores de ébano, con las cimas plateadas por la luna.

Los dos miramos al exterior, a la noche. Nuestro hijo dormía, tranquilo, en su camita de bambú. Ha crecido tanto, que ésta es demasiado pequeña para él, al agitarse tropieza con los pies. ¡Todo un hombrecito!

Al oír su profunda respiración, mi marido y yo cambiamos una mirada de orgullo. Pienso en el recién nacido, en su parecido con mi madre, que

concluyó sus días cuando él empezaba los suyos. Un poco entristecida, dije:

—¡Entre cuántos dolores vino al mundo el hijo de nuestro hermano! Dolor a causa de la madre, su país y su raza; a causa de la pérdida, por parte de mi madre, de su hijo único.

Y mi hermano perdió su casa, sus antepasados y la sagrada tradición del pasado.

Mi marido sonrió, me echó un brazo por encima de los hombros, y dijo gravemente:

—¡Piensa únicamente en la alegría de esta unión! Gracias al pequeño, los corazones de sus padres se han convertido en un solo corazón. Piensa que él ha suprimido una diferencia de raza, y una diferencia de educación secular.

Así me consuela, cuando recuerdo los recientes dolores.

No quiere de ninguna manera que me apegue al pasado. Desea que piense en el porvenir. Dice:

—¡El pasado, pasado está, querida! ¡Nuestro hijo no puede sentirse encadenado al peso de todas esas cosas muertas!

Pensando en los dos —mi hijo y su primo—, me doy cuenta de que mi marido tiene razón, ¡que siempre tiene razón!